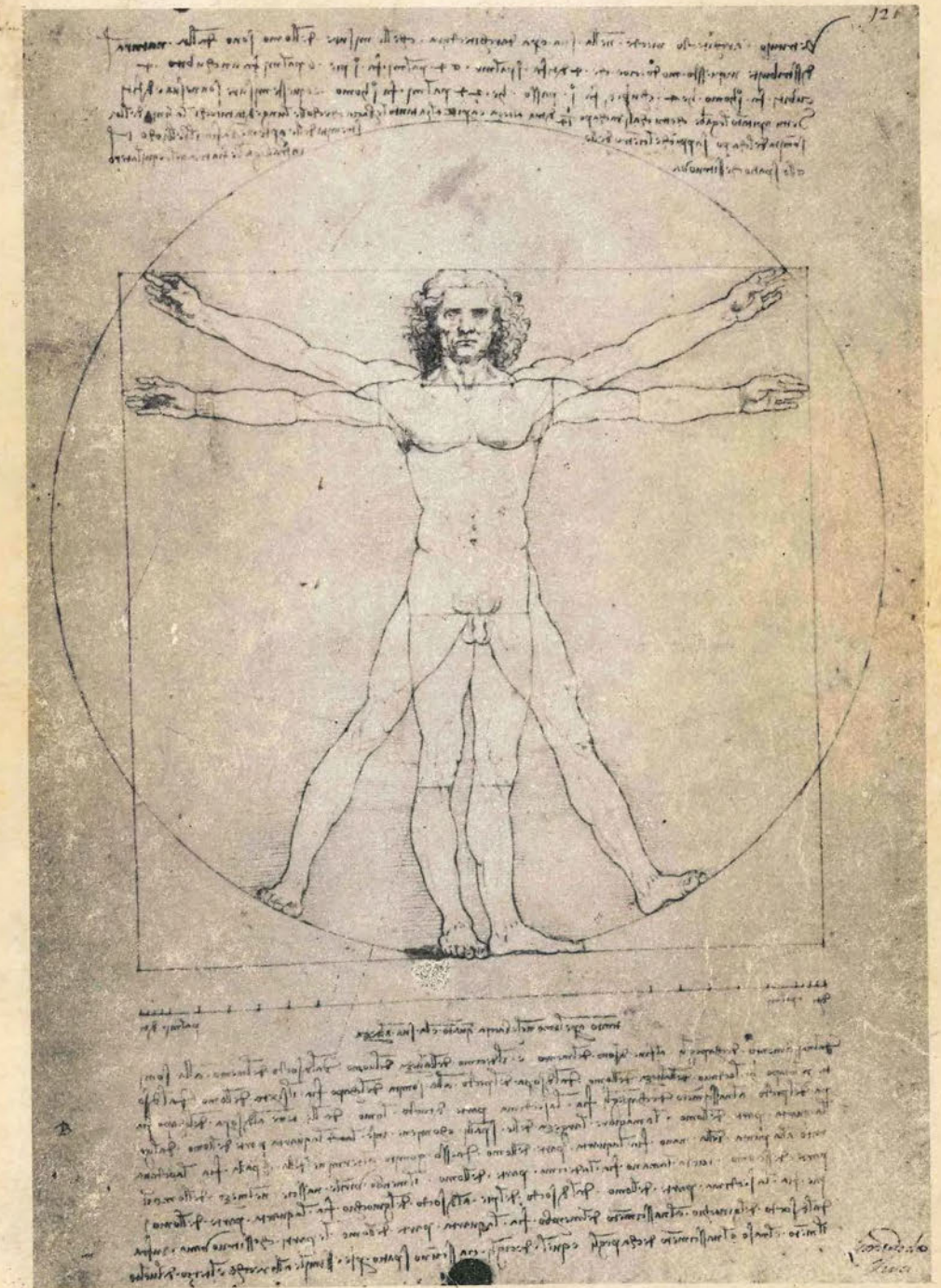


SOCIOLOGIA 13

REVISTA DE LA FACULTAD DE SOCIOLOGIA DE UNAULA



SOCIOLOGIA N 13 JUN 1990

Universidad Autónoma Latinoamericana
Facultad de Sociología

Revista Sociología
Nº 13, junio de 1990

Presidente Honorario:
Justiniano Turizo

Presidenta:
Rosa Turizo de Trujillo

Rector:
Jairo Uribe

Decano:
Rodrigo Arango

Comité de Redacción:
**Guillermo Merino, Aníbal Córdoba,
Edgar Ramírez**

Director:
Luis Antonio Restrepo

Carátula: Las proporciones del hombre. Leonardo da Vinci.
Tomado de: The drawings of Leonardo da Vinci. Borden
Publishing Company. California, U. S. A., 1982.

Impresión:
Editorial Lealon

Dirección:
Apartado aéreo 3455, Medellín

- 5 VIDA
Georges Canguilhem
- 19 HISTORIA DE LAS MENTALIDADES
Georges Duby
- 31 EL AMBIENTE CIENTIFICO DECIMONONICO
Y LA GEOGRAFIA MODERNA
Jorge Isaac Ramírez Echeverri
- 38 LA MUTACION HISTORICA DE FINES DEL
SIGLO XVIII Y COMIENZOS DEL SIGLO XIX
Lisandro Navia Peñaranda
- 45 LA TEORIA MANDELIANA DE LAS OLAS DEL
DESARROLLO CAPITALISTA
—COMENTARIO—
Guillermo Maya Muñoz
- 52 INTERVENCIONISMO DE ESTADO Y POLITICA
SOCIAL
Edgar Ramírez M.
- 57 LA ELECCION ACADEMICA O LA INCERTI-
DUMBRE DE LOS PROFESIONALES
Rodrigo Arango Zuluaga
- 60 LOS DERECHOS DEL HOMBRE Y DEL CIU-
DADANO DE 1789 Y EL CRISTIANISMO ILUS-
TRADO DE NARIÑO VISTOS A TRAVES DE
"LA BAGATELA"
Gloria Mercedes Arango
- 71 ESTANISLAO ZULETA (1935-1990),
POEMAS

vida

georges canguilhem

Traducción de
LUIS ALFONSO PALAU

“Quién sabe si la primera noción de biología que el hombre pudo formarse no sea ésta: es posible dar la muerte”. Esta reflexión de Valéry, en su **Discurso a los cirujanos** (1938) va más lejos que su destinación primera. Quizás no sea posible, aún hoy, sobrepasar esta primera noción: es viviente, es objeto del conocimiento biológico, todo dato de la experiencia del cual se pueda describir una historia comprendida entre su nacimiento y su muerte. Pero ¿qué es precisamente la vida de un viviente, más allá de la colección de atributos propios para resumir la historia de este ser nacido mortal? Si se trata de una causa, ¿por qué su causalidad está estrictamente limitada en el tiempo? Si se trata de un efecto, ¿por qué es generador de la conciencia ilusoria de una fuerza o un poder en aquel de los vivientes que se interroga sobre su naturaleza?

En **La lógica de lo viviente** (1972) Francois Jacob escribió: “Hoy ya no se interroga más la vida en los laboratorios”. Si es verdad que la vida no es ya más un objeto de interrogación, también es verdad que no siempre lo fue. Existe un nacimiento —o una aparición— del concepto de vida en el siglo XIX, testimoniado por la multiplicación de artículos en los diccionarios y en las enciclopedias científicas y filosóficas. Una breve reseña histórica de la aparición de este concepto no es superflua.

LA GENESIS DEL CONCEPTO

El primer esbozo de una definición general de la vida se encuentra en Aristóteles. “Entre los cuerpos naturales [i. e. no fabricados por el hombre] algunos poseen vida y algunos no la poseen. Entendemos por vida el hecho de nutrirse, crecer y perecer por sí mismos” (**Sobre el alma**, II, 1). Y más adelante, Aristóteles dice que la vida es aquello por lo cual el cuerpo animado difiere de lo

Artículo “**VIDA**” de la *Encyclopaedia Universalis*, tomo 18 París: Ed. Encycl. Univ., 1985. pp. 806-813.

inanimado. Pero el término de vida, como el de alma, acepta muchas acepciones. Sin embargo es suficiente que una de ellas convenga a tal objeto de nuestra experiencia "para que afirmemos que él vive" (II, 2). La vegetación o vegetatividad representa el mínimo de expresión de las funciones del alma. Por debajo de ella no hay vida. No hay forma de vida más rica que no la suponga como su condición necesaria (II, 3). La identificación de las nociones de vida y de animación y, en consecuencia, la distinción de la vida y de la materia en tanto que el alma-vida es la forma o el acto del cuerpo natural viviente, constituye una concepción de la vida tan vivaz a través de los siglos como ha sido la filosofía aristotélica. Todas las filosofías médicas que hasta comienzos del siglo XIX han considerado la vida como un principio ora original, ora confundido con el alma, esencialmente diferente de la materia y escapando a sus leyes, han sido directa o indirectamente deudoras de esta parte del sistema aristotélico que se puede llamar indiferentemente biología o psicología.

Pero la filosofía de Aristóteles es responsable igualmente, y hasta fines del siglo XVIII, de un método de estudio de los seres vivientes —especialmente de los animales— y de sus propiedades que consiste en clasificarlos, en distribuirlos en un cuadro de semejanzas y de diferencias, según sus partes —es decir sus órganos—, sus acciones o funciones, sus modos de vida. De suerte que de hecho Aristóteles acreditó en los naturalistas una manera de percibir las formas vivientes que eclipsaba la interrogación sobre la naturaleza de la vida detrás del cuidado por ordenar, sin lagunas y sin redundancias, los productos observables de un poder plástico que no planteaba problemas para él. Esta es la razón por la cual se busca vanamente en los naturalistas de la época clásica, como Buffon o Linneo, lo que se podría llamar una definición de la vida como modo de existencia específica de los seres que ellos describían y clasificaban. En la época clásica, la interrogación sobre la vida es más bien un asunto de médicos que de naturalistas; está necesariamente ligada a la interrogación sobre la naturaleza de la salud, que es el modo normal de vida, y el cual constituye el estudio, a partir del siglo XVII, de la fisiología en el sentido restringido del término. Si se presentan interrogaciones sobre la vida es ante todo para determinar en ella los signos o las marcas de reconocimiento, para fijar los criterios

del estado viviente más que para investigar lo que es esencialmente ese poder singular de la naturaleza. Un filósofo-médico, John Locke, escribió en 1690: "No existe término más común que el de **vida** y se encontraría poca gente que no tomara como una afrenta el que se les pregunte lo que entienden por esa palabra. Sin embargo, si es verdad que se cuestiona si una planta que está ya formada en la simiente posee vida, si el pollo en un huevo que no ha sido aún incubado, o un hombre desmayado, sin sentido ni movimiento, tienen vida o no, es fácil ver que una idea clara, distinta y determinada no siempre acompaña el uso de una palabra tan conocida como la de vida" (**Ensayo filosófico concerniente al entendimiento humano**, III, x, 22). También con respecto a los signos perceptibles de la vida Kant comenzó a disertar sobre las relaciones de la materia muerta (inerte) y los principios espontáneos de animación de esta misma materia. "Pero, cuáles son aquellos miembros de la naturaleza hasta los que la vida se extiende y cuáles son los grados de vida que limitan con su entera supresión, quizás será imposible decidirlo alguna vez de una manera cierta" (**Sueños de un visionario**, 1766, II).

Un médico alemán, Georges Ernest Stahl (1660-1734) fue el que más hizo para imponer una teoría de la vida como fundamento indispensable del pensamiento y de la práctica médicos. Stahl es el médico que más ha utilizado el término vida. Si el médico ignorara cuál es el fin, la destinación de las funciones vitales, ¿cómo podría darle un sentido a su intervención? Ahora bien, lo que confiere la vida, es decir el movimiento dirigido, finalizado, sin el cual la máquina corporal se descompone, es el alma. Los cuerpos vivos son cuerpos compuestos, constantemente amenazados por una pronta disolución y por una fácil corrupción, y sin embargo dotados de una disposición contraria y opuesta a la corrupción. El principio de conservación, de autocracia de la naturaleza viviente, no puede ser pasivo y por consiguiente material. La evidencia específicamente médica es la autoconservación del viviente. Esta evidencia fundamenta la **Theoria medica vera** (1708). Algunos que renunciaron a la identificación de la vida y del alma, aunque habían leído bien a Stahl, no olvidaron sin embargo la fuerza con la cual él definió la vida como poder de suspender temporalmente un destino de corruptibilidad.

En términos menos cargados de metafísica, Bi-

chat comenzó sus **Investigaciones fisiológicas sobre la vida y la muerte** (1800) con la célebre fórmula: "La vida es el conjunto de las funciones que resisten a la muerte". Al definir la vida por un conflicto entre un cuerpo compuesto de tejidos, de estructura y de propiedades específicas (elasticidad, contractibilidad, sensibilidad) y un entorno o medio —como diría un poco más tarde Augusto Comte— donde se expresan leyes indiferentes a las exigencias propias del viviente, Bichat se presentaba como un Stahl purgado de Teología. Esta purga había sido en parte la obra de la escuela médica de Montpellier y especialmente de P. J. Barthez. Los **Nuevos Elementos de la ciencia del hombre** (1778) son un tratado de fisiología vitalista. "Probaré que el Principio vital debe ser concebido por ideas distintas de aquellas que se tienen del Cuerpo y del Alma; y que ignoramos si este principio es una substancia, o solamente un modo del cuerpo humano viviente". Incluso si Barthez tiene grandes reservas sobre la manera como A. von Haller entendió la fisiología, sin embargo la refutación de los principios de la fisiología mecánica por la observación de los fenómenos de irritabilidad muscular y de sensibilidad nerviosa (considerados como irreductibles a efectos de orden simplemente mecánico o físico) tuvo una gran importancia en la elaboración, por parte de La Caze y Bordeu, de una doctrina de escuela en la cual Barthez se inspiró más de lo que él quiso aceptar.

El mismo año de la muerte de Bichat, en 1802, el término **biología** era utilizado por primera vez, y simultáneamente, en Alemania por G. R. Treviranus, y en Francia por Lamarck (**in Hydrogéologie**), para reivindicar un estatuto de independencia propio a la ciencia de la vida. Si Lamarck se propuso, durante mucho tiempo, escribir un tratado titulado **Biología** fue porque, muy pronto en su enseñanza en el Museum, propuso una teoría de la vida. Lo que es "esencial a la existencia de la vida en un cuerpo" debe ser investigado en el examen de los organismos más simples. Una organización complicada requiere de órganos a la vez especializados e interdependientes, pero que no están necesariamente ligados "a la existencia de la vida en todo cuerpo viviente cualquiera". Bajo este respecto, la enseñanza de Lamarck no contradecía la de Cuvier quien se jactaba, por su concepción personal de la anatomía comparada, de haber hecho posible la disociación de las fun-

ciones generales de la vida de los modos de ejercicio especiales que les imponía, en uno o en otro viviente, la posesión de tales o cuales órganos ("Carta a Lacépède", in **Anatomía comparada**, III, 1805).

Pero Lamarck concibe la vida como la acumulación y la interiorización continuas y progresivas de movimientos de fluidos en los sólidos, bajo la forma inicial de un tejido celular, "ganga donde toda organización ha sido formada". Así pues la vida, cuyos orígenes naturales deben ser buscados en la materia y el movimiento, nos revela su poder original por la sucesión ordenada de sus efectos, la serie de los vivientes, de la cual ella ha complicado gradualmente la organización y ha multiplicado las facultades (**Investigaciones sobre la organización de los cuerpos vivientes**, 1802). Aunque morir sea el destino de cada individuo, la vida parece, con el tiempo y bajo los aspectos más eminentes de la animalidad, haber tomado sus distancias con el estado de pasividad y de inercia de los cuerpos brutos, a partir de un primer "acto de vitalización", efecto de calor, "esa alma material de los cuerpos vivientes" (**Filosofía zoológica**, 1809, II, vi). Se puede calificar de materialista la teoría lamarckiana de la vida, a condición de olvidar que para Lamarck "todas las materias **compuestas**, brutas o inorgánicas, que se observan en la naturaleza" son los residuos de la descomposición de los cuerpos vivientes, únicos capaces en tanto vivientes de operar síntesis químicas.

Muy distinta es la concepción de Cuvier. La vida y la muerte no son opuestas en una especie de relación polémica, como en Lamarck, Bichat o Stahl, sino dispuestas en modos de vida que expresan la compatibilidad de organizaciones internas, rigurosamente especializadas, con condiciones generales de existencia. "La vida es un torbellino continuo cuya dirección, por muy complicada que sea, permanece constante, así como la especie de las moléculas que son arrastradas por él, aunque no las moléculas individuales mismas; por el contrario, la materia actual del cuerpo viviente pronto ya no existirá y sin embargo ella es depositaria de la fuerza que obligó la materia futura a marchar en el mismo sentido que ella. Así pues, la forma de estos cuerpos les es más esencial que su materia, puesto que ésta cambia sin cesar mientras que la otra se conserva" (**Historia de los progresos de las ciencias naturales desde 1789, hasta hoy**, 1810). Se ve dónde se anuda la relación del viviente

con la muerte. "Es hacerse una idea falsa [de la vida] el considerarla como un simple vínculo que mantendría juntos los elementos del cuerpo viviente, mientras que ella es, por el contrario, un resorte que los mueve y los transporta sin cesar: estos elementos no conservan por un instante las mismas relaciones y las mismas conexiones, o, en otros términos, el cuerpo viviente no guarda por un instante el mismo estado ni la misma composición; entre más activa es la vida más continuos son sus intercambios y sus metamorfosis; y el momento indivisible de reposo absoluto, que se llama la muerte completa, no es más que el precursor de los movimientos nuevos de la putrefacción. Es aquí donde comienza el empleo razonable del término de **fuerzas vitales**... (Ibid). La muerte está presente en la vida, a la vez como trama universal y término ineluctable de sus formaciones diversamente organizadas, de manera a la vez coherente y frágil.

De aquí en adelante, gracias a la revolución conceptual y metodológica que los trabajos de naturalistas como Lamarck y Cuvier han provocado (aunque de manera diferente) en la representación del mundo de los vivientes, las teorías de la vida han tomado lugar, lógicamente, en la enseñanza de los fisiólogos que han creído haber exorcizado por el método experimental el espectro de la metafísica. El **Handbuch der Physiologie des Menschen** (Manual de Fisiología Humana) (1833-1834) de Johannes Müller trata, en sus prolegómenos, sobre el organismo de la vida, esencia de la organización vital, así como sobre el organismo animal y la vida animal. Claude Bernard, cuyo **Cuaderno de notas** conservó las huellas del recorrido intelectual durante el período más fecundo de su carrera (1850-1860), no ha dejado de interrogarse sobre la vida como sobre el problema fundamental de una biología general, interrogación cuyas conclusiones matizadas están expuestas en las **Lecciones sobre los fenómenos de la vida comunes a los animales y a los vegetales** (1878; particularmente las tres primeras lecciones), más sistemáticamente que en la **Introducción al estudio de la medicina experimental** (1865). Se sabe que la teoría bernardiana de la vida consiste en dar una explicación coordinada de dos fórmulas voluntariamente contrastadas: la vida es la creación (1865), la vida es la muerte (1875).

Al haber adquirido en el siglo XIX el estatuto de una pregunta de carácter eminentemente cien-

tífico, "¿qué es la vida?" se volvió una interrogación a la cual incluso el físico no desdeña en buscarle una respuesta (Schrödinger. **What is life?**, 1947), mientras el bioquímico encuentra que la pregunta está mal planteada (E. Kahane. **La vida no existe**, 1962). Aquí termina la reseña histórica de la aparición del concepto de vida en el campo de la cultura científica. Mucho le debe a Michel Foucault (**Las palabras y las cosas**, 1966, VIII).

LOS OBSTACULOS AL CONOCIMIENTO CIENTIFICO DE LA VIDA

La epistemología francesa contemporánea le debe a la obra de Gaston Bachelard el interés que ella tiene, en general, por el origen y el funcionamiento de los obstáculos al conocimiento. Esbozando los principios de un psicoanálisis del conocimiento objetivo, Bachelard —si no lo propuso él mismo— ha sugerido al menos la idea de que no existe para el conocimiento objetos en sí complejos sino objetos de complejos. La cuestión de los obstáculos no se plantea ni para el empirismo ni para el racionalismo clásico. Para el empirista, nuestros sentidos son receptores. Desconoce que los sentidos también son productores de cualidades. Para el racionalista, el conocimiento desprecia la sensibilidad de una vez por todas. Cuando el intelecto se encuentra en su pureza ya no se lo puede perder. Por el contrario, para la antropología contemporánea, instruída por el psicoanálisis y la etnografía, no se pueden considerar los obstáculos a la ciencia de otra manera que como sujeciones obsesivas que un paleopsiquismo impone por adelantado e indistintamente a los proyectos de investigación de un pensamiento a la vez curioso y dócil. Es pues el sentido de la presencia obsesiva de valores extraños al conocimiento, en el acto inicial de este mismo conocimiento, el que debe ser liberado en el caso del conocimiento de la vida. Se puede decir en una palabra que, incluso si el conocimiento objetivo, siendo empresa humana, es a fin de cuentas un trabajo de viviente, su postulado o su condición primera de posibilidad consiste en la negación sistemática, en todo objeto al cual él se aplica, de la realidad de las cualidades que el viviente humano identifica con la vida, a partir de la conciencia que tiene de lo que es para él vivir. Vivir es valorizar los objetos y las circuns-

tancias de su experiencia, es preferir y excluir medios, situaciones, movimientos. La vida es lo contrario de una relación de indiferencia con el medio. Bichat lo observó con mucha perspicacia: "Existen dos cosas en los fenómenos de la vida: el estado de salud y el de enfermedad; de allí dos ciencias distintas, la fisiología [...], la patología. La historia de los fenómenos en los cuales las fuerzas vitales tienen su tipo natural nos lleva, como consecuencia, a la de los fenómenos donde estas fuerzas están alteradas. Ahora bien, en las ciencias físicas sólo existe la primera historia; nunca la segunda" (Introducción a la **Anatomía general aplicada a la fisiología y a la medicina**, 1801). En cuanto al conocimiento, éste niega las desigualdades axiológicas que la vida introduce en las relaciones de los objetos entre sí: él mide, es decir, determina sus objetos por relación de los unos con los otros, sin privilegio de referencia y de referido. Su primer éxito histórico mayor ha sido la mecánica fundamentada sobre el principio de inercia, por sustracción del movimiento de la materia al poder ejecutivo de la vida. Inercia es inactividad e indiferencia. Se concibe pues fácilmente que la extensión a la vida de los métodos del conocimiento de la materia haya encontrado hasta nuestros días resistencias renovadas, que no siempre expresan únicamente una repugnancia de naturaleza afectiva sino a veces el rechazo reflexionado de una esperanza paradójica: la de explicar un poder por medio de conceptos y de leyes inicialmente formados a partir de hipótesis que lo niegan.

"Cuando quiso hacer un "psicoanálisis de la vida", Bachelard escribió **Lautréamont** (1939) donde muestra que los primeros esfuerzos de la objetividad científica para rectificar el realismo ingenuo de la animalidad no han escapado "a la seducción primera del complejo de Lautréamont". En un chispazo de genio, Bachelard (que sin embargo no dio cabida en sus escritos a la filosofía biológica) descubrió en **Los Cantos de Maldoror** en qué consiste el obstáculo primordial a la inteligencia del objeto biológico: el deseo de metamorfosis.

La idea de metamorfosis es sin duda el índice más seguro de la sobredeterminación del objeto biológico, si se entiende por esto el hecho de que tal objeto o tal comportamiento sirva de sustituto a un gran número de objetos o de actos prohibidos. Por otra parte, esta sobredeterminación concierne más a la animalidad que a la vegetatividad. El pensamiento arcaico y el pensamiento primitivo

han hecho y hacen un uso masivo y constante de la metamorfosis, de la conversión de formas animales específicas las unas en las otras. Evidentemente, esto no tiene nada que ver con un pensamiento transformista puesto que el transformismo implica una orientación por la causalidad mientras que la metamorfosis es posible en todo sentido. Detrás de la imaginación de la metamorfosis es necesario percibir el deseo sin saciar de un poder ilimitado de realización del deseo. El animal en el cual el hombre sueña metamorfosearse es el delegado del hombre para el éxito de un acto que un obstáculo natural o una censura social le impide ejecutar. Pocos animales totems no presentan alguna cualidad deseable para el hombre. En sus sueños de metamorfosis, el hombre se identifica con todas las posibilidades, con todas las libertades supuestas de la animalidad. Como dice Bachelard, "El hombre aparece entonces como una suma de posibilidades vitales, como un **superanimal**". Pero es inmediatamente obvio que un tal vector de la imaginación está en oposición directa con las exigencias de un conocimiento metódico de los seres vivientes: clasificación, determinación de constantes funcionales, de leyes de la herencia. Uno de los que, por razones poéticas más que científicas, intentó introducir en la botánica la idea de metamorfosis sin embargo escribió: "La idea de metamorfosis es un maravilloso pero peligroso don de lo alto. Ella conduce al amorfismo, destruye el saber, lo disuelve" (Goethe. **Ensayo sobre la metamorfosis de las plantas**, 1790).

No parece arbitrario descubrir en la interrogación persistente relativa a los orígenes de la vida y en las diferentes versiones de la tesis de las generaciones espontáneas la presencia latente de otra sobredeterminación afectiva. Quién no sabe —y no dice— hoy que la cuestión de la generación es tanto más fascinante para el individuo humano sexuado cuanto que es censurada aún más que disimulada por la sociedad. La fabulación infantil a este respecto expresa el carácter a la vez importante y misterioso del nacimiento. Mientras que muchos historiadores de la biología, cuando tratan de los orígenes de la vida atribuyen, con toda simplicidad, las creencias sucesivas en la espontaneidad de generaciones de vivientes a partir de la materia, o a la ausencia de pruebas o a la insuficiencia de pruebas negativas; uno puede preguntarse si no sería un deseo nostálgico de generación espontánea, un mito en suma, el que estaría

en el fondo positivo de esta teoría. Se sabe que un discípulo disidente de Freud, Otto Rank, en **El traumatismo del nacimiento** (1929) sostuvo la idea de que la separación brutal del niño del medio placentario es el origen del modelo de toda angustia, y que los mitos de negación, es decir, de rechazo del nacimiento lo confirman. Su estudio sobre **El mito del nacimiento del héroe**, sobre la formación de hombres que rehusan su etapa embrionaria, se presenta como un argumento complementario de la teoría. Sin llegar hasta pretender que todos los partidarios de lo que se ha llamado la generación equívoca o heterogonía —ya hayan sido materialistas o creacionistas— no han hecho más que poner en forma de discurso un fantasma originario de su inconsciente traumatizado, es cierto que la teoría de la generación espontánea es una sobrevaloración de la vida. En la aversión por el nacimiento y la génesis, que no son en rigor más que continuidad y descendencia, es necesario percibir un efecto del prestigio de lo original, de lo primordial. Si el viviente debe nacer y si sólo puede nacer del viviente, la vida es una servidumbre. Pero, si el viviente puede ser promovido perfecto por una ascensión sin ascendencia, la vida es una dominación.

Pero existe otra especie de obstáculo epistemológico en biología y que podemos llamar el obstáculo de interés técnico. Las prácticas alimenticias, la medicina y la farmacia, la cría y la agricultura, después de la cacería, la pesca y la recolección, son las principales formas de las relaciones que las diferentes sociedades humanas han instituido inicialmente con los seres vivos. Lamarck repitió, muchas veces, que el interés económico relativo al uso de los productos vivos de la naturaleza precedió el interés filosófico relativo al conocimiento de esos mismos objetos. Pero él no se planteó la cuestión de saber si el primer tipo de interés no era para el segundo una fuente permanente de perturbaciones. Quizás no se ha subrayado suficientemente cuánto difiere la utilización de un ser viviente de la utilización de un objeto inerte. El hombre ha fabricado herramientas aislando, separando, en las materias inertes, una cierta propiedad (por ejemplo, dureza del metal para un cuchillo, una azagaya; elasticidad de la madera para un arco, un resorte de trampa). Las técnicas del objeto inerte constituyen, de alguna manera, una práctica de la abstracción. Sin duda el hombre debe tomar, al mismo tiempo que la propiedad

que utiliza, todas las otras propiedades de la materia dada, por ejemplo, la herrumbre para el hierro; pero su ingeniosidad consiste en neutralizarlas con relación al empleo que hace, exclusivamente, de la propiedad útil. Por el contrario, para utilizar el ser vivo es necesario tomarlo en su totalidad y conservarlo como tal. Ya se trate de alimentos o de vestidos. Las técnicas antiguas e incluso contemporáneas de utilización de los productos vegetales o animales no son técnicas analíticas. Se puede concebir, y se ha podido tratar de obtener en el laboratorio por el cultivo de tejidos o de órganos productos vivos dirigidos, equivalentes a los productos espontáneos correspondientes. Pero finalmente, incluso en la cría más científicamente organizada se continúa confiando a las gallinas el porte de sus ovarios, a las ovejas el porte de su tejido cutáneo lanífero, a los caballos la circulación de su sangre generadora de anticuerpos inmunitantes. Es debido a que los vivientes distintos del hombre han interesado al hombre en la medida en que ellos operan por sí mismos transformaciones físicas y químicas que conducen a productos que el hombre no sabía obtener por sus técnicas analíticas, como la seda, la miel, el opio, las féculas, las tinturas, los venenos. De la misma manera que utilizar un producto vegetal, en la alimentación o en la farmacopea, es valorizar su cualidad de síntesis primitivamente llamada esencia o virtud, utilizar un poder animal (olfato del perro corriente o del cerdo truero, visión del halcón, sentido de orientación de la paloma) es encargarse del animal entero. No es necesario insistir mucho sobre la fuerza de inclinación que el uso de la vida por el viviente humano ha producido en él y por la cual toda tentativa de explicación analítica de la vida se encuentra inconscientemente censurada desde el comienzo. Sería demasiado fácil encontrar en muchos textos de la época del Renacimiento o del siglo XVII las huellas de esta censura obsesional. Pero parece más convincente señalarlas en la época más próxima cuando, debido a los trabajos de Pasteur, las cuestiones del origen y de la naturaleza de la vida han sido planteadas en el terreno donde se sabe en lo sucesivo que ellas pueden encontrar su solución. François Dagognet (**Métodos y doctrina en la obra de Pasteur**, 1967) mostró qué obstáculos han encontrado las experiencias y los análisis de Pasteur concernientes a la fermentación en el espíritu de biólogos o aún de bioquímicos, sus contemporáneos, que proyectaban en su explicación de este fenómeno

imágenes míticas fomentadas por las técnicas milenarias de la fabricación del pan y del vino.

LA VIDA COMO ANIMACION

Al hablar de animal, de animalidad o de cuerpo inanimado se ha olvidado del todo que todos estos términos son los vestigios de la antigua identificación metafísica de la vida y del alma y de la identificación del alma con el soplo (**anima anemos**). De esta manera, el único viviente capaz del discurso sobre la vida ha creído hablar de la vida en general al hablar de la suya, como de una respiración sin la cual él mismo, manifiestamente, es incapaz no sólo de la vida sino de la palabra. Si los filósofos griegos anteriores a Aristóteles, y sobre todo Platón han especulado sobre la esencia y el destino del alma, es sin embargo hasta el tratado aristotélico **Sobre el alma** donde se remonta la distinción tradicional del alma vegetativa o nutritiva, facultad de crecimiento y de reproducción, y el alma animal o sensitiva, facultad de sentir, de desear y de moverse, y del alma razonable y pensante, facultad de humanidad. Poco importa aquí saber si Aristóteles concibió estas tres almas como entidades distintas o solamente como grados jerarquizados, donde el inferior puede existir sin el superior del cual es sin embargo la condición indispensable de existencia y de ejercicio. Lo importante es recordar que **psique** significa para los griegos, "soplo refrescante", y que los judíos no se han hecho una idea diferente del alma y de la vida, como lo testimonia el versículo del Génesis: "El Dios eterno formó al hombre del polvo de la tierra, sopló en sus narices un soplo de vida y el hombre se convirtió en ser vivo". No se trata aquí de trazar la historia de las escuelas de Alejandría, judía con Filón, platónica con Plotino, cuyas enseñanzas combinadas con la predicación paulista (I Corintios, XV) han inspirado los temas fundamentales de la primera doctrina cristiana, concerniente a la vida, la muerte, la salvación y la resurrección. Y no hay nada, incluso hasta el término de espíritu (de **spirare**) que no le deba al eclecticismo cultural de las civilizaciones mediterráneas su capacidad polisémica, en suma su ambigüedad, que lo ha hecho convenir, tanto en teología con la tercera Persona de la Trinidad, como en medicina con la anticipación figurada del

influjo nervioso, bajo los nombres de espíritu vital y de espíritu animal.

La concepción de la vida como animación de la materia, aunque forjada principalmente a partir del siglo XVII por concepciones materialistas o simplemente mecanicistas de las funciones propias de los seres vivos, permaneció sin embargo viva hasta mediados del siglo XIX bajo forma de ideología médico-filosófica, incluso cuando había cesado de aparecer como una respuesta objetivamente fundamentada en el problema de la naturaleza de la vida. Se acudirá a un texto poco conocido y poco frecuentemente utilizado, el Prefacio de los editores a la 13ª edición del **Diccionario de medicina** (1873) publicado en la Edit. J.-B. Bailliére por dos médicos de obediencia positivista, Emile Littré, el autor del célebre **Diccionario de lengua francesa** y Charles Robin, profesor de histología en la facultad de medicina de París. Este prefacio es la respuesta a la vez a una reivindicación de propiedad de un título de una obra y a una discusión sobre la libertad de enseñanza sostenida en el Senado (1868).

El **Diccionario de Medicina** en cuestión era la refundición, desde 1855, del **Diccionario** de P. H. Nysten (1814), éste a su vez sucesor revisado y aumentado del **Diccionario de medicina** de J. Capuron (1806). Los editores buscan marcar la diferencia entre el materialismo, del cual se acusa a los autores, y el positivismo del cual ellos mismos se reclaman, y con este fin reproducen las diferentes definiciones de los términos: alma, espíritu, hombre, muerte, propuestas entre 1806 (Capuron) y 1865 (Littré y Robin).

En 1806, el alma es definida: "Principio interno de todas las operaciones de los cuerpos vivos; más particularmente del principio de la vida en el vegetal y en el animal. El alma es simplemente vegetativa en las plantas y sensitiva en las bestias; pero ella es simple y activa, razonable e inmortal en el hombre".

En 1855, se encuentra otra definición: "Término que, en biología, expresa (considerado anatómicamente) el conjunto de las funciones del cerebro y de la médula espinal y (considerado fisiológicamente) el conjunto de las funciones de la sensibilidad encefálica, es decir la percepción tanto de los objetos exteriores como de los objetos interiores; la suma de las necesidades, de las inclinaciones que sirven a la conservación del individuo

y de la especie, y a las relaciones con los otros seres; las aptitudes que constituyen la imaginación, el lenguaje, la expresión; las facultades que forman el entendimiento; la voluntad y en fin el poder de poner en juego el sistema muscular y de actuar así sobre el mundo exterior". En 1863, esta definición era objeto de una violenta crítica por parte de E. Chauffard, confundiendo en la misma reprobación por una parte a Littré y a Robin y por la otra a Ludwig Büchner (*Kraft und Stoff*, 1855), gran sacerdote en ese momento del materialismo en Alemania. Chauffard celebraba "la indisoluble alianza de la medicina y de la filosofía", y se enardecía en fundamentar "la noción del ser real y viviente" en "la razón humana que se siente causa y fuerza" (*Sobre la filosofía llamada positiva en sus relaciones con la medicina*). Dos años después, Claude Bernard escribía: "Para el experimentador fisiólogo, no podría haber ni espiritualismo ni materialismo [...] El fisiólogo y el médico no deben imaginarse que ellos tengan que buscar la causa de la vida o la esencia de las enfermedades" (*Introducción al estudio de la medicina experimental*, II, I).

LA VIDA COMO MECANISMO

Al final del *Tratado del Hombre* (1633, pero publicado solamente en 1662-1664, Descartes escribe: "Deseo que considereis que estas funciones se siguen todas naturalmente, en esta máquina, de la sola disposición de sus órganos ni más ni menos como los movimientos de un reloj o de cualquier otro autómata se siguen de sus balancines y de sus ruedas; de suerte que no es necesario con respecto a ella concebir ninguna otra Alma vegetativa ni sensitiva, ni ningún otro principio de movimiento y de vida que el de su sangre y sus espíritus agitados por el calor del fuego que arde continuamente en su corazón y que no es de una naturaleza diferente a la de todos los fuegos que están en los cuerpos inanimados". Es bastante sabido que la identificación que Descartes hace del animal (comprendido el hombre físico o fisiológico) con el autómata maquinado y maquinal es el reverso de la identificación del alma con el pensamiento ("No hay en nosotros más que una sola alma y esta alma no tiene en sí ninguna diversidad de partes..." *Tratado de las pasiones*, art. 47, 1649)

y de la distinción sustancial del alma indivisible y de la materia extensa. Si el *Tratado del hombre* (mejor aún que el resumen que de él se hacía en la quinta parte del *Discurso del método* en 1637) pudo tener la función de un manifiesto para una fisiología animal purificada de toda referencia a un principio de animación fue porque en el intervalo, el descubrimiento por W. Harvey de la circulación de la sangre y la publicación de la *Exercitatio anatomica de motu cordis et sanguinis in animalibus* (1628) habían aportado un ejemplo de explicación hidrodinámica de una función de la vida que muchos médicos, especialmente en Italia y en Alemania, se habían esforzado en imitar, bajo forma de proyectos de modelos artificiales, para explicar otras funciones como la contracción muscular o como el equilibrio del pez en el agua. De hecho, los alumnos y discípulos de Galileo en la Academia del Cimento, J. A. Borelli (*De motu animalium*, 1680-1681), F. Redi, M. Malpighi efectivamente habían tratado de aplicar en fisiología la enseñanza de Galileo en mecánica y en hidráulica, mientras que Descartes se había satisfecho con un programa heurístico más intencional que operativo.

Si es racional buscar la explicación de las funciones de un órgano como el ojo o de un aparato como el corazón y los vasos, en la construcción (en esquema o en maqueta) de lo que se ha llamado desde entonces modelos mecánicos, como los iatromecánicos (o los iatromatemáticos) de los siglos XVII y XVIII lo han intentado para la contracción muscular, para la digestión, para la secreción glandular, por el contrario, en la constatación de los hechos, se revela imposible explicar por las solas leyes de la mecánica galileana o cartesiana la formación generativa de órganos o de aparatos cuya coordinación funcional es precisamente lo que se entiende por vida del viviente. En suma, el mecanismo es la teoría del funcionamiento de las máquinas construidas, vivientes o no, pero no de la construcción de máquinas.

En la práctica, el mecanismo se ha revelado inoperante en embriología. El uso del microscopio, que se ha extendido en la segunda mitad del siglo XVII, permitió la observación de los gérmenes de vivientes o de vivientes en los primeros estadios de su desarrollo. Pero la observación, por J. Swammerdam, de metamorfosis de insectos o el descubrimiento, por A. van Leeuwenhoek, del espermatozoide fueron primero presentados como

confirmaciones de una concepción especulativa de la generación, vegetal o animal, según la cual el grano o el huevo, o bien el animáculo espermático contienen, preformado en una miniatura que aclara el aumento óptico, un ser que su evolución llevará a sus dimensiones de adulto. La observación microscópica que más ha hecho para validar esta teoría es indiscutiblemente la de Malpighi, relativa a la figura inicial de una yema de huevo de gallina supuesto equivocadamente como no incubado (*De formatione pulli in ovo* 1699). Se puede pensar que el mecanicismo profesado por Malpighi estructuró inconscientemente su visión de los fenómenos.

Se lo quisiera o no, detrás de toda máquina se perfilaba un maquinista, es decir, en lenguaje de la época, un constructor. Las máquinas vivientes postulaban su maquinista y este postulado conducía a un *Summus Opifex*, a Dios. Entonces era lógico suponer que la fabricación de las máquinas vivientes había sido una operación inicial única y que en consecuencia todos los gérmenes de todos los vivientes preformados, pasados, presentes y futuros, estaban desde su creación encajados los unos en los otros. En estas condiciones, la sucesión de los vivientes no es una historia más que en apariencia puesto que un nacimiento no es en realidad más que un desembalaje. Cuando observaciones menos prevenidas o más ingeniosas reactivaron reformando una vieja interpretación del crecimiento embrionario por el fenómeno de la epigénesis, es decir de la aparición sucesiva de formaciones anatómicas no derivables geométricamente de formaciones antecedentes (C. F. Wolf, *Theoria generationis*, 1759; *De formatione intestinorum*, 1768-1769), la embriología moderna se instituyó como una ciencia capaz de alentar a la fisiología a librarse de una fascinación del mecanicismo.

La multiplicación de las observaciones de los microscopistas, naturalistas, médicos o curiosos de la naturaleza, contribuyó sin embargo al descrédito del mecanismo por un efecto diferente aunque paralelo. La estructura íntima y oculta de las partes del vegetal o del animal apareció poco a poco como prodigiosamente complicada con respecto a su estructura macroscópica, accesible a la vista por las técnicas de disección. El descubrimiento de los animáculos, desde entonces llamados protistas, abrió el imperio de los vivientes hasta profundidades inimaginables. Mientras que la mecánica del

siglo XVII era una teoría de los desplazamientos y de los choques, es decir una ciencia de los datos de la vista y del tacto, la anatomía microscópica desembocaba en objetos más allá de lo manifiesto y de lo tangible, y podía autorizarse de este más allá estructural para concebir un más allá de este primer más allá y así sucesivamente. El microscopio abría a la imaginación de un infinito de complicaciones estructurales el poder de rivalizar con un nuevo cálculo, ajeno al álgebra geométrica de Descartes, el cálculo del infinito. En esta noble razón de repudiar el mecanicismo, Pascal y Leibniz se encontraron sin saberlo. Pero el segundo, a diferencia del primero, supo fundamentar sobre sus críticas una concepción de los seres vivientes llamada a orientar decisivamente la biología aún por aparecer hacia la representación de la vida como organización y organismo. "Así cada cuerpo orgánico de un viviente es una especie de máquina divina, o de un autómata natural que sobrepasa infinitamente todos los autómatas artificiales. Porque una máquina hecha por el arte del hombre no es máquina en cada una de sus partes [...]. Pero las máquinas de la naturaleza, es decir los cuerpos vivientes, son máquinas aún en sus menores partes hasta el infinito. Es esto lo que hace la diferencia entre la naturaleza y el arte, es decir, entre el arte divino y el nuestro" (*Monadología*, 1714, 64).

LA VIDA COMO ORGANIZACION

Una vez más, es necesario hacer remontar a Aristóteles el término de cuerpo organizado. Un tal cuerpo es dispuesto para proveer al alma los instrumentos y los órganos indispensables al ejercicio de sus poderes. Es por esto que hasta el siglo XVII el cuerpo organizado ejemplar es el cuerpo animal. Uno se interroga sobre la organización del vegetal, aunque según Aristóteles las partes de la planta sean también órganos, si bien es cierto extremadamente simples. El examen microscópico de preparaciones vegetales permitió la generalización del concepto de organización, inspirando incluso analogías caprichosas entre las estructuras y las funciones vegetales y animales. R. Hooke (*Micrographia*, 1667), Malpighi (*Anatome plantarum*, 1675) y N. Grew (*The Anatomy of Plants*, 1682) descubrieron la estructura del corcho, de la madera, de

la médula, distinguieron los tubos, los vasos y las fibras, compararon raíces, tallos, hojas, frutos según sus membranas o tejidos.

El **organon** griego designa sin embargo tanto el instrumento del músico como la herramienta del artesano. La asimilación del cuerpo orgánico humano a un órgano encubre, en el siglo XVII, más que una metáfora —pero no la misma— en Descartes, Pascal, Bossuet (Tratado del conocimiento de Dios y de sí mismo), Leibniz. La polivalencia, biológica y musical, de los términos (organización, orgánico, organizar) se reencuentra hasta el siglo XIX en el **Diccionario** de Littré. Para Descartes, el órgano orgánico funciona sin organista. Pero para Leibniz la unidad estructural y funcional del órgano supone al organista. Sin organizador, es decir sin alma, no existe nada organizado u orgánico. “No se llegará nunca a alguna cosa de la que se pueda decir: cuando existan máquinas animadas cuya alma o forma sustancial efectúe la unidad sustancial independiente de la unión exterior del contacto, se trata realmente de un ser” (Carta a Arnold, 28 Nov. 1686). Menos célebre, pero de forma más pedagógica, el médico Daniel Duncan escribe: “El alma es este hábil organista que crea él mismo sus órganos antes de hacerlos sonar [...] Pero es un juego notorio el que, en los órganos inanimados el organista es diferente del aire que él introduce en el instrumento; mientras que en los órganos animados el organista y el aire que los hace sonar son una sola y misma cosa, quiero decir, el alma que es extremadamente parecida al aire o al soplo” (**Historia del animal, o el Conocimiento del cuerpo animado por la mecánica y por la química**, 1686).

La historia del concepto de organismo, en el siglo XVIII, se resume en la búsqueda por parte de naturalistas, médicos y filósofos, de sustitutos o de equivalentes semánticos del alma, para dar cuenta del hecho, cada vez mejor establecido, de la unidad funcional de un sistema de partes integrantes. En un tal sistema las partes sostienen entre ellas tales relaciones de reciprocidad, directa o mediada, (bastante bien figuradas por lo que hoy se llama un grafo) que, tomado estrictamente, el término de parte ya no conviene para designar los órganos cuyo organismo puede ser llamado la totalidad mas no la adición.

La lectura de Leibniz inspiró a Charles Bonnet; las observaciones de Abraham Trembley sobre la

reproducción de los pólipos por esquejes y sus propias observaciones sobre la partenogénesis de los pulgones lo han confirmado en su hostilidad contra el mecanicismo. “No presento aún la dificultad más sobresaliente: no consiste solamente en hacer formar **mecánicamente** tal o cual órgano, compuesto a su vez de tantas piezas diferentes; consiste principalmente en dar cuenta, por las solas leyes de la mecánica, de esta gran cantidad de **relaciones** variadas que enlazan tan estrechamente todas las partes orgánicas, y en virtud de las cuales conspiran todas a un mismo fin general; quiero decir, a formar esa **unidad**, que se denomina un **animal**, ese todo organizado que vive, crece, siente, se mueve, se conserva, se reproduce” (“Cuadro de consideraciones sobre los cuerpos organizados” in **La Palingenesia filosófica**, 1769).

En Alemania, a fines del siglo XVIII, el texto que más hizo para inscribir el organismo a la cabeza de los conceptos de la biología del período romántico fue la **Crítica del juicio** (1790) de Kant. En el artículo 65, Kant analiza el concepto de ser organizado sin utilizar las palabras vida o viviente. Un tal ser es máquina en un sentido, pero no lo es en aquél en el que supone una energía formadora, organizadora de materias que no la poseen, energía diferente de la simple potencia motriz. El cuerpo orgánico no está solamente organizado, él es auto-organizador. “En un tal producto de la naturaleza, cada parte, como no existe más que **en virtud** de todas las otras, es concebida también como existiendo **para** las otras y **para** el conjunto, es decir como instrumento (órgano); y esto no es suficiente [...], pero debe ser considerada como órgano que engendra a los otros (y esto recíprocamente); ahora bien, ningún instrumento del arte puede ser así, sólo lo son los de la naturaleza”. En la misma época, el médico C. F. Kiemeier (a quien Cuvier, cuando era estudiante, había conocido como condiscípulo en la Academia Carolina de Stuttgart) expuso en una conferencia célebre (**Relaciones de las fuerzas orgánicas en la serie de las diferentes organizaciones**, 1793) las ideas directrices de una enseñanza de la zoología y de la botánica que ejerció una gran influencia. El organismo es definido como sistema de órganos en relación de reciprocidad circular; estos órganos están determinados por sus acciones de suerte que el organismo es un sistema de fuerzas más bien que un sistema de órganos. Kiemeier parece copiar a Kant cuando dice: “Cada uno de los órga-

nos, en las modificaciones que padece cada instante, está a tal punto en función de las que sufren sus vecinos que parece ser causa y efecto de las causas”. Se entiende entonces el prestigio de las imágenes del círculo y de la esfera entre los naturalistas románticos. El círculo representa la reciprocidad de los medios y de los fines a nivel de los órganos. La esfera representa la totalidad, individual o universal, de las formas y de las fuerzas orgánicas.

En Francia, a comienzos del siglo XIX, por fuera de la biología de Cuvier pero no sin relación con ella, la filosofía biológica de Augusto Comte expuso de manera sistemática los elementos de una teoría de la organización viviente (**Curso de filosofía positiva**, III, 1838, lecciones XL-XLIV). Considerando que “la idea de vida es realmente inseparable de la de organización”, Comte definió el organismo por el **consensus** de funciones “en asociación regular y permanente con el conjunto de las otras”. **Consensus** es la traducción latina del griego **simpatheia**. La simpatía, por la cual los estados y las acciones de las partes se determinan las unas a las otras por comunicación sensitiva, es una noción que Comte toma —con la de sinergia— de Barthez quien escribe: “La conservación de la vida está asignada a las simpatías de los órganos, así como al organismo sus funciones [...]”. Designo con la palabra **sinergia** a un concurso de acciones simultáneas o sucesivas de fuerzas de diversos órganos, concurso tal que estas acciones constituyen, por su orden de armonía o de sucesión, la forma propia de una función de la salud o de un tipo de enfermedad” (**Nuevos elementos de la ciencia del hombre**, IX). Se sabe que Comte importa a la teoría del organismo social este concepto de **consensus**, y en la exposición de la estática social lo retoma para volverlo a trabajar con el fin de generalizarlo. **Consensus** se vuelve entonces sinónimo de solidaridad en los sistemas orgánicos, y Comte esboza una serie de los grados del **consensus** orgánico, cuyos efectos son tanto más estrictos cuando más se asciende del vegetal al animal y al hombre (**Curso**, IV, lección XLVIII). A partir del momento en que **consensus** se identifica con solidaridad ya no se sabe cuál es el modelo o al menos la metáfora, cuál es el uno y cuál es la otra, del organismo o de la sociedad.

Nos equivocáramos atribuyendo sólo a la laxitud del lenguaje filosófico la indeterminación del sentido de la relación entre organismo y sociedad.

Es necesario percibir como telón de fondo la persistencia de la imagería tecnológica, viva siempre desde los tratados aristotélicos. A comienzos del siglo XIX, un concepto importado de la economía política, el de división del trabajo, viene a enriquecer la acepción del concepto de organismo. La primera exposición de esta transcripción metafórica se debió al fisiólogo comparatista Henri Milne-Edwards, en el artículo “organización” del **Diccionario clásico de las ciencias naturales** (1827). Siendo concebido el organismo como un tipo de taller o de manufactura, se vuelve lógico medir el perfeccionamiento de los seres vivos por la diferenciación estructural y la especialización funcional creciente de sus partes, es decir por su complicación respectiva. Pero esta complicación requiere, en compensación, una seguridad de unidad y de individuación. La introducción de la teoría celular en biología, vegetal primero (hacia 1825), animal luego (hacia 1840), debía necesariamente orientar la atención hacia los problemas de integración de individualidades elementales y de vidas particulares en la individualidad totalizante de un organismo y en su vida general.

Estos problemas de fisiología general son precisamente aquellos que Claude Bernard privilegió progresivamente en el curso de su carrera de investigador y de profesor. Se encontrará la prueba de ello en la novena de las **Lecciones sobre los fenómenos de la vida comunes a los animales y a los vegetales**. El organismo es una sociedad de células o de organismos elementales a la vez autónomos y subordinados. La especialización de los componentes está en función de la complejidad del conjunto. El efecto de esta especialización coordinada es la creación, a nivel de los elementos, de un medio intersticial líquido que Claude Bernard llamó “medio interior” y que es la suma de condiciones físicas y químicas de toda vida celular. “Se podría expresar esta condición del perfeccionamiento orgánico diciendo que él consiste en una diferenciación cada vez más marcada del trabajo preparatorio para la constitución del medio interior”. Se sabe bien que Claude Bernard fue uno de los primeros en evidenciar la constancia de este medio interior, que bajo el nombre de secreción interna descubrió un mecanismo de regulación y de control de esta constancia, desde entonces designado por el término de homeostasia. En esto consiste el aporte original y capital de la fisiología bernardiana a la concepción moderna de la orga-

nización viviente. Pues la existencia de un medio interior, de constancia obtenida por compensación de desvíos o perturbaciones, constituye para los organismos regulados una seguridad de independencia relativa ante las variaciones que puedan ocurrirle a las condiciones externas de su existencia. A Claude Bernard le gustaba el término de elasticidad para dar la idea que él se hacía de la vida orgánica. Y quizás olvidaba que la máquina paradigma de su época, la máquina de vapor, estaba provista de un regulador, cuando escribía: "Se trata al organismo como una máquina y se tiene razón, pero se le considera como una **máquina mecánica** fija, inmutable, encerrada en los límites de una precisión matemática, y ésta es una gran equivocación. El organismo es una **máquina orgánica**, es decir dotada de un mecanismo flexible, elástico, debido a los procedimientos especiales orgánicos que se usan en él, sin anular sin embargo las leyes generales de la mecánica, de la física y de la química" (*Pensamientos. Notas sueltas*, publicadas en 1937).

LA VIDA COMO INFORMACION

Si se entiende por cibernética una teoría general de las operaciones controladas, ejecutadas por máquinas montadas de manera tal que sus efectos o sus productos estén conformes a normas fijas o ajustadas a situaciones inestables, se estará de acuerdo en que era normal que las regulaciones orgánicas, y ante todo aquellas que aseguran el sistema nervioso, se convirtieran un día en el modelo de esas máquinas entre las cuales muchas han sido consideradas como modelos de esas regulaciones. Entre las máquinas de servo-mecanismo o de homeóstato y los organismos, las relaciones de analogía tienen un doble sentido. Al concepto de acción recíproca de unas partes sobre las otras se ha añadido el concepto de retroacción (*feed-back*) o de circuito de regulación. Es por esto que la organización cibernética de las máquinas artificiales y de las máquinas naturales se enuncia en términos de teoría de las comunicaciones, es decir de información. En un sistema de enlaces donde la amplitud de un efecto es controlada por un detector de desvíos a partir de la tasa o del óptimo fijado, y donde la detección determina por acción retrógrada una modificación de la cantidad de la

causa, el agente del control y del órgano de transmisión interviene como portador de una instrucción comunicada por el detector al efectuante. Esta instrucción opera por su forma de señal más bien que por su fuerza de impacto. La información es un mensaje de orden en todos los sentidos del término: estructura coherente con función de clave, mandato sin equívoco.

Entonces un organismo es comprendido como sistema biológico, sistema dinámico abierto que defiende su equilibrio, manteniendo constantes con respecto y contra las perturbaciones que lo afectan, ajustando, sea a un nivel de mantenimiento, sea por la realización de una actuación (performance), las relaciones que él sostiene con el medio del cual saca su energía.

Los trabajos de C. E. Shannon (1948) sobre la teoría de las comunicaciones y de la información, sobre las relaciones entre la teoría de la información y la termodinámica, han parecido aportar a la filosofía biológica los elementos de una respuesta positiva a la cuestión milenaria de la naturaleza y de la función de la vida. El segundo principio de la termodinámica, que explica la irreversibilidad de las transformaciones en un sistema aislado, por degradación de la energía o por crecimiento de la entropía, concierne a objetos indiferentes a la cualidad de sus estados, inertes, muertos. El organismo, que se nutre, crece, regenera sus mutilaciones, responde a las agresiones, se cura espontáneamente de ciertas enfermedades, ¿no está en lucha contra el destino de desorganización universal proclamado por el principio de Carnot? ¿Es la organización orden en el seno del desorden? ¿Mantenimiento de una cantidad de información proporcional a la complejidad de la estructura? En su lenguaje algorítmico propio ¿no dirá la teoría de la información más acerca del viviente que Bergson en *La Evolución creadora* (1907, III)?

De hecho, la distancia es grande y la diferencia irreductible entre las teorías actuales de la organización por información y las ideas que se hacían, por una parte Claude Bernard, del desarrollo del organismo individual bajo el imperio de una "idea directriz" y, por otra parte Bergson, de la evolución de las especies en la estela del "élan vital". Claude Bernard no proporcionaba ninguna explicación de la evolución de las especies, Bergson no proporcionaba ninguna explicación de la estabilidad, de

la fiabilidad de las estructuras vivientes. La superposición de las lecciones de la biología molecular y de la genética determinó la formación de una teoría unitaria de la constitución química, del funcionamiento regulado, de la herencia y de las variaciones específicas por selección natural, a la cual la teoría de la información ha tratado de conferir un rigor comparable al de las teorías físicas.

Pero una cuestión permanece, en el interior mismo de la teoría, y cuyo estatuto de cuestión no parece en vías de ser sobrepasado: el origen de la información biológica. A. Lwoff enseña que el orden biológico no puede nacer más que del orden biológico, formulación contemporánea de los aforismos *omne vivum ex vivo, omnis cellula e cellula*. ¿Cómo representarse entonces la auto-organización inicial si es verdad que la transmisión de información supone una fuente de información? Un filósofo, Raymond Ruyer, plantea la cuestión: "El azar no puede dar razón del anti-azar. La comunicación mecánica de información por máquina no puede dar razón de la información en sí misma, puesto que la máquina no puede más que degradarla o a lo más, conservarla". Este problema, los biólogos no lo encuentran insignificante. Las teorías contemporáneas del origen de la vida sobre la tierra buscan en una evolución química inicial la condición de la evolución biológica. En el cuadro estricto de la teoría de la información, un joven biofísico, H. Atlan, ha propuesto muy recientemente una respuesta ingeniosa y difícil que él denomina "el principio de orden a partir del ruido" según el cual los sistemas auto-organizadores utilizan, para evolucionar, el "ruido", es decir las perturbaciones aleatorias del medio. ¿El sentido de la organización estaría pues en la utilización del contrasentido? Pero ¿por qué siempre dos sentidos inversos?

LA VIDA Y LA MUERTE

Paradójicamente lo que caracteriza al viviente es el fenómeno de desgaste progresivo y de cesación definitiva de esas funciones, más que su existencia misma. Es su muerte la que califica a los individuos vivientes en el seno del mundo, es su ineluctabilidad la que hace apreciable la aparente excepción que ellos instituyen relativamente con

respecto a las sujeciones termodinámicas. De suerte que la búsqueda de los signos de la muerte es, en el fondo, la búsqueda invertida de un signo indiscutible de la vida.

La teoría de A. Weismann (1885) sobre la continuidad del plasma germinativo opuesta a la mortalidad de su soporte somático, las técnicas de cultivos de tejidos embrionarios (Alexis Carrel, 1912) o de cultivo puro de bacterias han introducido, en biología general, la noción de inmortalidad potencial del viviente unicelular, mortal solamente por accidente, y han acreditado la idea de que el envejecimiento y la muerte natural, al término de una duración específica de vida, están ligados a la complejidad de los organismos altamente integrados. En tales organismos, cada constituyente elemental está sometido a una limitación de sus potencialidades, por el solo hecho del ejercicio de sus funciones respectivas por parte de los otros constituyentes. Morir es el privilegio, o el tributo, en todo caso el destino de las máquinas naturales mejor reguladas, las más homeostáticas.

Considerada desde el punto de vista de la evolución de las especies, la muerte es el fin de la prórroga que la presión de la selección acuerda a mutantes momentáneamente más aptos para situarse en un cierto contexto ecológico. La muerte libera vías, libera espacios, abre falazmente el porvenir a formas imprevistas de vida para quienes la última hora también sonará.

Considerada desde el punto de vista del individuo, la muerte es un vencimiento inscrito en su patrimonio genético, como si su aniquilamiento y su regreso a la inercia, pasado un cierto plazo, le fueran impuestos como su último deber.

Se puede entonces preguntar por qué una teoría como la que Freud esbozó bajo la denominación de "pulsión de muerte" (*Más allá del principio de placer*, 1920) ha encontrado tantas resistencias. Esta idea estaba ligada en Freud a una concepción energética de la vida y del psiquismo. Ahora bien, si es verdad que el viviente es un sistema en desequilibrio incesantemente compensado por préstamos del exterior, si es verdad que la vida está en tensión con el medio inerte ¿qué hay de extraño o de contradictorio en la hipótesis de un instinto de reducción de las tensiones a cero, de una tendencia a la muerte? "Si admitimos que el ser viviente sólo apareció después de los objetos inanimados de los cuales salió, debemos concluir

que el instinto de muerte se conforma con la fórmula dada antes y según la cual todo instinto tiende a restaurar un estado anterior". Quizá la teoría freudiana será objeto de un nuevo examen en relación con las conclusiones de los trabajos de Atlan: "El único proyecto reconocible en verdad en los organismos vivientes es la muerte. Pero, por el hecho mismo de la complejidad inicial de estos organismos, perturbaciones capaces de alejarlos del estado de equilibrio tienen como consecuencia la aparición de una complejidad aún más grande en el **proceso** mismo de regreso al equilibrio" ("¿Muerto o vivo?" in **La organización biológica y la teoría de la información**, 1972).

Quedaría, en último lugar, comprender la razón y el sentido del deseo reaccional de inmortalidad, del sueño de sobrevivencia —"tema de fabulación útil" dice Bergson— propio del hombre de ciertas culturas. Un árbol muerto, un pájaro muerto, una carroña: tantas vidas individuales abolidas sin conciencia de su destino de muerte. El valor de la vida, la vida como valor ¿no se enraizan en el conocimiento de su esencial precariedad? "La muerte (o su alusión) hace preciosos y patéticos a los hombres. Estos conmueven por su condición de fantasmas; cada acto que ejecutan puede ser el último; no hay rostro que no esté por desdibujarse como el rostro de un sueño. Todo, entre los mortales, tiene el valor de lo irrecuperable y de lo azaroso" (J. L. Borges. **El Aleph**, 1962).

BIBLIOGRAFIA

- H. Atlan. *La organización biológica y la teoría de la información*. París: Hermann, 1972.
- G. & M. Beadle. *The Language of Life*. New York, 1966.
- C. Bernard. *Lacciones sobre los fenómenos de la vida comunes a los animales y a los vegetales*. París,

1878; 2ª ed. G. Canguilhem, París: Vrin, 1966. (selección tr. por María Cecilia Gómez).

- L. Brillouin. *Vida, materia y observación*. París: A. Michel, 1959.
- F. Dagognet. *Métodos y doctrina en la obra de Pasteur*. París: P. U. F., 1967.
- W. M. Elsasser. *Atomo y organismo. Nueva aproximación a una biología teórica*. México: Siglo XXI, 1970.
- E. Gilson. *De Aristóteles a Darwin y regreso. Ensayo sobre algunas constantes de la biofilosofía*. Pamplona: Universidad de Navarra, 1975.
- F. Jacob. *La lógica de lo viviente*. Barcelona: Salvat, 1987.
- E. Kahane. *La vida no exista*. París: Ed. Racionalistas, 1962.
- J. Laplanche. *Vida y muerte en psicoanálisis*. París: Flammarion, 1970.
- A. Lwoff. *El orden biológico*. México: Siglo XXI, 1973.
- A. Meyer Abich. *Biologie der Göthezeit*. Stuttgart, 1949.
- J. de Rosnay. *Los orígenes de la vida, del átomo a la célula*. París, 1966.
- R. Ruyer. *La cibernética y el origen de la información*. México: F. C. E., 1984.
- M. Salomon. *El porvenir de la vida*. París: Segher, 1981.
- J. E. Schlanger. *Las metáforas del organismo*. París: Vrin, 1971.
- E. Schrödinger. *¿Qué es la vida?* Barcelona: Orbis, 1987.
- M. Serres. *El nacimiento de la física en el texto de Lucrecio*. París: Minuit, 1977.
- G. Simondon. *El individuo y su génesis físico-biológica*. París: P. U. F., 1964.

Traducido por Luis Alfonso Palau C., París-Barcelona, marzo-abril de 1988 y dedicado a Luis Antonio Restrepo A. en su aniversario.

historia de las mentalidades

georges duby

Traducción de
MARIA LUISA JARAMILLO

Desde sus comienzos la historia se ha considerado a sí misma psicológica. Ya sea como relato de acontecimientos singulares, y que, al quererlos explicar de una manera diferente a la de las intervenciones mágicas, hacía responsables de esos accidentes a algunos héroes, a algunos hombres excepcionales —y la causa común de sus actos, era necesario encontrarla en sus designios y en sus pasiones. Ya sea como genealogía, crónica escrita a la gloria de un linaje o de una comunidad, se preocupaba por distinguir unos de otros a los jefes de los grupos por sus virtudes o sus defectos individuales. Naturalmente, y por lo tanto ingenuamente, la historia se presenta como un estudio de los comportamientos y de las actitudes mentales — cuando es drama, red de

intrigas, o bien biografía, modelo que es necesario imitar o ejemplo para no seguir, en fin cuando se esfuerza por desenredar los hilos de las negociaciones entre las potencias. Divertido o ejemplar, diplomático o moralizador, el relato histórico —el de Plutarco o el de Joinville como el de Commynes— da lugar al análisis más o menos sutil de los estados del alma.

La explicación por la Psicología

Pero, nos damos cuenta, de que la psicología interviene entonces desde el exterior, como elemento de explicación, como interpretación subjetiva: el historiador, para comprender y para hacer comprender la conducta de su héroe, le atribuye tal deseo, tal movimiento de humor que le parece a él mismo natural, conforme a la que sería en las mismas

circunstancias su propia reacción. Si hace gala de alguna fineza, esta actitud no es demasiado peligrosa, a condición de que la historia que él cuenta sea contemporánea y se sitúe en un medio similar a aquellos que le son familiares. De esta manera las actitudes de San Luis no parecen demasiado deformadas a través de Joinville, las de Luis XI a través de Commynes, puesto que como pertenecían a la misma generación o casi, actuaban en un medio ambiente similar, los testigos y los héroes compartían sin duda las mismas maneras de sentir y de pensar. Pero cuando Plutarco trazó el retrato de Alejandro o el de Epaminondas, ¿tenía derecho a prestarle sus pasiones y sus prejuicios personales? Una historia preocupada por la exactitud podría utilizar su testimonio para conocer mejor la mentalidad del mismo Plutarco, y a través de él a los hombres de su tiempo, de su país y de su nivel cultural, pero de ninguna manera, por lo menos sin rigurosa crítica, la de su héroe. Porque él es sospecho-

* Tomado de: Encyclopédie de la Pléiade. L'Histoire et ses méthodes. Gallimard 1961. p. 937-966.

so de este anacronismo sicológico, que Lucien Febvre consideraba “el peor de todos, el más insidioso” —yo agregaría el más natural en cualquiera que no tenga el sentido del cambio histórico, o el límite de lo superficial, no lo extienda a las actitudes del espíritu, a cualquiera que no piense que los sentimientos, las emociones, los valores morales, los avances del raciocinio puedan tener también su historia.

Error común, tenaz, que siempre hay que temer. No le prestemos atención a esta pseudo-historia entregada sin vergüenza al público, bajo el pretexto de “grandes figuras”, de “mujeres célebres” o de “bastardos ilustres”. Abramos por ejemplo los *Études sur le regne de Robert le Pieux* de Christian Pfister. Un libro publicado en 1885 en la Biblioteca de la Escuela de Altos Estudios que se declaraba como la historia más seria, la más voluntariamente científica, y que por ello somete el contenido de las fuentes al método crítico más escrupuloso. Sin embargo el autor sitúa en el centro de su obra a la figura de un héroe del que conviene explicar los gestos. Ocurre que el rey Robert desposó a una mujer que era a la vez su comadre y su pariente, despreciando todas las prohibiciones religiosas, osando cometer lo que entonces se consideraba un incesto. ¿La razón de este extravío? Pfister responde: el amor pasión: “prendado de un amor insensato... Robert puso todo en marcha para llevar a la perdición al marido” de la que tomó luego por mujer, y “todo nos muestra que por su apego a Berta, causó una profunda pena a sus padres” (p. 47 y 50); así el comportamiento del rey del año mil se supone comparable al de un personaje de los dramas que el historiador científico podía aplaudir en el Boulevard. Pero la interpretación nos parece ingenua e imprudente, puesto que investigaciones recientes nos dejan entrever que en la época de Robert, el matrimonio, un asunto de toda la familia, se concluía sin que intervinieran los sentimientos individuales de los dos prometidos, ya que nos da dificultad imaginar al hijo del rey de Francia escogiendo esposa, la madre de un futuro soberano, contra el consentimiento de su padre; y si lo hubiera hecho, este último se hubiera

encolerizado y no entristecido. En pocas palabras, el amor, en el siglo XI —o lo que ocurriera— no era idéntico al sentimiento que Pfister y sus contemporáneos designaban con ese nombre, y sobre todo no cumplía la misma función en las relaciones sociales. Anacronismo... Sin embargo el abate Mably cuando meditaba sobre ciertas prescripciones de la costumbre feudal, ya adivinaba que las relaciones entre los sexos no habían estado siempre ligadas a las mismas disposiciones afectivas (*Observations sur l'histoire de France*, edición de Kehl, 1788, tomo III, p. 8).

Hacia una historia de las mentalidades

En efecto, durante el siglo XVIII comenzó a insinuarse en una conciencia histórica aguzada la idea de que así como las costumbres y las maneras de vivir, la actitud sicológica de los hombres tal vez no había seguido siendo similar en todas las épocas. Simple aplicación de la noción común de progreso: si se admitía que las sociedades humanas se habían ido separando del salvajismo para acceder a la civilización, era importante observar las etapas de esta educación progresiva, y se sentía por esto la necesidad de una “historia del espíritu humano”. Se sabe que Voltaire soñó con escribirla, pero en verdad fue esbozada mucho más tarde. Además, los comienzos de esta empresa se limitaron al estudio de las facultades superiores del alma; fueron en efecto, en el tercer tercio del siglo XIX, los lentos perfeccionamientos de la historia de las artes y de las literaturas las que prepararon el camino para una historia de la sensibilidad —durante mucho tiempo considerada por otra parte torpe, subjetiva, imperfecta; en el mismo momento, la nueva atención dada a la relatividad de los fenómenos religiosos invitaba a considerar las creencias en su evolución, por lo tanto a explorar igualmente en la duración de otros terrenos de la vida interior. Sin embargo, tales búsquedas continuaron mucho tiempo obstaculizadas por las tradiciones de una historia-teatro, drama conducido

entre algunos protagonistas de primer plano, por la noción misma del personaje histórico cuya presencia influye en el curso de los acontecimientos y también por la idea simplista de un progreso continuo, lineal, fácilmente identificado a lo que se suponía entonces del crecimiento de los individuos desde la infancia hasta la madurez. Pero ellas fueron frenadas aún más por el desarrollo insuficiente de la ciencia sicológica, que casi no proponía sino modelos individuales y abstractos. Fue el desarrollo de las ciencias jóvenes del hombre el que, mucho más recientemente, permitió el verdadero punto de partida.

Mientras que, muy lentamente, en los albores del siglo XX, la nueva preocupación por los fenómenos sociales, así como la infiltración de concepciones marxistas, arruinaron poco a poco en el espíritu de los historiadores la consideración dada a los grandes hombres, invitándolos a trasladar su atención del individuo hacia el grupo, a observar los momentos colectivos, a desdeñar los simples acontecimientos, los accidentes superficiales, les hacía perceptible otro ritmo de la historia de oscilación más amplia y en ese momento nacía la sociología. Con sus primeros progresos se expandió la idea de “conciencia colectiva” lanzada por Durkheim —noción tosca pero estimulante— y que los sicólogos retomaron y afinaron. Sus trabajos hicieron entrar en uso la palabra “mentalidad” (“término filosófico” dice todavía Littré, que cita apoyándose en un tratado de filosofía positiva publicado en 1877). Nombrar “la manera general de pensar que prevalece en una sociedad”, era preparar el estudio de actitudes mentales que ya no fueran solamente consideradas como particulares a tal individuo, sino más bien comunes a todo un grupo. Era unir fuertemente las representaciones colectivas y las conductas personales al estado de una sociedad y por lo tanto a su historia. La noción misma, muy criticable, de pueblos “primitivos” y de pueblos evolucionados situaba estas investigaciones en la duración. En su *Introducción a la psychologie collective*, Charles Blondel afirmaba en 1928 que “no se trataba de obstinarse en determinar de plano las maneras uni-

versales de sentir, de pensar y de actuar”. Así se les lanzó la pelota a los historiadores.

La respuesta vino de Lucien Febvre. En la “*Revue de synthèse historique*”, se liberó de una concepción puramente acontecimental de la historia y captó la necesidad de una estrecha colaboración de los historiadores con los otros observadores de los fenómenos humanos; especialmente atento a la sicología por la orientación de sus investigaciones hacia la historia de las ideas y las creencias, proclamó desde 1922 la superioridad de una historia social: “el hombre no, nunca el hombre, las sociedades humanas, los grupos organizados” (*La Tierra y la Evolución humana. Introducción Geográfica a la Historia*. Uteha, México, 1955). Lo que hizo de su *Lutero*, publicado en 1928, el modelo de las biografías, puesto que ese “destino” individual parecía determinado a la vez por el desarrollo de una personalidad y por su respuesta a las presiones, a los rechazos, a las ofertas de un medio ambiente intelectual y afectivo, minuciosamente analizado. Ligado por amistad con los sicólogos Charles Blondel y Henri Wallon y esforzándose por extender entre los historiadores los resultados de sus trabajos, Lucien Febvre esbozó por fin las grandes líneas directrices de una historia de las mentalidades en dos artículos de método que hizo aparecer, uno —*La Psychologie et l'histoire*— en 1938 en el tomo VIII de la *Encyclopédie française*, el otro —*la Sensibilité dans l'histoire*— en 1941 en los “*Annales d'histoire sociale*”, (artículos reproducidos en *Combats pour l'histoire*, (*) París, 1953, bajo los títulos “Une vue d'ensemble. Histoire et psychologie” y “Comment reconstituer la vie affective d'autrefois? La sensibilité et l'histoire”). Invito al lector a remitirse a estas dos importantes exposiciones: no hubiera habido sin duda nada que agregar allí, si los rápidos progresos que se han llevado a cabo estos últimos años en ciertas ciencias

* Artículos desgraciadamente no incluidos en la edición española de *Combates por la Historia*, Ariel, Barcelona 1970.

del hombre no obligaran a prolongar aquí y allá las perspectivas que abren.

El aporte de la sicología social

Es, en efecto, aliándose con las disciplinas vecinas, (Lucien Febvre no dejó de combatir por esa alianza), solicitándolas, como tratando de responder a sus interrogantes y a sus proposiciones, como la historia progresa —y tanto más rápido cuanto que sus aliados la empujan, la jalanan más vivamente. Ahora bien, en el pelotón de los compañeros de ruta, los historiadores deben, en mi opinión poner una atención particular a una de estas ciencias irresistibles, especialmente joven y conquistadora: la sicología social. Fundada en los Estados Unidos y muy recientemente introducida en Francia, formada empíricamente, frente a los problemas prácticos y concretos de la publicidad, la educación o la propaganda, fue inmediatamente llevada a considerar que toda conducta individual responde a cierta “situación”, y por consiguiente no puede comprenderse sin que se examine muy de cerca el medio ambiente. Encontraremos una exposición sugestiva del método en el tratado principal de G. H. Mead, *Mind, Self and Society* a propósito del cual podremos consultar también la obra de D. Victoroff, *G. H. Mead, sociologue et philosophe*. De hecho, la sicología social enseña que no se puede aislar una personalidad del grupo que la encierra —o más bien grupos—, puesto que ellos son múltiples y están entrelazados los unos con los otros. El hombre en el seno del grupo, tal es su objeto.

La sicología social podría en primer lugar ofrecer a los historiadores nuevas técnicas de observación, o más exactamente medios más perfeccionados para probar e interpretar los testimonios. Como ella quiere captar al hombre de hoy viviendo en sociedad, y como se dedica sobre todo al estudio de la “información”, es decir las comunicaciones entre los individuos y el grupo, sus dos herramientas predilectas son la entrevista y el cuestionario. Pero ya que debe

interrogar a numerosos testigos, se encuentra situada ante un material documental muy abundante. De esta masa de respuestas, debe extraerse algunas enseñanzas simples, cuidándose de no alterar el testimonio durante esta simplificación necesaria, esforzándose por conservarle su pureza y su diversidad. Esta doble necesidad ha conducido a los sicólogos, con la ayuda de matemáticos y de lingüistas, a mejorar singularmente los métodos de encuesta. Por una parte, para permitirse confrontar útilmente una multitud de índices, y también para confiar los documentos, ya sea a auxiliares que trabajan en equipo o a máquinas, ellos buscaron —y todavía tratan de buscar— los medios de aislar los elementos documentales que puedan contarse y que sean de igual valor, al reducir su información en unidades susceptibles de utilización estadística. A esto se agrega la preocupación por evitar que la interrogación deforme el testimonio, ya sea por la intervención de la personalidad del encuestador, que, por la manera como hace las preguntas, arriesga inconscientemente a orientar las respuestas, ya sea por la sola influencia del interrogatorio, que sitúa el testigo en una situación inhabitual y modifica su comportamiento. A este deseo de objetividad, a esta necesidad de selección cuantitativa responden por ejemplo el “análisis de contenido”, elaborado por los especialistas de la opinión pública y de la propaganda (en particular por B. Berelson en *Content Analysis in Communication Research*, y en un artículo aparecido en *Handbook of Social Psychology*, publicado por G. Lindzey, en Cambridge, Mass.) o el “análisis de las estructuras latentes” de P. F. Lazarsfeld (en *The American Soldier*, t. IV, Princeton, 1950 y en *Mathematical Thinking in the Social Sciences*) que se propone alcanzar en profundidad, bajo el velo de las respuestas desviadas por el mecanismo mismo de la encuesta, las “actitudes latentes” auténticas.

Ciertamente, las preocupaciones del historiador no son idénticas. Con excepciones, los testimonios que él explota son mucho menos abundantes; cuando llegan a él, están sin vida, inmóviles y las preguntas que él les hace no corren el riesgo de alte-

rar el contenido. Y si el ejemplo de la historia económica y de otras ciencias humanas invita a buscar más exactitud por un recurso al número, ¿es útil reducir forzosamente a cifras y a cantidades medibles todos los fenómenos sociales? Sin embargo, estas técnicas, a pesar de su complejidad, su pesantez y la lentitud misma de la puesta en marcha que es actualmente su más grave defecto, merecen gran atención, especialmente de parte de los historiadores de un pasado reciente que tienen que manejar una documentación más pesada y que disponen de series cuantificables. A condición de adaptarlos a las condiciones particulares de la investigación histórica, estos métodos aún imperfectos pueden facilitar la interpretación de ciertos datos y en particular la utilización de una fuente tan rica como es el vocabulario. Finalmente, los historiadores de las mentalidades no podrían quedarse indiferentes frente a las investigaciones cautivantes que efectúan los especialistas de las matemáticas sociales: los esquemas, los "modelos" que éstos construyen, pueden en efecto permitir aislar y observar mejor ciertas conductas de psicología colectiva, al menos aquellas que en el comportamiento de la sociedad, participan de la lógica, es decir de la ceremonia y del rito.

Este contacto con los sico-sociólogos vale en todo caso para la historia de las actitudes mentales y los comportamientos por ampliar singularmente su campo de observación; lo incita a hacerse otras preguntas, lo introduce en nuevas pistas. Ya no se puede contentar con la noción demasiado simple de "conciencia colectiva". Porque la psicología social muestra que lo importante es el diálogo entre yo y otro, la relación entre síquismo individual y medio ambiente social; ella pone en evidencia la acción que ejercen sobre la formación de las personalidades los marcos de actividad mental propuestos por el grupo a todos los individuos que lo componen; ella deja entrever menos confusamente cómo, en ciertos casos, son las respuestas individuales las que, por su lado, modifican el medio cultural (cf. M. Dufrenne, *la Personnalité de base*). Dialéctica sutil —y, en la misma medida en que ella la estudia, la psicología social se pro-

longa naturalmente por una historia de las mentalidades que no es otra, en efecto, que la observación, pero a una distancia más grande y en otros ritmos, situaciones, relaciones entre las personas y los grupos y las modificaciones que ellas engendran. Una historia como ésta se ligará pues, en la medida en que su material documental le dará los medios, con este mismo movimiento dialéctico; estará alternativamente, o mejor simultáneamente atenta a los "modelos" culturales y a las reacciones personales; querrá ser al mismo tiempo social y biográfica; observará en sus relaciones a las civilizaciones y a los destinos individuales. Y para volver a Roberto el Piadoso y a su matrimonio (tomaré la mayor parte de mis ejemplos de la Francia medieval que me es especialmente familiar), esta historia sabrá llevar la investigación sobre las estructuras familiares en la Francia del Norte inmediatamente y después del año mil, es decir sobre los marcos que se imponen a todos, pero al mismo tiempo, despejar la personalidad del soberano y lo que, en sus alianzas sucesivas, tiene que ver no solamente con sus escogencias individuales, sino con su situación particular de ungido del Señor (que no puede malcasarse, pero que también debe respetar ciertas reglas religiosas muy estrictas, y que tampoco fue educado como cualquiera de sus contemporáneos); observará finalmente las repercusiones de las decisiones reales y se dedicará a medir, por ejemplo, las resonancias del "incesto" en el medio ambiente, el grado de escándalo, las fuerzas de resistencia, y cómo el recuerdo de este acontecimiento pudo luego orientar la evolución de los espíritus...

Un recorrido como éste, este vaivén constante de lo colectivo a lo personal, es posible, por supuesto, sólo si las fuentes de información lo permiten. De hecho, la empresa se encuentra contenida en límites demasiado restringidos porque, cuando uno se aleja un poco de los tiempos contemporáneos, el número de hombres de los cuales uno puede analizar con una precisión suficiente el comportamiento individual disminuye muy rápido. Los que quedan son las personalidades excepcionales, los personajes célebres, jefes, santos o genios, Lutero o Roberto el Piadoso.

Este último porque era rey, tuvo sus biógrafos, pero contaríamos en los dedos los contemporáneos que, en la cristiandad occidental, podrían ser vistos de cerca. Personalidades de excepción, por lo tanto anormales.

¿Qué pensaba, qué sentía, cómo reaccionaba el individuo común? La investigación aquí, casi siempre, se hunde en tinieblas insondables.

Estudio de grupos

Por lo menos el medio que rodea a estos personajes se presta mejor a la observación, de este lado los documentos son más locuaces, o más bien, son infinitamente más numerosos; así los resplandores se reencontran, se completan, disipan todos juntos la oscuridad. He aquí entonces el terreno de elección de la historia de las actitudes mentales.

La palabra medio es por otra parte engañosa; es necesario hablar de medios diversos. Porque si tomamos prestado de los sico-sociólogos la cómoda noción de situación, percibimos que en el mismo momento todos los individuos de un mismo conjunto social, por poco que esté presente alguna complejidad, no están localizados en una situación comparable, no están sometidos a las mismas influencias exteriores y que el mismo individuo, integrado a múltiples y diversos grupos, sufre por su parte presiones diferentes. Tomo el caso de dos hombres del siglo XI cuyas personalidades adivinamos porque dejaron una obra escrita. Raoul Glaber y Helgaud. Tenían sensiblemente la misma edad; los dos querían contar lo que sabían de la historia de su tiempo y hablaron, en particular, de Roberto el Piadoso; ambos eran monjes y de monasterios muy importantes habían recibido sin duda una formación intelectual análoga —y sin embargo sus libros revelan sentimientos, ideas y reacciones diferentes. Raoul Glaber estaba abierto al vasto mundo; había viajado y encontrado muchos hombres de primer plano; había visto mucho, oído, retenido, y como también había leído muchas obras de toda clase, trató de introducir sus recuerdos en el marco ambi-

cioso de una filosofía de la historia y trató de escribirlas en un lenguaje complejo, inflado de preciosidad. El otro, Helgaud, de Saint-Benoit-sur-Loire, se limita a narrar la historia del rey de Francia, benefactor de su monasterio, hermano medio de su abad y casi no se preocupa sino de liturgia y devoción. ¿Diferencia de personalidad? Ciertamente, pero sobre todo diferencia de clima: allá, una comunidad con horizontes amplios, la voluntad de proseguir la tradición de gran cultura instituida en los tiempos carolingios; aquí, por el contrario, el repliegue en el claustro y en la salmodia, el rechazo...

Además, se trata de dos medios muy próximos y que se sitúan en el mismo nivel cultural. Pero las oposiciones entre los grupos son por lo general mucho más tajantes. He aquí dos hermanos, nacidos de una familia noble del siglo XII. Uno entró a la Iglesia y sucedió a uno de sus tíos en el capítulo catedralicio de la diócesis; el otro, a los catorce años recibió las armas y fue admitido en la banda de los caballeros del castillo vecino. Se siguieron encontrando a menudo y trataban juntos los asuntos del linaje; su manera de vivir era casi idéntica. Sin embargo, no hablaban el mismo lenguaje —porque el primero, por su función, por la formación especializada que recibió en la escuela capitular, por medio de los libros que sabe leer, las personas con las que se codea, por el hábito que tiene de transponer su dialecto al latín, penetra en un universo mental particular, que posee su lógica y sus representaciones propias. ¿Más complejo y más rico? No necesariamente. Su hermano, en efecto, se quedó en el mundo militar, si se unió a una pequeña tropa de camaradas en la aventura de la cruzada, o si, en la corte de su señor donde va a las audiencias, se inició en las sutilezas de la costumbre jurídica, si percibió en las más amplias reuniones mundanas algunos reflejos de las diversiones cortesanas, o incluso simplemente al volverse más experto en la caza, en la guerra, en la conducción de los caballos, pudo también enriquecer sus conocimientos, afinar su sensibilidad, enriquecer su vocabulario. De todas maneras, tanto para el uno como para el otro, la actividad mental es sin duda sensiblemente menos ru-

dimentaria que para su hermana soltera, que permaneció en la casa del padre y que vivió con las sirvientas, y mucho menos pobre que la de los campesinos que trabajan sus tierras y de los cuales ellos apenas si comprenden su jerga, pero que sin embargo participan con ellos en la comunidad del pueblo, asisten al lado de ellos a ciertas ceremonias religiosas.

Otras diferencias se refieren a la geografía, a la situación con relación a las corrientes de relaciones. Existen, y lo hemos percibido a propósito de Helgaud, medios culturales cerrados, que por prejuicios dan la espalda al mundo, pero existen también cantones separados, mal unidos a las grandes vías y las grandes encrucijadas en donde por el contrario todo llega y donde el espíritu obtuso recibe alguna luz de afuera. Oposición a todo lo largo de la historia, y para cada uno de los niveles en donde la fortuna sitúa a los hombres, entre una mentalidad rústica y una mentalidad urbana. Pero es también una franca oposición entre las ciudades de regiones activas y las ciudades de zonas replegadas. De esta manera vemos claramente, por los trabajos de Philippe Wolff (*Commerces et marchands de Toulouse*) y de Armando Sapori (*le Marchand italien au Moyen age*) que los comerciantes tolosanos de fines del siglo XIV estaban lejos de compartir todos los gustos, todas las curiosidades, todos los apetitos de los comerciantes de Florencia. Se trata de medios geográficos que se quedan atrás, otros —el París de Alberto el Grande, el Aviñón de Petrarca y de Simone Martini— que están en el primer plano de la vanguardia. Notemos bien que estos son los últimos que aparecen en la luz más viva. El historiador también debe evitar cuidadosamente dejarse fascinar por ellos, si no quiere, aquí también, escribir solamente la historia de lo excepcional. Su atención no debe desviarse de todo lo que estos centros activos conllevan más o menos rápido. ¡Justamente, el estudio de este impulso es apasionante! Cómo se propaga el estremecimiento desde ciertos puntos de elección, cómo penetra en profundidad a través de los niveles culturales superpuestos. Y a precio de cuáles abandonos, de qué deformacio-

nes. De esta manera imaginamos lo que podría ser una investigación sobre el sentido de la precisión numérica, preocupada por captar su afinamiento progresivo en los diversos grupos sociales por la adopción —¿con qué retardo?— de usos en práctica en primer lugar en el pequeño mundo de los intelectuales, en los medios de la finanza y del comercio, por medio de la difusión de cifras y de instrumentos de medida —de espacio, de tiempo, de masa— por la costumbre del cálculo, por la modificación de los hábitos mentales y de los ritmos de vida que ella determina.

Las diferentes cadencias

Pero de este modo, el tener en cuenta la diversidad de los grupos es decir de una cierta estratificación social, al mismo tiempo que de una plasticidad variable del medio geográfico, conduce inmediatamente —y por la idea misma de vanguardia y de tropas que siguen— a tomar en consideración otra dimensión propia de la historia, la duración. Lo que permite a los historiadores pagar su deuda, para ayudar luego a los sicólogos y sociólogos a perfeccionar sus métodos, para mejor plantear sus problemas, es invitándolos a pasar naturalmente de la diversidad de los grupos a la diversidad de las cadencias.

Conviene en efecto aplicar al estudio de las mentalidades el esquema propuesto por Fernand Braudel, que invita a distinguir en el tiempo revolucionado diferentes grados, y especialmente tres grandes ritmos de duración —dicho de otra manera tres historias—. (En último lugar en "Annales, Economies, Sociétés, Civilisations", *Histoire et sciences sociales: la longue durée*, y en *Traité de sociologie* publicado por G. Gurvitch, *Histoire et sociologie*). Microhistoria, "atenta al tiempo breve, al individuo, al acontecimiento", la del suceso y del drama, la de la superficie —historia de las oscilaciones de media amplitud, separadas por períodos de algunos decenios, que pudiéramos llamar "coyuntural" tomando prestado este término a los historiadores económicos que fueron los

primeros que lo observaron— historia más profunda, finalmente “de larga y aún de muy larga duración” que, cuenta por siglos. Porque los movimientos que conllevan la evolución de los comportamientos y de las actitudes mentales son también más o menos rápidos. Algunos son vivos y superficiales: enriquecimiento de los recuerdos cotidianos, resonancia de tal accidente, de tal percepción insólita que gana poco a poco. Este grado de la duración corta es el de los tumultos bruscos, las emociones populares, de origen político o religioso, agitación de opinión, resonancia de un discurso, de un sermón, del simple paso de una personalidad excepcional que, por su presencia, por lo que irradia alrededor de ella, libera tal pasión, hace emerger en la conciencia tal concepto todavía inexpresado, éxito de un libro en un círculo estrecho de sabios o de pensadores, escándalo de un cuadro en un grupo de artistas. Es sobre todo en el nivel de esta “micro-historia” en donde se establecen las relaciones entre los grupos y las personas; reacción del medio colectivo a la acción de un individuo, reacción del individuo a las presiones exteriores. Ya he dicho que la penuria y aún más la desigual densidad de los documentos tornaban difícil la observación para las épocas antiguas. Pero cuando por suerte esta puede ser precisa, el estudio es singularmente revelador. Suceso: el 2 de marzo de 1127 asesinan a Carlos el Bueno, conde de Flandes, Galbert de Bruges comienza a contar el drama; es un hombre instruido, que sabe mirar, inteligente, pero no más, es un representante de un numeroso grupo de administradores de condición eclesiástica; analizando su relato, Jean Dhont logró aclarar ciertas actitudes de su espíritu: a través de esta respuesta individual a los requerimientos de un acontecimiento, toda una región de la mentalidad común se revela. (*Une mentalité du XII^e siècle*, Galbert de Bruges en “Revue du Nord”, y *les Solidarités médiévales. Une société en transition: la Flandre en 1127-1128* en “Annales, E. S. C.”).

Sensiblemente más abajo se desenvuelve una evolución de ritmo mucho menos precipitado, y cuyas ondas más amplias animan esta vez a todos los grupos que se dejan llevar

más o menos fácilmente. Ellas se acomodan a la marcha de toda la civilización, reaccionan a las modificaciones concomitantes de los marcos económicos, sociales y políticos. Estos movimientos, según los períodos, se aceleran o disminuyen, pero son generalmente flexibles, sin sacudidas sensibles y no son, como la agitación de la superficie, sacudidas por súbitas tempestades. Influenciados por ellos los hijos no razonan como sus padres, orientan sus entusiasmos o su agresividad hacia otros objetos —y no podemos captar estos cambios sino por sondeos en intervalos lo suficientemente amplios. Por ejemplo, si se examina primero en 1180, luego en 1250 las maneras de sentir, de pensar, de expresarse del caballero francés, o mejor del caballero de tal o cual provincia de Francia, aparecerán transformaciones muy profundas: en el primer sondeo, nadie o casi nadie sabe leer, y en el segundo todo el mundo o casi todo el mundo —y qué contraste, después de las primeras infiltraciones de la predicación franciscana, en la tonalidad del sentimiento religioso. Transformaciones que conviene enseguida poner en relación con las otras modificaciones de todo género de vida, ya se trate del lugar de existencia —casa rural o habitación urbana— o de las condiciones de información —modos de educación, encuentros, viajes—. Estos sondeos son menos difíciles e inciertos que el estudio de los accidentes, porque el campo de observación es más abierto y los documentos son menos escasos. Es así como podemos seguir, en los medios evolucionados, en la producción de artistas y de literatos preocupados por responder a las expectativas de su público, los cambios de la moda y del gusto, —y “el gusto en su forma consciente, merece fijar la atención del historiador, porque propone una actitud espiritual ante el problema del mundo” (cf. *Combats*, de L. Febvre). Y también se puede utilizar, en este nivel de la duración, el precioso testimonio del lenguaje, cuyas transformaciones están ligadas a las de las mentalidades —a condición de medir más de cerca las discordancias que siempre existen, en un sentido o en el otro, entre la evolución semántica y los cambios de psicología que ella expresa o suscita.

Quedan finalmente los marcos mentales más resistentes a los movimientos, esas “prisiones de larga duración” de las que habla Fernand Braudel, que durante siglos determinan, generación tras generación, las actitudes profundas y las conductas de los individuos. Herencia cultural —presión, por ejemplo, que ejercen los “autores”, los “clásicos”, las obras maestras ejemplares— sistemas del mundo y creencias —representaciones religiosas— modelos de comportamiento, virtudes, como el patriotismo o el honor. Reunidos, confieren a cada larga fase de la historia de una civilización su tinte particular. Así, a propósito del bello libro en el que Huizinga quiso en otro tiempo resucitar el espíritu de la Edad Media que declinaba, Lucien Febvre se preguntaba si uno no podía reconocer en la historia “los períodos de vida intelectual predominante que sucedían a períodos de vida afectiva particularmente desarrollada” (*Combats*). Estos marcos en efecto no son completamente inmóviles; conocen también sus cambios, pero son más lentos. Parece que proceden por mutaciones bastante bruscas separadas por largos períodos estables: hay momentos en que las envolturas completamente resacas se caen por sí mismas, descubriendo entonces las nuevas cortezas que se formaron en profundidad en respuesta a necesidades más recientes pero que a su vez se endurecerán, envejecerán y se desprenderán. “Grandes revoluciones de mentalidades que ritman la historia de la humanidad” (*Combats*). Finalmente, más bajo todavía, encontramos las estructuras mentales que, unidas a las condiciones biológicas son, inmóviles, o por lo menos se modifican al mismo tiempo que los caracteres de la especie, es decir por un movimiento tan lento que se nos escapa.

Diversidad de grupos, diversidad de cadencias. Y agregaría: diversidad de ritmos en todos los niveles de la duración y para cada sector del espacio, para cada uno de los múltiples pliegues que componen una sociedad... El instrumento de observación, como vemos, exige además de una extrema atención y de elaboraciones permanentes: la historia de las mentalidades no es la más fácil, incluso en el plano de la larga duración, sin

embargo el más accesible. Además, no puede comprometerse de entrada con un terreno no preparado, sin investigaciones de partida puestas en contacto con otros terrenos de la investigación histórica, en alianza con las disciplinas de apoyo. Todas las épocas, todos los medios no reclaman una preparación idéntica. Esta depende del estado de la documentación y cada estudio, evidentemente, debe establecer su propio cuestionario, avanzar en su propia marcha. Por lo menos, parece que se puede proponer una preparación previa en tres direcciones maestras.

El instrumental mental

Una primera avenida (de hecho la que primero se abrió, porque es demasiado pronto para sugerir un orden de prospección, como para proponer reglas de método particulares a la historia de las mentalidades) conduce al examen de lo que, en el título del primer volumen de la *Encyclopédie Française*, Lucien Febvre llamaba, desde 1935, el instrumental mental. “En primer lugar inventariar en detalle, luego recomponer, para la época estudiada, el material mental del que disponían los hombres de (tal) época...” (*Combats*), Lucien Febvre trató de hacerlo él mismo en su *Rebelais*, en algunas decenas de páginas admirables, en la Francia de los albores del siglo XVI (*El problema de la incredulidad en el siglo XVI. La religión de Rabelais*); * un poco antes Marc Bloch, al situar a la sociedad feudal en su “atmósfera mental”, había iniciado la investigación (*La sociedad feudal. La formación de los vínculos de dependencia*). *

Entre estos “instrumentos”, cuyo estudio, en efecto, se impone, se encuentra en primer lugar el lenguaje —entendamos los diversos medios de expresión— que el individuo recibe del grupo social en el que vive, y que sirven de marco a toda su vida mental. ¿Cómo penetrar en la conciencia de los hombres de tal medio, cómo explicar su conducta, las relaciones

* Ed. Uteha, México, 1959.

* Ed. Uteha, México, 1958.

que mantienen, cómo tratar de ver el mundo y al prójimo por sus mismos ojos, sin conocer el vocabulario que emplean —o más bien los vocabularios porque muchos hombres utilizan varios, adaptados a los diferentes grupos en los que se insertan— sin disponer de un inventario sistemático y cronológico de las palabras? Aun cuando la historia de las mentalidades no puede progresar sin la intervención de los lexicólogos, espera de ellos —e impacientemente, los presiona para que utilicen todos los nuevos recursos de las computadoras— las listas, los inventarios de vocablos. Ella saca partido de estos datos fundamentales y, al utilizar los progresos recientes de la lingüística, en particular la noción de campo semántico, se dedica no ya a los términos aislados, sino a los agrupamientos, relaciona las expresiones claves y lo que las rodea, para hacer aparecer las constelaciones verbales a las cuales están unidas las articulaciones mayores de la psicología colectiva. Encontramos ejemplos de utilización para la Edad Media en la obra de J. Trier, *Der deutsche Wortschatz im Sinnbezirk der Verstanden*, en el de Hollyman, *le Développement du vocabulaire féodal en France pendant le Haut Moyen âge. Etude sémanitique*, y en mi informe en “Annales, E. S. C.”. (1958). Y es necesario todavía esforzarse por captar este vocabulario en su movimiento, observar por consiguiente, en cada medio cultural, su enriquecimiento —o más exactamente su renovación, porque los olvidos, los abandonos tienen tanto interés como las adquisiciones—, y situar de esta manera los momentos en donde bruscamente se introducen grupos de términos nuevos, forjados o prestados de otros lenguajes, mientras que ciertas palabras, más lentamente, salen de uso. Estos momentos de mutación lingüística están en cierta relación con las grandes oscilaciones de mentalidad. Pero frecuentemente —y entonces la investigación se vuelve más sutil— el cambio se opera de manera menos aparente: las palabras quedan, mientras que bajo la envoltura inmóvil su sentido se modifica insensiblemente.

De todas maneras, la interpretación del vocabulario es tanto más delicada cuando más antigua es la época

ca —y, ante los datos del lenguaje, la posición del historiador no es de ninguna manera similar a la del observador del mundo presente. Porque el vocabulario que le dan sus fuentes es siempre un vocabulario artificial, estilizado, muy diferente de los dialectos utilizados en la vida cotidiana y que sirven de molde al pensamiento común; ya se trate del lenguaje de las inscripciones, monumentales, o el de los actos oficiales y el de las piezas de los archivos, prisionero de fórmula, o el de las obras literarias, lleno de artificios, es siempre un vestido de gala imperfectamente ajustado o que molesta. Consideremos el vocabulario del mundo feudal, que ya ha sido objeto de algunos estudios de aproximación (*La Sociedad feudal*, tomo I de Marc Bloch, o *Qu'est-ce que la féodalité* de F. L. Ganshof), sin duda porque los medievalistas tienen la ventaja de poder utilizar léxicos, muy imperfectos pero muy preciosos, el inestimable Du Cange, el Blaise, el Godefroy, y el muy reciente Niermeyer. A través de estos estudios se empieza a discernir la historia de algunas expresiones mayores; las vemos penetrar en particular en el uso de la época carolingia e instalarse allí durante largos siglos; se adivinan sobre todo las perspectivas de una investigación más sistemática, más atenta a los préstamos, a las deformaciones semánticas, más preocupada por fecharlos con exactitud y observar en su diversidad regional una evolución que está lejos de haber sido uniforme en todas partes. Sin embargo, todas las palabras que han llegado hasta nosotros son las que los profesionales de la escritura, los redactores de cartas, los cronistas o los poetas, y que han transpuesto, traducido —con toda evidencia— cuando al pensar en lengua vulgar escribían en latín esforzándose por la elocuencia o por el respeto de los ritos verbales, pero igualmente se expresaban en la lengua artificial de las obras literarias. Ciertamente el vocabulario de las lenguas escritas se ha adaptado constantemente para corresponder más estrechamente al de las palabras, pero sin que nunca el desfase desaparezca completamente, sin alcanzar en su propio y continuo cambio el habla de todos los días. Retardo de evolución, pero ¿cómo evaluarlo? Si los especialistas que

redactaban las actas públicas en la Borgoña meridional dejaron un poco después de 1100 de emplear la palabra *servus* para designar a los campesinos que dependían enteramente de un amo es que el lenguaje corriente y particularmente el de las asambleas de justicia había abandonado decididamente la palabra que normalmente se traducía así. Pero es imposible saber desde cuándo el uso se había perdido, y durante cuántos años la inercia, la fidelidad a fórmulas tradicionales había mantenido, fijada en la escritura, una noción que ya no se comprendía. Siempre subsiste una pantalla, cuyo espesor no se deja medir. La distancia, en todo caso, es aún más grande con relación a los hombres de los cuales deseáramos alcanzar la expresión espontánea al estar ellos mismos más alejados de la cultura escrita. Un tratado de teología del siglo XIII permite captar sin demasiada deformación los mecanismos mentales de su autor, que, sin duda, pensaba en las formas mismas de su redacción. Ya el testamento que, en su lengua, un caballero dicta en su lecho de muerte, o la deposición de un testigo que recoge un escribano forense, establecen una distancia más grande; el escriba intermediario interpreta en efecto algunas veces lo que oye, modifica tal frase para introducir la mejor en las fórmulas que le son habituales o que el uso le impone. ¿Pero cuál reflejo podríamos recoger del habla de los campesinos de la antigua Francia que nunca escribían, y que los escritores profesionales, antes de Restif de la Bretonne, podían apenas comprender?

Dentro de estos límites, la historia de las mentalidades espera sin embargo de los especialistas del vocabulario, el más útil sin duda y el más rico de sus materiales. Ella no debe desdeñar tampoco la sintaxis, que guía los mecanismos del espíritu. Al estudiar el régimen de las proposiciones temporales del antiguo francés, Paul Imbs, a propósito del sentimiento que podían tener los hombres de finales de la Edad Media sobre la duración pudo así proponer hipótesis diferentes de las de Lucien Febvre (*les Propositions temporelles en ancien français. La détermination du moment. Contribution à l'étude du temps grammatical fran-*

çais). Pero dejemos aquí a la lingüística que en este volumen es objeto de un estudio particular. Invitemos más bien a no desdeñar otros procedimientos de expresión, aquellos, por ejemplo, que traducen las cantidades, los números, las cifras. ¿Quién, en tal grupo sabe contar, y cómo? ¿Tal señor era capaz de conocer el número de vasallos que le debían el servicio armado, de evaluar las fuerzas de sus adversarios, de hacerse una idea no demasiado vaga del monto de su tesoro y de sus recursos en plata, por lo tanto de establecer un plan de campaña o de reglamentar su gasto? ¿Tenía para ello los medios intelectuales? Y, en primer lugar, ¿se preocupaba por ello? Se ve cuán útil es poder calibrar en tal grupo social, el grado de precisión mental, y por consiguiente de inventariar los procedimientos empleados para medir, en cifras árabes y en cifras romanas, o en simples tallas en una pieza de madera, unidades de longitud, de peso, de superficie, fijas y variables, concretas o ideales, estrictas o vagas. Medidas también del tiempo, del espacio, es decir medios para tomar las dimensiones del mundo. Lo que lleva, a profundizar aún más, a esbozar una historia de la percepción, a emprender esta "lista de estudios cautivantes sobre el soporte sensible del pensamiento en las diversas épocas" con los que soñaba Lucien Febvre (*Rebelais*). El mismo se puso en la tarea, apoyándose en los testimonios literarios, supuso que entre los intelectuales del siglo XVI la vista estaba retrasada con relación a los otros sentidos. En verdad, en este terreno, antes de soñar con interpretar los testimonios con la ayuda de los psicólogos, es necesario coleccionar y escoger, recoger no solamente los del vocabulario, sino lo que enseñan todas las obras de los hombres, las obras pintadas por ejemplo (y es probable que el estudio del realismo en la pintura del siglo XVI, lo que revelaría a la vez de la visión de los pintores y de los gustos de su público aportarían al debate abierto por Lucien Febvre respuestas diferentes, propondrían sin duda la idea no de un retardo de la vista sino de la incapacidad de las formas literarias para traducir con precisión los elementos visuales...) y, resignarse con anticipación a no poder captar una vez más, a través

de estos índices, sino la psicología de una élite restringida de los grupos más cultivados del cuerpo social.

Esta atención puesta en los mecanismos de la percepción lleva por fin al historiador de la mentalidad a aventurarse más profundamente todavía. Aunque los psicólogos contemporáneos dan menos importancia a las influencias de las condiciones biológicas que a las del medio cultural, es cierto que el comportamiento de los hombres, y especialmente lo que se refiere a las emociones y a la sensibilidad, está ligada al estado del cuerpo. Pero este último varía según los medios sociales y según las épocas. Es tentador, por ejemplo, relacionar la inestabilidad afectiva de los caballeros del siglo XII, sus bruscos saltos de humor, sus cambios tumultuosos de la risa a las lágrimas, las irrupciones de la cólera, con el relativo desequilibrio de su complexión, su alimentación más desordenada, una existencia física más contrastada y menos protegida contra los cambios del medio ambiente natural, del calor al frío, de la oscuridad a la luz. Y, agregaría, que una disposición particular de las edades de la vida, la costumbre de casar a las jóvenes a los doce años, de hacer entrar a los catorce años a los jóvenes en la compañía de los adultos no dejaba de tener su efecto en la organización síquica. De tal manera, la historia de las actitudes mentales se encuentra con la de la salud, llama, para ser menos coyuntural, a esta historia "que daría lugar a las aventuras del cuerpo", necesidad que ya mostraba Marc Bloch (*La Sociedad feudal*). Esta supone pues el estudio de la alimentación, de la higiene, de los regímenes de vida y encuentra aquí a la historia económica.

La información: educación y encuentros

El estudio de las mentalidades del pasado no puede tampoco asegurar su marcha sin apoyarse en una historia de la educación en un sentido muy amplio, es decir, de todas las comunicaciones entre el individuo y su entorno, de los medios por los cuales recibe los modelos culturales y por lo tanto, al comienzo, sobre una

historia de la infancia. Historia difícil, casi imposible, demasiado imperfectamente documentada, puesto que hasta épocas muy cercanas los adultos concedieron poco interés al niño. Y justamente una de las primeras investigaciones preparatorias debería tratar de delimitar con cuidado el lugar que se le daba a los jóvenes en el seno de la sociedad y en las representaciones colectivas. En estas perspectivas, la lenta conversión de la sensibilidad cristiana que, durante los siglos XII y XIII, se opera en dirección de los valores infantiles por la penetración progresiva de ciertos temas evangélicos, por el desarrollo de la liturgia de Navidad, la floración de leyendas alrededor del niño Jesús, aparece como uno de los movimientos de profundidad, una de las flexiones mayores de la historia mental cuyo examen minucioso se impone (ver las aproximaciones de un estudio como éste en la *Chrétienté et l'idée de croisade*, t. II, de Paul Alphonse Dupront). Se espera que estas investigaciones se muestren atentas, tanto como sea posible, a las situaciones sucesivas del joven, situado en primer lugar en su familia pero ¿cuál familia? ¿amplia o restringida? ¿abierta o cerrada? luego penetrando en esos "grupos de cooperación", que como lo ha mostrado J. Piaget, tienen tanto que ver con la formación síquica (*Pensée égocentrique et pensée sociocentrique* en "Cahiers internationaux de sociologie", 1951), finalmente algunas veces —pero ¿cuándo ¿a qué edad y por cuánto tiempo?— se compromete con un equipo de escolares. Es evidente que un estudio previo de las instituciones escolares, de sus estructuras, de sus métodos, de las nociones que quieren transmitir, de su equipamiento, de su implementación en la sociedad, lo que las liga a otros marcos, familiares, militares, religiosos, políticos es indispensable: se sabe todo lo que el conocimiento de las mentalidades de la antigüedad greco-romana debe a la *Histoire de l'éducation* de H. I. Marrou, y deseáramos poder disponer para cada época de elaboraciones tan ricas, a la vez balance de resultados adquiridos y de comienzos de investigaciones más profundas.

Pero las adquisiciones no se hacen solamente durante los años de juven-

tud y el adulto sigue estando sometido a las presiones culturales que también es conveniente medir. Lo que invita a examinar las ocasiones de encuentro y de contactos. ¿Estos hombres estaban arraigados o móviles? Se trata de mentalidades cerradas como la de los campesinos (más o menos cerrados: aún en nuestros días el pequeño propietario viticultor de las riberas de Macon recibe del exterior mucho más que el granjero de Bresse que, del otro lado del Saona, vive lejos de sus vecinos, en pleno bosque, al final de un camino pantanoso —y, según toda apariencia, en el siglo XIII, el horizonte en los grandes pueblos picardos debía ser singularmente más abierto que el de los pioneros roturadores que acaban de establecer su cabaña aislada en lo que queda aún de los "desiertos", Borbonense o selva jurasiana). Mentalidades cerradas al igual que la de los monjes —pero aquí, todavía encontramos matices, contrastes entre la total soledad cartuja y la acogedora hospitalidad benedictina. ¿O bien se trata por el contrario de medios psicológicos muy aireados que se benefician de esta permeabilidad propia del espíritu de aquellos que viajan mucho o que viven en las encrucijadas? Además, lo mismo que a la escuela, la historia mental debe prestar atención a todas las asambleas, a todas las ocasiones de reunión: ferias, peregrinaciones, campañas militares, carnavas de mercaderes —lo que fue la caserna para el recluta rural del siglo XIX— lo que fue para el caballero contemporáneo de Felipe Augusto la corte de su señor que, de distancia en distancia, lo ubicaba por algunos días en unas condiciones de vida menos mezquinas y cerradas, le ofrecía la ocasión de escuchar otro lenguaje, de llevar a cabo otros gestos, menos cotidianos, ser tocado también por informaciones del exterior, momentos de urbanidad, de "cortesía" en medio de una existencia generalmente rústica.

Finalmente, en el plano de la investigación de una historia verdaderamente psicológica, un amplio terreno debe reservarse al estudio de los medios de información, de los vehículos de lo que, a falta de un término más preciso, es necesario llamar la cultura. En la escuela, en los

diversos encuentros, las comunicaciones entre los individuos reunidos se establecían de diferentes maneras. En primer lugar por la palabra, naturalmente, y son entonces los relatos, las arengas, los sermones, de los que muchas veces se conservó el texto —pero entonces entran en juego las facultades de la atención, de percepción del auditorio. ¿Era numeroso? ¿Se dirigían a él en una lengua que le era familiar y directamente accesible? ¿Se tenían recursos para facilitar la penetración, de acompañamiento, de sostenes, el de los ritos o la música, el de la puesta en escena, del decorado? ¿Simple discurso o representación, teatro? Y se debe comprometer al historiador de las mentalidades a informarse de los trabajos de los sico-sociólogos que estudian las relaciones sociales de nuestro tiempo, las publicidades, las propagandas, materias de reflexiones fructíferas. El libro, es a la vez vehículo y conservatorio. Permanece y es en contacto con él —al tomarlo entre nuestras manos, al hojearlo— cuando podemos comprender la actitud psicológica de los hombres del pasado. Este documento mayor, exige evidentemente una investigación especial. Es necesario localizar las bibliotecas, inventariar su contenido, seguir su enriquecimiento progresivo que es el signo concreto de la infiltración de nuevas curiosidades y de conocimientos nuevos: que el Conde de Guines, señor del Norte de Francia haya hecho copiar y traducir en lengua romance para su gabinete de libros una recopilación de física curiosa en el siglo XII que las bibliotecas medievales habían heredado de la baja antigüedad, es uno de esos acontecimientos, fortuitamente registrados por un cronista inteligente, por los cuales se aclaran zonas de historia muy profundas (*Lambert d'Ardres, Monumenta Germaniae historica, Scriptores*, XXV). Además para ser completa y útil, la investigación no debe contentarse con los catálogos de las bibliotecas, que a menudo no están abiertas sino a raros privilegiados y de los cuales muchos estantes se quedan mucho tiempo cubiertos de polvo. Debe esforzarse por descubrir quiénes utilizan realmente estos libros, libros-tesoros como los de la Alta Edad Media o de tantos armarios de castillos, o bien verdaderos instrumentos del es-

tudiante, del jurista, del hombre de gabinete. Libros que uno mismo se fabrica, al copiar de otros para su propio uso o el de una comunidad, libros que un príncipe encargaba a algún artesano doméstico —o bien libros puestos en el mostrador y que cada cual podía comprar (pero ¿a qué precio?)—. Finalmente, cómo se leían estos libros? ¿En particular, en el silencio y la soledad? ¿En voz alta, por el contrario, para todo un grupo atento, como en una clase o en el refectorio de un monasterio, y con qué tono...?

Mitos y creencias

Abierta aún más ampliamente, la investigación debe finalmente interesarse por otros elementos que, unidos, permitan recrear “el universo, todo el universo psicológico, intelectual, moral”, recomponer “las representaciones que una colectividad histórica se forjaba del mundo, de la vida, de la religión, de la política” (Lucien Febvre, *Combats*). Se trata pues, esta vez, de inventariar los mitos, las creencias, los símbolos, en su lento, muy lento paso de una época a otra, en el movimiento que los desplaza a través de los diferentes grados de conciencia. En el curso de este largo camino, sus deformaciones, sus enriquecimientos, su progresiva esclerosis deben observarse muy minuciosamente y ponerse en relación con las pulsiones y las resistencias que vienen de marcos culturales, sociales y políticos, sin que se desdénen las influencias que ejercen también en esta evolución las condiciones materiales de la existencia, las técnicas, todos los instrumentos de los cuales dispone el hombre en sociedad. Pero estas representaciones colectivas no pueden alcanzarse sino por las imágenes, las expresiones que las fijan. Son ellas las que es necesario rastrear y despejar entre los vestigios del pasado.

He aquí primero todo el ritual, el que ordena las relaciones entre los hombres, lo que se refiere a la buena educación, a las conveniencias, al ceremonial: gestos, fórmulas, insignias, todo el conjunto de convenciones expresivas que hace penetrar

en las conciencias más herméticas una cierta imagen de la sociedad. Elemento fundamental de la educación, de esta información que el individuo recibe del grupo, puesto que el objetivo de la pedagogía más primitiva es en primer lugar aprender a comportarse en el mundo y a respetar las costumbres. Se trata aquí pues de un material todavía poco solicitado, sin embargo muy rico en enseñanzas, y sobre todo de gran abundancia, puesto que toda esta pompa, esta apariencia de las relaciones sociales es esencialmente pública, ostentosa, y ha marcado las fuentes más indigentes de huellas profundas. Se puede medir en las obras de P. E. Schramm consagradas a lo simbólico de la realeza medieval el extraordinario provecho de investigaciones sistemáticas de esta clase (*Herrschaftszeichen und Staatssymbolik*). Pero para ser completamente instructivos, éstas deben también comparar representaciones y realidad, confrontar símbolos, ritos y nociones que ellos mantienen en el grupo con las verdaderas relaciones que la distribución del poder, de la riqueza, del prestigio establecen entre los individuos. Así para la nobleza: cierta concepción se ha formado en el Occidente feudal, reuniendo, alrededor de la caballería un conjunto complejo de reglas morales, de prácticas religiosas, de privilegios jurídicos, de recuerdos literarios y de prejuicios; ahora bien, en el siglo XIII, la nueva disposición de las instituciones políticas y el movimiento de la economía, el repliegue de ciertas fortunas familiares, e inversamente el acceso de gente de bajo nacimiento a la riqueza y a la autoridad, propusieron una organización diferente de la jerarquía y de las relaciones sociales. Al historiador le corresponde el estudio de tales discordias y de conflictos entre lo que la terminología marxista llama infraestructura y superestructura, entre lo que Claude Lévi-Strauss llama órdenes “vivos”, aquellos “que se pueden abordar desde el exterior independientemente de la representación que de ello se hacen los hombres”, y los órdenes “concebidos”. (C. Lévi-Strauss, *Antropología Estructural*) es decir entre real y ritual.

Otra fuente de información, de más alto precio, pero cuya interpre-

tación exige más prudencia: los temas de la creación artística. Puesto que se trata de creación, es decir de elaboración de una materia que es recibida, pero igualmente transformada por el artista, y tanto más profundamente cuando su personalidad es más potente. Se establece pues un intercambio de reacciones entre el creador, prisionero de su educación, de su medio, de tradiciones ejemplares, del taller en el que trabaja y sin embargo poseedor de una parte de libertad —y el público, que lo hace vivir, pero cuyo gusto sus obras pueden modificar. En el desarrollo de este diálogo, el análisis puede reconocer ritmos diferentes, de corta o de larga duración: acontecimientos (son los choques provocados por la aparición de obras originales descubiertas y comprendidas poco a poco por círculos de amateurs cada vez más amplios) y estratos estructurales (todos los lugares comunes, los remanentes, los tópicos, los estribillos). Acontecimientos, por ejemplo, la nueva inflexión impresa a la novela cortesana por Chrétien de Troyes anciano al componer su *Parsifal*, las conmociones que determinó esta iniciativa entre los raros iniciados en la literatura de vanguardia, y que poco a poco se propagaron en ondas que se superponían y chocaban con el eco de otras novedades; —estructura, por el contrario, lo que las ondas agitaban, es decir las representaciones morales y religiosas, una cierta concepción del amor que, por intermedio de la noción de *amicitia*, que los clérigos humanistas habían vuelto a encontrar en Cicerón, participaba de esta herencia de la literatura latina asimilada por la cristiandad medieval, de la cual E. Curtius mostró la importancia en la constitución del alma europea (*Literatura Europea y Edad Media Latina*. Fondo de Cultura Económica. México 1975, 2 tomos).

Se ve todo el interés de los repertorios de temas iconográficos (no es necesario insistir en el progreso considerable que las investigaciones de Emile Mâle han realizado, hace más de medio siglo, en el conocimiento de la civilización medieval). A condición, sin embargo, de que estos inventarios no den más lugar a las innovaciones y a los préstamos que a las reminiscencias, acechar el pri-

mer brote de la novedad, desdeñando lo que permanece, conduce en efecto a las ilusiones de óptica más peligrosas de las que está amenazado el historiador. Porque los esquemas convencionales, que se transmiten las generaciones, son los que primero recibe el público, más o menos conscientemente porque son los más familiares, los más legibles, y son ellos los que mantienen enraizadas las imágenes dominantes de una mentalidad. La historia de los comportamientos psicológicos se interesa también por el repertorio de todos los temas manejados por los literatos, los cantantes, los predicadores, los oradores políticos, los periodistas —así como por los sabios, puesto que las ciencias tienen igualmente sus esquemas, de los que se liberan por sacudidas. Pero a propósito de cada imagen y de cada tema la pregunta sigue planteada: ¿para quiénes eran comprensibles? Preguntémoslos, por ejemplo, quién podía descifrar los símbolos que Suger quería ver representados en el pórtico de la abadía de Sain-Denis en los vitrales del coro, en las piezas de orfebrería que adornaban el altar. ¿Era la multitud de fieles o bien solamente algunos iniciados los que, por la meditación de la Escritura y de los Padres, habían almacenado en su memoria un número suficiente de imágenes de referencia y que se habían acostumbrado al mismo tiempo a la labor de la interpretación analógica? Y qué apasionante historia aquella de la vulgarización de los grandes temas, de su introducción progresiva en la conciencia de las masas, por la escultura monumental o el ordenamiento de las ceremonias, por la estampa barata o el almanaque, la endecha popular o el cine.

Investigaciones como éstas prepararían la vía al estudio histórico, en el nivel de la larga duración, de las reglas y aspiraciones morales. Pensemos por ejemplo, en esta lenta impregnación de la cristiandad de Occidente por la idea de pobreza penetrando poco a poco en las multitudes en los siglos XI y XII, venida de los medios monásticos y propagada a menudo por predicadores vagabundos heterodoxos, amplia aspiración colectiva que vino a mezclarse, para enriquecerla, al gran mito de la cruzada, sobre la cual Paul Al-

phandéry y Alphonse Dupront describieron las expresiones sucesivas (*la Chrétienté et l'idée de croisade, les Premières croisades y Recommandements nécessaires* XII^o - XIII^o siècles). Y, subrayémoslo, este deseo se volvió progresivamente más consciente a medida que nuevas fórmulas y nuevas imágenes fueron dadas a conocer en réplica a la espera y a la insatisfacción de las masas, por algunas fuertes personalidades creadoras. Estas investigaciones tornarían también menos incierta una historia verdadera de las filosofías —y no ya de los filósofos—, que no aislarían los sistemas de pensamiento de su entorno cultural y afectivo y que mantendrían “abierta siempre, una puerta de comunicación, por donde un mundo de ideas pudiera retomar en nuestros espíritus el contacto que tenía naturalmente con el mundo de realidades —cuando vivía” (L. Febvre a propósito de E. Gilson, *La Philosophie au Moyen Age—, Combats*). Investigaciones como ésta beneficiarían también a una historia del derecho, que no estaría separada de las creencias y de los sentimientos colectivos. La historia de las mentalidades abordaría por fin el estudio de los sistemas del mundo, las respuestas que las sociedades han dado sucesivamente a la pregunta permanente del hombre a propósito del universo que lo rodea y de su destino, —diversas respuestas, cambiantes, tranquilizadoras o que prolongan la espera— y que modifican a su vez el tono general de las mentalidades de grupo. Lucien Febvre se preguntaba en efecto (*Rabelais*) si la confusión, la emotividad más viva de ciertas épocas no procedía de una inquietud, de un desequilibrio, de la inseguridad consecutiva al cuestionamiento de los datos cosmológicos o teológicos tradicionales, no correspondía a un tránsito, al derrumbamiento de un sistema del mundo envejecido y a la laboriosa reconstitución de uno nuevo.

Estas son algunas de las vías que se abren ante una investigación histórica verdaderamente preocupada por la psicología y que, dando la espalda a la primitiva explicación de los acontecimientos por la psicología, tomaría, por el contrario, por temas de su principal atención los mecanismos intelectuales, los sentimien-

tos, los comportamientos de los hombres que nos precedieron. Llamémosla historia de las mentalidades. “A la vez extremadamente seductora y terriblemente difícil” (Lucien Febvre, *Combats*), pasaría y volvería a pasar necesariamente como invitan los psicólogos, de los individuos a los grupos. Se puede pues esperar de ella estudios biográficos más exactos, menos dependientes de los prejuicios de sus autores. Pero ella debe sobre todo, al encontrar la historia de las ciencias y de las técnicas, sostenerlas y enriquecerlas, y nutrir una historia social que no estaría ya asociada solamente a la economía, sino, que se volvería mucho más rica y más profunda.

BIBLIOGRAFIA

Estudios de método

- M. Bloch, *Apologie pour l'histoire, ou métier d'historien*, París, 1949 (Hay traducción castellana).
- O. Brunner, *Neue Wege der Sozialgeschichte*, Göttingen, 1956.
- L. Febvre, *La Psychologie et l'histoire*, en “Encyclopédie française, tomo VIII, París, 1938.
- L. Febvre, *La Sensibilité dans l'histoire*, en “Annales d'histoire sociale”, París, 1941.
- L. Febvre, *Histoire des sentiments. La terreur*, en “Annales E. S. C.”, París, 1951.
- L. Febvre, *La Mort dans l'histoire*, en “Annales E. S. C.”, París, 1952.
- L. Febvre, *Le Sentiment de sécurité*, en “Annales E. S. C.”, París, 1956.
- L. Febvre, *Sorcellerie, sottise ou révolution mentales*, en “Annales E. S. C.”, 1948.
- L. Febvre, *De la peu pres a la précision*, en “Annales E. S. C.”, París, 1950.
- P. Francastel, *Sociologie de l'art, en Traité de sociologie*, publicado bajo la dirección de P. Gurvitch, tomo III, París, 1959. (Hay traducción castellana).

Algunos ejemplos de estudios de las mentalidades del pasado.

M. Bloch, *La Sociedad feudal*, México 1958.

L. Febvre, *Un destin, Martin Luther*, París, 1928. (Hay traducción castellana).

L. Febvre, *Le Probleme de l'incroyance au XVI^e siecle, La religion*

de Rabelais, París, 1942. (Hay traducción castellana).

L. Febvre, *Autour de l'Heptameron: amour sacré, amour profane*, París, 1944.

Huizinga, *Le Déclin du Moyen age* trad. francesa, París, 1948. (Hay traducción castellana).

G. Lefebvre, *La Grande peur*, París, 1932 (hay traducción castellana).

A. Saporì, *Le Marchand italien au Moyen age*, París, 1952.

M. Wandruska, *Der Geist der französischen Sprache*, Hamburgo, 1958.

el ambiente científico decimonónico y la geografía moderna

jorge isaac
ramírez echeverri

RESUMEN

Se quiere esbozar el contexto del siglo XIX en lo que consideramos sus aspectos más relevantes, como son: la consolidación de una nueva estructura social como resultado de la Revolución Industrial y la Revolución Francesa; el advenimiento de un nuevo campo del saber, las Ciencias Humanas: la concepción positivista y su metodología para abordar el mundo real; y los desarrollos de la biología y su influencia en las ciencias sociales.

INTRODUCCION

El análisis de la génesis y las mutaciones de una disciplina a lo largo del tiempo ayuda a ver con mayor claridad la concepción de su objeto. En cualquier caso, algunos hitos privilegiados merecen la atención; aquí reproduciremos al menos en sus grandes líneas el ambiente científico decimonónico que para el pensamiento geográfico impregna sus bases y métodos, del mismo modo influye la demanda social y los intereses de su comunidad científica.

Los procesos que se generan en el siglo XIX mediante los cuales se ejercen las influencias sobre las producciones geográficas, se vislumbran más complejos de lo que deja suponer nuestro análisis, necesariamente vago. Por falta de tiempo (o de espacio) se ha abandonado en el presente trabajo lo referente a la formación de los investigadores, la razón exacta de su planteamiento, las diversas técnicas o métodos de trabajo y, la naturaleza del ambiente intelectual.

Por otro lado es evidente que los datos cronológicos aquí expuestos no pueden tener más que un valor indicativo, habida cuenta de la riqueza de los acontecimientos históricos cuya influencia sobre la evolución de la coyuntura ideológica-científica parece indudable. De este modo toda postu-

El autor es profesor asociado en el Departamento de Historia, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional, Sede Medellín.

ra crítica que implique necesariamente los niveles históricos y epistemológicos lleva por igual a preguntarse sobre el porvenir de la geografía.

DESARROLLO ECONOMICO Y POLITICO

Siglos XVIII y XIX

En los últimos años del siglo XVIII y comienzos del XIX se realizaron grandes rupturas que incidieron en todo el mundo, en la medida que la Europa moderna se fue desprendiendo de un orden antiguo, cuyos elementos databan de la edad media y a veces de la antigüedad o de la prehistoria. Por ejemplo, antes de la revolución industrial la mayor parte de la energía que el hombre necesitaba para mantenerse, propagarse y ganarse la vida, provenía del reino animal y vegetal.

Durante miles de años los cazadores paleolíticos vivieron de las plantas que recogían y de los animales que cazaban. A partir del Neolítico el hombre aprendió a domesticar animales y a cultivar plantas, a mejorar su calidad y a utilizarlos de forma cada vez más racional y eficiente; sin embargo, durante varios siglos el mundo de los hombres continuó siendo un mundo de animales y plantas.

En el siglo XVIII donde podríamos afirmar que se necesitaba resolver el problema vital del aumento de la productividad agrícola, que permitiera elevar la producción de subsistencia, a tal nivel, que las variaciones climáticas anuales o el aumento de la población dejaran de engendrar, a cada paso, penurias más o menos dramáticas. Si bien es cierto que se registraban progresos en el sector agrícola en algunas regiones de Europa, este progreso no podría extenderse para todo el continente, lo que podría plantearnos cómo el lento progreso agrícola originó probablemente la pauperización del campo y la inseguridad. Añadiendo a ello el incremento de la población, esto llevó, digámoslo así, a la ruptura del viejo equilibrio, precario y doloroso, entre medio de subsistencia y población. Comienza para la humanidad una nueva era, surge otra etapa de desarrollo económico, que introduce entre los factores esenciales del crecimiento la elasticidad del mercado interior del consumo y del empleo. En fin, otra era para Europa,

que durante un siglo exportará hombres y poblará con nuevas sociedades blancas las costas occidentales del Atlántico.

En este contexto se gestan dos procesos que son el fundamento de la gran ruptura a la que se vio abocada Europa, y con ella el mundo, en las postrimerías del siglo XVIII y comienzos del siglo XIX: El primero tiene que ver con la revolución industrial (en Inglaterra), que alberga los gérmenes de un completo vuelco en la estructura de las actividades humanas en el orden económico. Y el segundo, tiene que ver con la revolución francesa y constituye una ruptura del orden político social tradicional, ya que interrumpe el movimiento ascensional de la aristocracia y debilita la forma monárquica del Estado asociado a su predominio.

Podríamos decir que la revolución industrial se generó por una cierta situación progresiva, de los sectores agrícolas y comerciales; por un equilibrio particular entre la población y los recursos que no tardó en hacer del sector industrial moderno, por minoritario que siguiera siendo, el elemento motor de toda la economía. Al acelerar a su vez las transformaciones en los otros campos, al ampliar las necesidades, la revolución industrial impulsó el modo de producción capitalista como característica del conjunto de la economía, a la par invirtió las relaciones entre el hombre y el medio natural. Dicho de otro modo, la revolución industrial inauguró una era totalmente distinta de nuevas e inagotables fuentes de energía como el carbón, el petróleo, la electricidad y la energía atómica, que podrían ser explotadas con la ayuda de diversos mecanismos. En ella, el hombre se encontraba frente a la posibilidad de utilizar cantidades de energía que habían sido del todo inconcebibles en el período anterior. Desde el punto de vista estrictamente técnico y económico, la revolución industrial puede definirse como el proceso por medio del cual la sociedad obtuvo el control de amplias fuentes de energía inanimada, cambiando con ello el ritmo del proceso histórico.

El segundo proceso en sus características generales que enmarcan este episodio, están dadas en que la revolución francesa puso fin a la cadena de triunfos nobiliarios, donde los nobles beneficiarios insolventes del alza de los precios agrícolas no habían de acentuar su presión sobre el suelo y sobre su producto, acaparando las tierras y aumentando el importe de las rentas. Es

decir, la aristocracia controla las administraciones, refuerza los privilegios de sus propios estatutos, juega con el equívoco fundamental del "despotismo ilustrado", en algunos sitios como simple variante de una política estatal tradicional basada en los servidores "naturales" de la nobleza; en otros, como reformismo de inspiración filosófica al que la nobleza avala en la medida que lo puede controlar. De un lado a otro la nobleza europea impone su modelo social o cultural. Un género de vida basado en el derroche de rentas que provenían de la tierra, para un consumo de lujo, cuyos aspectos más distinguidos resultan el ornato del espíritu y el cosmopolitanismo de las lenguas, de las costumbres o de las ideas.

Al lado de este panorama, la burguesía francesa es poderosa; no desde la perspectiva de los medios de producción, sino que se hallaba presente y es numerosa en gran cantidad de ciudades medias y pequeñas; y es fuerte por sus bases territoriales, por la posición de cargos, por sus capacidades intelectuales y por su patrimonio (gironinos). Esta burguesía trata de suprimir las barreras de los órdenes y provocar así la constitución, en Francia, de una clase dominante ampliada; recibe el refuerzo de algunos elementos de la aristocracia cuyo frente no se halló perfectamente unido. Esta burguesía se encuentra bruscamente ante una situación táctica y muy difícil, resuelta a oponerse a las ambiciones de los privilegiados, acepta al mismo tiempo la alianza de hecho de las capas populares del tercer estado, "campesino y clase obrera" de las ciudades cuyas reivindicaciones igualitarias y recurso a la violencia revolucionaria, no quiere avalar, así queda ya predeterminado el curso de la revolución francesa larga y tempestuosa.

Ahora bien, el inicio del siglo XIX sorprende a la sociedad europea tradicional en un estado de profunda desintegración. El orden social del antiguo régimen ha sido definitivamente sacudido y la naciente revolución industrial transforma los marcos de la vida económica sin que puedan aún discernirse las nuevas estructuras que ella misma alumbrará.

En adelante ya no nos habremos de ver con construcciones filosóficas tales como la teoría del progreso indefinido del siglo XVIII, o la del declinar de las razas humanas del siglo XIX. La concepción de una evolución gradual de las especies

vivientes, operando a lo largo de inmensos períodos geológicos, sugiere fácilmente pensar otro tanto sobre la historia de la especie humana; los documentos osteológicos y los sílex tallados que los acompañaban ya que son contemplados como vestigios de una humanidad antidiluviana destruida por algún cataclismo. Por el contrario, ahora se ven como testimonios normales de la lenta evolución que, desde los estadios más lejanos, debió conducir a los antepasados del hombre hasta las formas actuales.

El ambiente científico del siglo XIX

En el desarrollo de la historia de las ideas es en el siglo XIX donde se configura una de las grandes revoluciones en el mundo científico, centrada en un nuevo ordenamiento del saber; ya no fundamentado en el reencuentro de los orígenes, como ocurrió hasta el siglo XVIII. En este nuevo ordenamiento del saber, no es concebible tal origen. Se trata de la certeza de que los modos de adquisición de un saber válido son fundamentalmente los mismos en todos los campos de la experiencia. Es allí, pues, donde se instaura un nuevo paradigma donde el saber clásico, que estaba precedido por el ordenamiento de las cosas a través de las clasificaciones o taxonomías, sufre una ruptura con el advenimiento de un saber sobre los modos de ser del hombre. El lugar del análisis ya no es la representación sino el hombre en su finitud, donde se trata de contenidos empíricos, que son dados en él sin importar el lugar en que se localicen; es decir, el umbral del pensamiento clásico a la modernidad quedó definitivamente franqueado cuando entró el hombre en el espacio del saber a la vez objeto de conocimiento, como sujeto del saber (Foucault, 1972: 334).

La ruptura epistemológica que marca el tránsito del saber clásico al saber moderno constituiría así un hito fundamental que coincide con el nacimiento de la nueva geografía, la geografía que podemos estrictamente considerar como moderna. En tanto que en este contexto, coinciden dos aspectos centrales en su consolidación, los aportes dados por Alejandro von Humboldt y de Karl Ritter, por un lado, y la institucionalización de la geografía en las universidades alemanas, inglesas y francesas, lo que llevó a la formación de un grupo de profesionales en geografía. Consolidándose

el quehacer geográfico con dos grandes temas definidores de la disciplina: 1. El estudio de la diferenciación del espacio de la superficie terrestre, y 2. El estudio de la relación hombre-medio.

En esta caracterización de los problemas han desaparecido aspectos básicos de la concepción preinstitucional de la geografía. Se produjo una importante reducción del objeto de la disciplina, puesto que ya la geografía dejó de estudiar la tierra como astro, no estudia ya el conjunto de nuestro planeta, sino solamente su superficie, ha dejado de ser la ciencia de la confección de mapas.

El primero de los problemas antes mencionados, el de la diferenciación del espacio en la superficie terrestre, enlazó seguramente con una línea tradicional de la geografía, la línea de la coreografía, aunque integrando ahora aspectos que antes eran tratados por otros científicos (naturalistas, economistas, médicos, etc.). Tal como quedó definido, el campo de la geografía es el que no reivindica ninguna otra disciplina científica. La afirmación de la significación científica de este campo ha sido realizada exclusivamente por los geógrafos.

El segundo problema o campo de estudio, la relación hombre-medio, aparece en la segunda mitad del siglo XIX. Supuso en realidad una nueva dirección para la geografía, pues no existían precedentes en su tratamiento en esta ciencia antes de esta fecha, debido en lo fundamental al advenimiento de la biología y la influencia generada por la obra de Alejandro von Humboldt.

Este marco general donde se trata de esquematizar el ambiente científico del siglo XIX servirá de hilo conductor, para presentar algunos aspectos relevantes que atraviesan el quehacer de la geografía y al de los geógrafos, a saber: La concepción filosófica que determinó los presupuestos para la explicación científica, el positivismo; la consolidación del modelo de la biología, que imprimió en todas las disciplinas un punto de partida con su idea de evolución.

El positivismo

El interés de realizar una ciencia "positiva" es una aspiración que procede del siglo XVIII. La expresión "positiva" se usa ya en la segunda mitad de aquella centuria como contrapuesta a "siste-

ma", valorando los datos de observación frente a los datos científicos típicos del racionalismo de la ilustración. En la geografía la pretensión de realizar una ciencia positiva aparece también tempranamente en ese momento; los años de la mitad del siglo XVIII habían visto surgir diversos "sistemas geográficos" en los cuales a partir de la aceptación de ciertos principios generales podía deducirse la configuración orográfica y lacustre de continentes o regiones poco conocidas. Frente a ellos los datos "positivos" mostraban la falsedad de esas especulaciones cartográficas y las hicieron caer en el descrédito. De la misma manera, frente a las especulaciones de un naturalista como Buffon sobre la existencia del continente austral basándose en consideraciones de la formación de los hielos australes por grandes ríos procedentes del polo sur. Las expediciones de Cook, hicieron avanzar la "geografía positiva" mediante los descubrimientos y observaciones en mares poco conocidos. La expresión "positiva" es usada en todos estos casos como sinónimo de "empírico", pero el positivismo del siglo XIX es algo más que eso. Es a la vez, una metodología científica y una concepción filosófica del mundo y de la ciencia.

Los seguidores de la corriente positivista, exaltan los rasgos fundamentales de este movimiento como la única filosofía y metodología científica posible y tratan de justificar las debilidades y contradicciones que aparecen.

El positivismo puede definirse como un método científico y una concepción filosófica del mundo, aspectos ambos que están íntimamente ligados entre sí. Como método científico el positivismo es un empirismo inductivo racionalista y decididamente antimetafísico. A ello va unido una posición naturalista y un reduccionismo científico en que las ciencias de la naturaleza se convierten en el modelo de toda la científicidad, lo cual, a su vez, deriva lógicamente de la concepción monista del mundo que es esencial a este movimiento. La base esencial al método positivista es siempre el razonamiento inductivo, que parte de la observación y mediante clasificaciones y comparaciones se eleva a conclusiones generales, al descubrimiento de leyes. Pero lo esencial en este razonamiento es su encadenamiento lógico que es determinado con frecuencia en la época como "deductivo". En cualquier caso es importante señalar que el objetivo del razonamiento es alcanzar la ley y que los hechos aunque son el punto de partida por sí solos

no indican nada; para interpretarlos hace falta disponer de teorías. El investigador debe tener siempre el espíritu abierto para rechazar la idea preconcebida de la hipótesis de que parte. La posibilidad de realizar predicciones es el objetivo esencial del método positivista y deriva del postulado de que existe un orden constante y necesario de los fenómenos de la naturaleza, el cual es alcanzado a través de la inducción (Capel, 1981: 271).

Estas predicciones no sólo serían posibles en el reino de la naturaleza, sino también en el del hombre.

Las predicciones se deducen necesariamente del conocimiento de los factores que influyen en los fenómenos, pero no implican ningún tipo de valoración, es también ésta una característica importante de la ciencia positiva. La inferencia axiológica total y la actividad del valor y los enunciados normativos como dice Kolowski (1979), en su obra *La Filosofía Positiva*, lo caracterizan.

Para el científico positivista (en el siglo XIX), el modelo de científicidad está constituido por las ciencias de la naturaleza y en particular por la biología y sobre todo, la física matemática.

El positivismo introduce una postura fundamental para la realización de su método, que precede en el último término, de una postura filosófica que es la concepción monista del mundo.

Este monismo positivista se opone al dualismo de origen cartesiano que había distinguido entre el mundo físico y moral, y más cercanamente al dualismo kantiano. Generalmente es un monismo de base materialista, según el cual existe una sola realidad natural de la que el mundo físico y el psíquico son dos caras o manifestaciones distintas de la misma realidad. Se intenta reducir la vida a un complejo de fenómenos físico-químicos y se llega a considerar los hechos psicológicos como funciones cerebrales, emanaciones del cerebro, de la misma manera que el hígado segrega bilis.

Los desarrollos de la biología, por un lado, y de la física y la química por otro, parecían dar seguridad a este monismo: el desarrollo del electromagnetismo; el descubrimiento de la relación entre fuerza mecánica y electricidad; las interrelaciones que se descubren en aquellos años entre electrostática, magnetismo, calor, química y mecánica. Y, por fin, la formulación de los principios de la termodinámica, parecían apoyar la idea de

un universo unitario reducido a la fuerza y materia.

Por otra parte, hay que tener en cuenta que la flexibilidad del sistema universitario alemán, que se convirtió en el siglo XIX en el modelo para toda Europa, permitió un gran desarrollo de estas tendencias monistas de base científica, por la posibilidad que existió de que los científicos naturalistas ocuparan cátedras de filosofía, psicología o geografía.

El modelo de la biología

La aceptación de que la naturaleza no era algo inmutable desde la creación, sino que había experimentado una larga historia y era producto de un desarrollo, constituyó uno de los más decisivos avances del pensamiento científico occidental. Fue necesario un largo proceso en el desarrollo del pensamiento para pasar de la idea de fijeza a la de evolución. En efecto, si la noción de evolución considerada como desarrollo en el tiempo, no se descubrió más que por Lamarck (1744-1829) y Darwin (1809-1882), fue preparada desde mucho antes por conceptos que implicaban las relaciones genealógicas, pero en forma de noción y sin desarrollo temporal; así pues, "sin desarrollo".

Aquí podemos destacar varias posiciones con respecto al concepto de evolución trabajado en la forma de noción y sin desarrollo temporal. El primer concepto trabajado en esta dirección es el de Aristóteles (384-322 a. de C.) que establece una jerarquía finalista de las formas, que para él son tres clases de almas: a) almas vegetativas, que explicaban la vida de los vegetales; b) almas motrices, que nos da la razón de la organización y de los movimientos animales; c) almas espirituales, bajo dos formas, las del cuerpo y las del espíritu humano.

Aristóteles, no hacía derivar unas de otras, merced a un desarrollo en el tiempo a partir de un nivel inferior, sino que estaban subordinadas a otras conforme un orden de perfección en el cual el ideal superior o final explicaba los eslabones inferiores en virtud de una especie de degradación conceptual a imagen de la relación entre el hombre mismo y el Dios concebido como la forma de las formas.

El segundo de estos conceptos, es el de crea-

cionismo, que abre la posibilidad de una creación por etapas opuestas a las formas intemporales. Pero, según el Génesis, los vegetales fueron creados el tercer día, las aves y los peces en el quinto, los animales terrestres al comienzo del sexto y el hombre al final. Queda por decir que no preceden los unos de los otros y que es temporal la realización del plan establecido que puede ser eterno o concebido por etapas.

El tercer concepto, cuyo papel histórico es innegable en el desarrollo científico, era el de la idea de clasificación fundada en el principio de simple combinación lógica de las semejanzas y las diferencias, ambas arbitrariamente elegidas. Apunta a una clasificación "natural" fundada en el conjunto de los "caracteres observables", resaltando los "caracteres esenciales", semejanza principal y principio de la taxonomía, lo cual conduce a un encasillamiento lógico, como el índice de una "comunidad de naturaleza". De donde sacará Cuvier, la idea todavía estática y "pre-revolucionaria" de los "planes comunes de organización".

Es en la obra de Lamarck donde se plantea la transformación de esta jerarquía clasificatoria estática, en una serie jerarquizada y ordenada en el tiempo. Hacer un árbol genealógico de la naturaleza solidario del desarrollo. La comunidad se convierte en parentesco y éste en filiación filogenética.

Independiente de la búsqueda de una explicación causal de la evolución, la existencia propia del desarrollo evolutivo, fue haciéndose más probable merced a los resultados convergentes de cuatro disciplinas distintas: la paleontología o historia de las etapas anteriores a la vida; la anatomía comparada; la embriología y la biología. En particular el evolucionismo biológico consolida la idea de evolución que va a impactar todo el desarrollo científico.

Este impacto del modelo de la biología en los aportes procedentes de su conceptualización, fue la generalización del concepto de organismo en las ciencias y en particular, su amplia utilización en las ciencias sociales.

Desde mediados del siglo XIX el uso de analogías orgánicas se generaliza en diversas ciencias. Los suelos y las formaciones vegetales, por ejemplo, fueron considerados como organismos, es decir, como entes organizados dotados de vida pro-

pia. Toda la tierra fue considerada también como organismo, es decir, como un ser vivo cuyas diversas partes desempeñan especiales funciones que al todo interesan.

La difusión del organismo de base biológica vino potenciada por el triunfo del evolucionismo. Las ideas sobre evolución y selección natural estaban en el ambiente y, como es sabido, en el pensamiento de Darwin influyeron tanto sus lecturas biológicas y geológicas; Lyell, sobre todo, pero también Humboldt, Lamarck y otros, como las que realizó de ciencias humanas en particular Malthus y Spencer.

Lo que la biología —en concreto la obra de Darwin— pudo aportar fue la explicación del proceso a través del cual se produce la selección natural y la evolución. Se trata, en primer lugar, de la existencia de variaciones que se producen en los organismos vivos y que pueden transmitirse hereditariamente, permaneciendo aquellas que resultan más aptas y dan a los individuos algunas ventajas en relación con las condiciones del medio. En segundo lugar, la lucha por la vida, que es un resultado de la tendencia de las especies a multiplicarse en progresión geométrica, dando a este tipo de variaciones una importancia fundamental. Estas ideas impregnaron todas las ciencias sociales.

El desarrollo de la biología evolucionista hizo que se modificaran los conceptos que se tenían sobre el equilibrio de la naturaleza y se situó sobre una nueva perspectiva el problema de las relaciones entre los seres vivos y el medio natural. A partir de la obra de Darwin se plantea que el equilibrio natural se alcanza como resultado de la competencia y de la lucha entre las especies, como fruto de la selección. Es ahora un orden dinámico, no estable, y la economía natural se convierte en una economía de producción y no de conservación.

Esta nueva economía, basada en las relaciones competitivas entre los seres vivos y el medio natural, fue desarrollada posteriormente por Haeckel (1834-1919) y conduciría a la ecología y del concepto de ecosistema, aspectos que tendrán repercusiones en la geografía que se iba definiendo en aquellos años como ciencia de las relaciones en el medio natural, incorporándole las ideas del evolucionismo biológico y de la organización ecológica.

El evolucionismo se convirtió en una síntesis explicativa de toda realidad que permitiría enlazar los conocimientos científicos particulares adquiridos inductivamente en las diferentes ciencias. La geografía y los geógrafos tampoco podían quedar al margen de este gran movimiento intelectual donde sus conceptos científicos están intensamente moldeados por las concepciones positivistas y evolucionistas.

El triunfo del positivismo evolucionista parece bastante claro en geografía física. Una y otra vez proclamaban los geógrafos en aquellos años que la investigación había de partir de la observación y apoyarse en la experimentación. Lo primero se traduce en la importancia concedida a la topografía y a la lectura de mapas a gran escala, en una secuencia que trataba de hallar la "fisonomía viva de una comarca".

En geografía física y sobre todo en geomorfología, el impacto del evolucionismo se dejó sentir de gran manera. Si bien en las etapas anteriores a 1870 las formas de la superficie terrestre aparecían aún como algo estático, a partir de los años 1880 el desarrollo de la geomorfología se hizo apoyándose en las nociones de cambio y evolución. La preocupación por la génesis de las formas y su evolución pasó a ser un aspecto fundamental de la obra de los geógrafos físicos.

Desde el punto de vista metodológico, los geógrafos físicos se preocuparon una y otra vez de que sus trabajos cumplieran las exigencias del método positivista. El riguroso encadenamiento de los datos y la elevación por generalizaciones sucesivas hacia la formación de leyes generales, debería permitir alcanzar un fuerte grado de determinación y la previsión de los fenómenos.

En geografía humana el impacto del naturalismo positivista se refleja en el empleo de conceptos procedentes de las ciencias naturales, como el de función, y en la amplia utilización de analogías orgánicas de base biológica. Las comarcas y las regiones son consideradas como individuos humanos que "se agregan como células vivas en un organismo que es la patria", como escribía Vidal de la Blache. Y agregaba: "por esta razón cada país, a su vez, aparece constituido como ser organizado en el que cada miembro tiene una función propia... que concurre a la vida del conjunto" (La Blache, 1898: 105).

La preocupación típicamente positivista, por el riguroso encadenamiento causal de los hechos, unida a la influencia del evolucionismo lamarckiano que valoraba las condiciones del ambiente ecológico en la evolución de los organismos vivos se encuentra en la base del llamado "determinismo geográfico".

Las interpretaciones deterministas, se hicieron entonces corrientes en las ciencias sociales, que adoptaban conscientemente el modelo de la biología.

De esta forma, la naciente geografía científica, se institucionaliza dentro de ese contexto paradigmático que enmarca la tendencia inicial del pensamiento geográfico, al final del siglo XIX y comienzos del XX.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- CAPEL, H. (1981), *Filosofía y ciencia en la geografía contemporánea*, Barcelona, Barcanova.
- CLAVAL, Paul (1974), *Evolución de la Geografía Humana*, Barcelona, Oikos Tau.
- ESTEBANEZ, José (1982), *Tendencias y problemática actual de la geografía*, Madrid, Cincel.
- FOUCAULT, Michel (1972), *Las palabras y las cosas*, México, Siglo XIX.
- FICHANT, Michel; PECHEUX, Michel (1971), *Sobre la historia de las ciencias*, México, Siglo XXI.
- GOMEZ MENDOZA, Josefina; MUÑOZ JIMENEZ, Julio; ORTEGA CANTERO, Nicolás (1982), *El pensamiento geográfico*, Madrid, Alianza Editorial.
- HOBBSAWN, Eric J. (1968), *Las revoluciones burguesas*, Madrid, Ariel.
- HARVEY, David (1983), *Teoría, leyes y modelos en geografía*, Madrid, Alianza Editorial.
- JAMES, Preston E. (1972), *All possible world —A history of geographical ideas*, Indianapolis, The Odyssey Press.
- KUHN, T. S. (1982), *La estructura de las revoluciones científicas*, México, Fondo de Cultura Económica.
- ICFES (1983), *Historia y epistemología de las ciencias*, Serie de Eventos Científicos Colombianos, 1.

la mutación histórica de fines del siglo XVIII y comienzos del siglo XIX

lisandro navia peñaranda

INTRODUCCION

La génesis entre 1775 y 1825 de los elementos de la estructura actual de confinamiento (los estados nacionales) exige reexaminar los modelos de representación historiográfica impuestos por esa estructura.

De aquel período hacia su pasado la historia sólo registra la existencia de OTRA estructura política: Los grandes reinos dinásticos occidentales con sus matrices europeas. Las dimensiones espaciales donde las dinastías ejercieron su soberanía política derivada de la bendición divina, permite distinguir las siguientes clases de reinos durante el siglo XVIII:

1. Aquellos supranacionales y supracontinentales:

tales: Hannover, Borbón (cristianísimo y catolicísimo), Braganza, Estatuderato Holandés.

2. Aquellos supranacionales europeos: a. Con discontinuidades espaciales, el Habsburgo, Brandemburgo-Hoenzollern, Sajón, I Vasa, Oldemburgo, etc.; b. De continuidad espacial, El Romanov.

Aunque entre 1825 y comienzos del siglo XX persistiesen las apariencias de lo dinástico en Europa —incluyendo algunos caracteres supranacionales— ello no logra ocultar la transformación de la soberanía política acaecida entre 1775 y 1825: Por una parte, los reinos dinásticos perdieron su carácter supracontinental y por otra, en América —y también en Europa— se materializaron los elementos primigenios del nuevo (actual) ordenamiento político: Los correspondientes al confinamiento de lo social en estados nacionales.

Ahora bien. La destrucción de la soberanía dinástica se suscitó porque emergió y dominó —en su génesis— otra forma de soberanía o de organización de lo social entre 1775-1825. Esa emergencia puntualiza el máximo del organismo histó-

rico que fenece y testimonian ambos la existencia de un **período histórico de ruptura**. Esta induce a interrogar los modelos de representación que de sí misma impuso la actual soberanía burguesa y en particular aquél que inculca entre sus agentes sociales la convicción de que los estados nacionales han existido por siempre. Cuando como hoy campean esos modelos de representación y hasta se pavonean de historiográficos, hay que denunciar el fraude: compramos la mercancía historia; pero nos entregan ¡teología! ¿No la ocupa la eternidad? ⁽¹⁾.

LOS MODELOS

La historiografía tradicional acostumbra a hablar y escribir sobre revolución industrial inglesa, revolución política francesa, revolución de independencia de los Estados Unidos, o de cualquiera de los actuales estados nacionales latinoamericanos.

Esas expresiones impusieron una representación historiográfica según la cual Inglaterra, Francia, EE.UU., Méjico, Colombia, etc., habrían existido por siempre; pero la historia evidencia la falsedad de esa representación.

1. Examinaremos la expresión revolución industrial inglesa a la luz de los sujetos políticos reales.

La historiografía empirista tradicional preocupada por los orígenes tempo-espaciales irrefutables, con datos constatables, ha asegurado que la revolución industrial emergió en Inglaterra. Empero, esa historiografía no percibe que el sujeto político donde ella localiza espacial y temporalmente (actual Inglaterra) la emergencia de la mecanización del proceso productivo CONTRASTA con la dimensión espacial del sujeto político-histórico de los dominios Hannover, pues hasta 1783 tal dinastía ejerció su soberanía política en los reinos de tales islas, el reino de Irlanda, el reino Hannover, Cádiz (porciones espaciales del subcontinente eu-

ropeo), entre el Atlántico y el río Missisipi e islas antillanas (América). La disparidad entre el sujeto histórico real y el sujeto político imaginado por esa historiografía autoriza al interrogante: ¿La revolución industrial, vista como mecanización del proceso productivo, emergió en "Inglaterra" o en los dominios Hannover? Puesto que tales dominios se disolvieron entre 1775-1783, período durante el cual se originaron los elementos de la estructura actual del Estado Nacional inglés, la Confederación de Estados Americanos, Jamaica, habría que convenir en que, bien se referencie la revolución industrial desde 1760 o 1780, ésta se materializó en los contornos espaciales supranacionales y supracontinentales del ejercicio de la modalidad de soberanía dinástica.

Puesto que discrepamos de la perspectiva trazada por la historiografía empirista para estudiar la génesis de la revolución industrial, conviene por lo menos dejar abiertas las siguientes preguntas: ¿Cuál peculiar transformación del tejido social sufrió la totalidad del reino dinástico Hannover? ¿Por qué esa transformación facultó la emergencia original de la mecanización del proceso productivo en una de sus porciones espaciales, pero permitió rápidamente su extensión hacia otros ámbitos del reino? ⁽²⁾. ¿Por qué existieron relativas coincidencias cronológicas entre la coyuntura histórica de la afirmación de la mecanización y la disolución del reino?

Ahora bien. ¿Por qué se ha impuesto la nominación revolución industrial inglesa? ¿Se trata tan sólo de un malentendido del empirismo historiográfico? Este, sólo interesado en el hecho constatable, ¿qué oculta? ¿Soslayará las condiciones reales en que emerge un acontecimiento histórico? Sin duda tras la máscara del empírico está el rostro real del metafísico. En el caso de esa nominación está su implicación política, pues a través de ella obtiene su eternización la modalidad de soberanía burguesa. ¿Por qué? En primer lugar, al ocultarse

El autor es profesor asociado en el Departamento de Historia, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional, Seccional Medellín.

1. En mi libro *Entre juegos y cenizas* denuncié ese fraude en cuanto respecta a la historiografía latinoamericana. Véase NAVIA P., Lisandro. *Entre juegos y cenizas*, Ed. El Papagayo de Cristal, Bogotá, 1983.

2. Sobre este último aspecto véase *Historia Económica de los E.U.* de Kirkland Eduard. 2ª Ed. 1947. F. C. E. Méjico. *La Historia Económica de los E.U.* de Harold Underwood Faulkner, F. C. E. Méjico. *Los Estados Unidos de América*. Will Paul Adams, Ed. Siglo XXI, 5ª edición, 1982. *The Birth of the U.S.A.* R. B. Nye and J. E. Morpurgo. Ed. Pelican Original. Third edition, 1970.

que el origen de la mecanización del proceso productivo aconteció en el específico tejido social donde ejerció su soberanía la dinastía Hannover, la estructura del Estado Nacional actual se apropia esa innovación como su hijo natural, recreando de nuevo el sofisma trinitario: El hijo es padre, el padre es hijo, y de la conjunción, el espíritu santo de otra falsificación: ¡El Estado Nacional Inglés ha existido desde siempre! En segundo lugar, mediante la referida nominación, la obtenida destemporalización del Estado Nacional Inglés y de su reinante clase burguesa, exige diluir con insípidas cronologías e isleños espacios la disolutiva revolución industrial; pero atribuida al esfuerzo de su abstracto e intemporal conjunto social.

Como se puede percibir, tras la máscara del empirismo historiográfico está el rostro metafísico de la legitimidad del Estado Nacional burgués. En efecto, el interés empirista historiográfico por relieves el carácter revolucionario de la industrialización como inglesa, desconociendo deliberadamente las dimensiones especiales de la cobertura dinástica Hannover —bajo cuya curvatura se materializó— corresponde al histórico interés burgués de apropiárselo todo y a su legitimidad estadual, pues ésta propaga entre sus agentes sociales un doble desconocimiento sobre la especificidad de las confrontaciones de clase: Por una parte entre la emergente burguesía y las clases precapitalistas, y por otra, entre la clase burguesa reinante y la clase y los estratos de clase que ella reorganizó mediante la mecanización del proceso productivo. Desconocimiento requerido por la legitimidad burguesa, pues necesita ocultar, desaparecer, su cuestionamiento al sistema dinástico de ascendencia sanguínea, **porque la transmisión de su dominio persistió con ella** aunque proclamase la ley de la igualdad humana y el triunfo por el esfuerzo individual. En este sentido, el empirismo historiográfico que ha elaborado la ideología sacralizadora de la revolución industrial, se nos aparece como un efecto de las estructuras del Estado Nacional burgués sobre sus súbditos para auto-garantizarse la legitimidad de su eternización.

2. También analicemos la oración Revolución Política Francesa a la luz de los sujetos políticos reales.

Salva de fastidiosas repeticiones algunas identidades entre esta oración y la analizada con anterioridad. Sobre ellas puntualizamos: 1. Tal ex-

presión evoca la pre-existencia de Francia. Por consiguiente falsea la especificidad del reino Borbón cristianísimo. Su dimensión espacial supracontinental de cuya disolución aparecieron (1789-1814) los elementos primigenios del Estado Nacional Francés, Haitiano; quizás también por la Luisiana, la Confederación de Estados Americanos. 2. La misma pasión heredipeta de la clase burguesa, aunque difieran las materias apropiadas: aquí sobre los discursos político-teóricos escritos y publicados durante la cobertura dinástica (Montesquieu, Rousseau, Diderot, Voltaire, Holbach, D'Alembert, etc.).

Pero entre los modelos de representación historiográfica impuestos por el Estado moderno la oración revolución política francesa tiene contenidos peculiares. En primer lugar su virtud de introducir contenidos metafísicos a la noción de tránsito político. En segundo término ha inducido a esa acepción de la política que durante la cobertura dinástica construyeron los discursos político-teóricos mencionados y según los cuales aquella consistiría en la movilización de la voluntad genérica de los ciudadanos.

El primer aspecto debe analizarse desde la misma oración. Ella introduce contenidos paradójicos en la noción de tránsito político porque tal expresión sólo reconoce la lucha contra el binomio dinastía-nobleza desde la preexistencia del Estado Nacional francés. Según ella el confinamiento espacial de 1815 no surgió de la derrota del nuevo reino dinástico bonapartista; habría estado desde siempre. Por tal preexistencia de Francia —la que revoluciona— el reino Borbón cristianísimo desaparece mágicamente. ¿Por qué ese pase mágico? El desempeña una función especial en la estructura del Estado moderno: Interioriza entre sus súbditos que ha existido desde siempre. En otras palabras, impone entre ellos otra versión del tránsito político según el cual EL está en el origen y al final —porque no tiene ni origen ni fin—. El requisito de la continuidad espacial para el tránsito político lo objetiviza en la esfera exclusiva de las innovaciones institucionales, valga decir, en la reforma de lo mismo y no el cuestionamiento de la estructura. ¿Acaso la esencia del Estado Nacional no está en su modalidad de confinar los **connacionales**? ¿Su legitimidad opera desde el vacío, o desde espacios de confinamiento? El Estado Nacional burgués, estructura del confinar connacionales; o máxima potenciación de las subestructuras de organización o de confinamiento de las

relaciones sociales (la fábrica, la escuela, la clínica, etc.), difiere sustancialmente de las estructuras del confinar en el régimen dinástico. Pero al Estado moderno le interesa disfrazar la especificidad del confinamiento dinástico porque así oculta su histórica estructura del confinar. Por consiguiente, esa oración permite percibir el tránsito político desde el ángulo de los marcos institucionales; pero no de las modalidades de la estructura de confinamiento.

Ahora analicemos el segundo aspecto. En otro trabajo hemos observado lo siguiente: Al rastrear las obras políticas más disímiles de los siglos XVII y XVIII, ninguno de los autores —de los cuales la burguesía se hizo heredera— menciona la estructura de confinamiento en que esta nueva clase organizaría el planeta⁽³⁾. Sin duda la actual estructura de confinamiento no se produjo por aquellos discursos político-teóricos; resultó de la disolución histórica de los reinos dinásticos. Pero su soberanía política derivada de la fuente esencial de la nación —nuevo cuadrante cartesiano que excluye los reales intereses de clase— lo alejaba de aquellos discursos político-teóricos —como el rouseauniano— que había inspirado la lucha contra los órdenes sociales establecidos. Esta "pugna" entre el interés de aquella estructura —excluir los conflictos de clase— y muchos de los discursos contruidos durante la cobertura dinástica le impuso al nuevo confinamiento dos tareas esenciales: 1. La construcción de un discurso historiográfico según el cual la nación francesa —o pueblo francés— sólo reasumió la soberanía; 2. Tal reocupación de la soberanía la facultaron los discursos político-teóricos contruidos durante la cobertura dinástica —por los extravíos que ésta había generado— y por consiguiente, su conservación dependerá de persistir en tales principios político-teóricos. Se construye así un modelo historiográfico no exento de las tentaciones de los ordenamientos sociales previos; pero a su vez vacunado contra ese tipo de tentaciones, puesto que esos discursos estarían para restablecer los equilibrios sociales. Por consiguiente, si se observa la persistencia con que la nueva estructura de confinamiento procura su eternización y el **silencio cómplice** —en el sentido más arriba mencionado— de aquellos discursos, no sólo se perciben distancias entre

3. Véase *Entre juegos y cenizas*, op. cit., pág. 96 y ss.

ambos; ante todo se concibe que tal estructura de confinamiento le asignó a esos discursos la función de instrumentos de reproducción de ella. En este sentido, el trabajo historiográfico debe ocuparse, no de la versión que del modelo historiográfico ha impuesto la estructura del confinar connacionales, sino de la crisis histórica de los reinos dinásticos de donde emergió la nueva modalidad del confinar.

LOS PROBLEMAS

El análisis de los modelos de representación historiográfica impuestos por la actual estructura del confinar, inducen al estudioso a tratar por lo menos dos problemas protuberantes: el primero concierne a los orígenes del confinar actual. ¿Atañe a lo confinado? ¿Corresponde a subestructuras de organización tejidas por procesos sociales previos? ¿Con cuál(es) jerarquización(es)?⁽⁴⁾

Por lo menos del análisis de los modelos queda en claro lo siguiente: al precisar que la actual estructura se ha apropiado de algunos elementos —mecanización del proceso productivo, discursos político-teóricos— que emergieron durante la cobertura dinástica, ello no puede inducirnos a confundir la génesis de los elementos de la estructura con el origen de los elementos que ella se ha apropiado. Tal confusión nos induciría a no captar en su dimensión real la transformación realizada, la ruptura histórica suscitada.

El segundo problema alude al origen de las relaciones capitalistas de producción, su significación espacio-temporal; en otras palabras, a la correlación entre génesis de los elementos de la revolución en las relaciones sociales de producción y génesis de los elementos de la revolución propiamente política.

Durante la coyuntura 1775-1825 nacieron los elementos de la revolución política (vista como pérdida del carácter supracontinental de la modalidad de soberanía dinástica); pero existieron rea-

4. Sin lugar a dudas se trata de salvar el análisis de esa persistencia con que la estructura actual de confinamiento procura ocultar su origen y ante todo liberarlo de la reproducción de esa persistencia, manifiesta a través de sus modelos de representación historiográfica.

lidades distintas, concreciones especiales disímiles de las relaciones sociales de producción burguesa. Mientras en el reino dinástico Hannover se suscitaba la génesis de la revolución industrial, como mecanización del proceso productivo, en otros reinos dinásticos con matrices europeas la historiografía resalta el carácter incipiente de aquellas relaciones. Tales diferencias espaciales en la génesis de las relaciones de producción propiamente burguesas explicarían la correlación entre revolución política y revolución en las relaciones de producción en el reino Hannover; pero no autorizaría lo mismo respecto a la disolución de los otros reinos dinásticos. Empero la sobreideologización y sobrepolitización que acompañó la disolución del reino dinástico Borbón cristianísimo y al origen del Estado Nacional Francés no disimulan que durante la mencionada coyuntura **hubo por lo menos dos alternativas históricas en el curso de la revolución burguesa** ⁽⁶⁾

Ahora bien. La ruptura histórica se suscitó porque se disolvieron los reinos dinásticos; sin embargo, conviene formular varios interrogantes: ¿Tiene sentido explicar la ruptura sólo a través de la correlación mencionada? ¿Puesto que esa correlación no explicaría la ruptura de los reinos distintos al Hannover... en aquellos... había alcanzado su límite máximo las relaciones precapitalistas de producción? ¿Cuál función desempeñaron las pretensiones dinásticas al dominio universal en la disolución del conjunto de ellos y en especial en aquellos donde no se dio la correlación mencionada?

ELEMENTOS HISTORIOGRAFICOS: GUERRA Y ORDEN SOCIAL

Examinando la piel del régimen dinástico, las guerras del siglo XVIII se nos aparecen como las fístulas por donde aquel régimen no sólo había excretado su vitalidad histórica, también por donde

5. Los estados nacionales originados por la disolución del reino dinástico Hannover y sus clases dominantes se afirmaron en la mecanización del proceso productivo; mientras que los originados en la Europa continental se inclinaron por la alternativa sobreideologizada del igualitarismo francés hasta mediados del siglo XIX.

se generó la fisura histórica que originó su disolución. La participación entre 1776-1783 de la dinastía Borbón cristianísima y catolicísima con los insurrectos americanos e irlandeses posibilitó la disolución del reino Hannover y aquellos se disolvieron durante los múltiples enfrentamientos militares dinásticos entre 1790-1825 ⁽⁶⁾.

Pero las guerras dinásticas de fines del 18 y comienzos del siglo 19 —aunque construyeron la fisura por donde se disolvieron los reinos dinásticos— corresponden a la historia de las relaciones sociales precapitalistas; más aún, a la plenitud de su esplendor, a su límite máximo. Para las diversas dinastías la grandeza de su reino dependió de la cantidad de súbditos a su disposición. Sin embargo, tal proporción no se estimaba por el crecimiento vegetativo de la población. Este contribuía, mas la clave estuvo en la relación de sometimiento de los mismos, puesto que de ellos derivaban sus rentas el sector social dominante. Mediante las frecuentes guerras dinásticas se produjeron y reprodujeron esos niveles. En este sentido, ¿qué evidencian las guerras dinásticas de fines del siglo 18 y comienzos del 19? En primer lugar, el régimen dinástico estructuró un principio político que incitaba las diversas dinastías a pretensiones por el dominio universal ⁽⁷⁾. Tal principio estuvo presente durante la coyuntura de comienzos del siglo XVIII cuando persistió el colapso de la universalidad alcanzada por la dinastía Habsburgo durante el siglo

6. Los historiadores han demostrado el efecto de la guerra de América en la crisis del reino de Luis XVI. Al respecto, véase Soboul, Albert. *Compendio de historia de la revolución francesa*. Ed. Tecnos, Madrid, 1966. Mousnier, R. Labrousse, E. Boiloleau, *Historia general de la civilización*. V. 5, Madrid. Lefebvre George, *La revolución francesa y el imperio: 1787-1815*. Ed. F. C. E. 3ª reimpresión, México 1973.

7. En los comportamientos demográficos radica una de las diferencias esenciales entre los reinos dinásticos occidentales y las específicas articulaciones políticas orientales. Mientras aquellos entre los siglos XV-XIX frecuentaron la guerra para repartirse súbditos, en oriente los cierres de puertos —actual Japón— amurallamiento del reino de los cinco elementos —actual China— o el generalizado aislamiento de estas sociedades, frecuentaron el crecimiento vegetativo de su población, generando una revolución demográfica desconocida por la cultura occidental. Por consiguiente, la pretensión mencionada debe entenderse respecto a occidente, valga decir, Europa-América.

16. La sucesión dinástica de los Habsburgos-madriños suscitó la guerra (1702-1713) entre Borbones y Hannover. Al finalizar favoreció significativamente a los Borbones; pero también afirmó a los Hannover en el estratégico Gibraltar; dinastías que protagonizaron los enfrentamientos más decisivos del siglo XVIII. Y también la guerra 1756-1763 entre Borbones cristianísimos y catolicísimos contra los Hannover, acontecimiento dichoso para esta dinastía, pues obtuvo de los cristianísimos los súbditos del norte de América —más o menos la actual Canadá— y la afirmó en el estratégico punto de las Malvinas, arrancada a los Borbones catolicísimos. En segundo lugar, esa pretensión al dominio universal debe captarse partiendo de la diversidad de los tejidos sociales de los diferentes reinos. Mientras la pretensión al referido dominio conjugó contradictoriamente el predominio de los intereses comerciales con los del binomio dinastía-nobleza —entendiendo estos intereses como exclusivo dominio de súbditos—, en el reino dinástico Hannover; entre los Borbones cristianísimos y catolicísimos el relativo equilibrio de los intereses dinastía-nobleza-comerciantes inclinó la balanza de las pretensiones al dominio universal hacia el sometimiento cuantitativo de nuevos súbditos.

Examinemos el aspecto contradictorio en el reino Hannover. Sin duda el régimen dinástico fortaleció y acrecentó su poderío naviero —marítimo y fluvial— porque mediante él sus súbditos comerciantes realizaban sus intereses; sin embargo, el incremento del poderío comercial contribuyó a fortalecer las dinastías enemigas por el tipo de mercancía negociada, valga decir, negros esclavos. En otras palabras, al tiempo que la actividad de los comerciantes contribuyó al fortalecimiento estratégico militar del reino Hannover —porque presionó a su almirantazgo a dominar los puntos de torsión de mares y océanos y a su dinastía a emparentarse con las ubicadas en las “bocas-fluviales” ⁽⁸⁾— reactivó el antiguo régimen porque

8. El predominio de los intereses comerciales puede percibirse examinando las negociaciones de la dinastía hannover durante el siglo XVIII y comienzos del XIX. Por la paz de Utrech —1717— se apoderaron de Gibraltar y Menorca —estratégicos pasos del Atlántico al Mediterráneo—; por la guerra entre 1756-1763 se instalaron en las Malvinas —paso del Atlántico al Pacífico—; las guerras contra el Estatúder holandés y la nobel dinastía bonapartista les entregó el Cabo

puso a su disposición contingentes significativos de mano de obra sometida. Empero, también esa actividad comercial tuvo su impacto más significativo en cuanto contribuyó al reordenamiento de las relaciones sociales de producción. Cambio que no sólo implicó la apropiación de los medios de producción y por consiguiente del producto social, sino y sobre todo, la socialización (en nuevos confinamientos) del proceso productivo y por esa socialización, la generación de una productividad del trabajador desconocida durante el antiguo régimen. **Captando el momento coyuntural cuando las relaciones sociales de producción le reasignan a los comerciantes la función social de intercambiar los productos del trabajo humano y éstos a su vez exigen a aquellas incrementos de esos productos, se evidencia el carácter contradictorio de los comerciantes respecto al antiguo régimen, pues aquella reasignación indica que ha aparecido la valoración social del hombre como agente productor de mercancías y por consiguiente está abandonando aquella valoración feudal de agente social de capitaciones.**

En el dinástico Hannover, como quizás no se dio con tanta decisión en otros reinos, el sector comerciante desempeñó esa doble y paradójica función histórica de agente del sistema social decadente y al tiempo agente de las innovadoras relaciones sociales de producción.

Ahora bien. Los aspectos analizados ofrecen la respuesta al interrogante formulado. La guerra entre Hannover y Borbones —católico y cristiano— 1756-1763 correspondió a la coyuntura de transición de su tejido social. El incremento de súbditos, que pareció inclinaba la balanza hacia el antiguo régimen, tuvo un efecto fiscal en la matriz londinense del reino e indujo al binomio dinastía-cámara de lores y comunes a reordenar a su favor las relaciones contractuales con los súbditos ultra-

de la Buena Esperanza y Ceilán —puntos de torsión entre el Atlántico y el Indico. La actividad comercial requería de esos puntos de torsión estratégicos para garantizar las rutas del intercambio y al lograrlo, los Hannover adquirieron la potencialidad suficiente para realizar sus pretensiones al dominio universal. Un análisis más detallado sobre la relación entre los intereses sociales y las guerras del siglo XVIII y comienzos del XIX se encuentra en mi artículo 1796-1807: *Los Tiempos del Subjuntivo*. Depto. Publicaciones, U. Nal., Medellín, 1986.

el límite máximo al cual podía acceder esa ley. La coyuntura aludida combina, pues, lo viejo con lo nuevo; pero sacudido aquello por la iniciativa de las nuevas relaciones sociales de producción.

marinos⁽⁹⁾. La oposición de éstos a tales pretensiones facultó durante la coyuntura 1775-1783 el reavivamiento de las ilusiones borbónicas al dominio universal. A su vez, tal renacer indujo a esa dinastía a su propia crisis. En síntesis, la estructura económico-social dinástica, **cuyo tejido social dependió de la guerra como instrumento para la adquisición del dominio universal, encontró al vic-timario de su propia estructura en el vehículo de**

su reproducción. Por consiguiente, la coyuntura histórica (1775-1825) tuvo la peculiaridad de enfrentar dos polos irreconciliables: La reproducción de su tejido social impuso a las dinastías que sobredeterminaran su política de pretensiones al dominio universal y por otro las fuerzas sociales, que gestadas en el vientre de ese régimen había organizado otra valoración del hombre como productor de mercancías. Así pues, desde el ángulo dinástico, la coyuntura de finales del siglo XVIII y comienzos del XIX aparece como la continuación de la ley de constitución de su régimen social; pero, desde el de las nuevas fuerzas sociales como

9. La legislación discriminatoria de los súbditos ultramarinos —americanos— se adoptó básicamente después de esta guerra. Al respecto, véase R. B. Nye and J. E. Morpurgo. *The Birth of the U.S.A.*, V. I. Cap. 11, pág. 128 ss. y en Kirkland Eduard, op. cit., o Faulkner, op. cit.

la teoría mandeliana de las olas largas del desarrollo capitalista -comentario-

guillermo maya Muñoz

El presente ensayo versa exclusivamente sobre la teoría mandeliana de las Olas Largas (Long Waves) del desarrollo económico capitalista. Ernest Mandel expone esta teoría en sus libros **Capitalismo Tardío** (Late Capitalism) y **Las Olas Largas del Desarrollo Capitalista** (Long waves of Capitalism Development)*. Este último libro está basado en las conferencias Marshall que como invitado de la Universidad de Cambridge (Inglaterra), Mandel realizó en 1978.

Este ensayo contiene tres secciones: En la primera presenta la teoría mandeliana sobre las Olas Largas. En la segunda, se presenta algunos puntos críticos a esta teoría y en última y tercera sección se hace una evaluación general de las contribuciones de Mandel a la teoría de las Olas Largas.

I. EL ANALISIS MANDELIANO

Hipótesis

La hipótesis de Mandel puede ser sintetizada como sigue: la evidencia empírica (las series históricas de Trostsky y Kondratiev sobre el comercio externo inglés o las series históricas de Mandel sobre las tasas de interés), muestra que existen Olas Largas de 50 años, más o menos, de duración a lo largo de la existencia completa de las sociedades capitalistas desarrolladas.

Estas Olas Largas o grandes ciclos son explicados por Mandel utilizando las herramientas teóricas del análisis marxista, mirando la dinámica interna de las leyes del proceso de acumulación

El autor es profesor asociado en el Departamento de Economía, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional, Seccional Medellín.

* Existe una edición en español publicada por Siglo XXI (1986).

Se agradece a Ramiro Restrepo sus opiniones sobre este artículo.

capitalista. Como la tasa de ganancia juega el papel central, y motor del proceso de acumulación, las fuerzas que la determinan son el centro del análisis mandeliano, en el contexto de las Olas Largas. Ya Mandel había determinado en su libro "Capitalismo Tardío" que: "Nosotros hemos definido las Olas Largas como Olas Largas de acumulación acelerada y desacelerada determinada por Olas Largas en el aumento y disminución de la tasa de ganancia" (1).

Mandel considera su intento teórico como la construcción de un tercer marco de periodización para la explicación de los auges y las depresiones a nivel internacional (los otros dos son: el enfoque de los ciclos industriales o teoría de la crisis y el enfoque de la vida completa del capitalismo o teoría del derrumbe en términos marxistas) donde los auges (crestas) y las depresiones (bajos) de las economías capitalistas a un nivel internacional deberían ser explicados. En las propias palabras de Mandel: "En realidad, cualesquiera teoría marxista de las Olas Largas del desarrollo capitalista puede ser una teoría de la acumulación, o si uno desea expresar la misma idea en forma diferente, **una teoría de la tasa de ganancia**" (2). Así, las Olas Largas tienen una conexión cercana con las fluctuaciones en la tasa de ganancia.

Las Olas Largas y los Ciclos Industriales

En el proceso de acumulación capitalista hay ciclos de más corta duración que duran entre 7 y 10 años, y que son determinados por la renovación del capital fijo. Cada "ola" de un ciclo corto o ciclo industrial o de negocios consiste de una aceleración (recuperación) y una desaceleración (recesión) sucesivas: una creciente masa de ganancias, una creciente tasa de ganancia, un volumen y ritmo creciente en la acumulación caracterizan la recuperación. Por otro lado, una decreciente masa de ganancias, una decreciente tasa de ganancia, y un ritmo y volumen decreciente en la acumulación caracterizan la recesión. Como los ciclos de negocios o ciclos industriales son gobernados por las leyes internas del capitalismo, entonces "crestas"

y "bajos" deben ser explicados por los factores que gobiernan la tasa de ganancia: las fluctuaciones en la tasa de plusvalía, en la tasa de rotación del capital y en la composición orgánica del capital determinadas por "la reposición del capital fijo que así implica reposición a un nivel de tecnología más alto" ya que "cada nuevo ciclo de reproducción ampliada comienza con máquinas diferentes a las del ciclo anterior" (3). Esto incrementa la composición orgánica de capital debido a la competencia entre los diversos capitales y la necesidad de obtener una rentabilidad creciente. Disminuyendo los costos de producción y abaratando el valor de las mercancías son las formas como los capitalistas líderes superan sus dificultades temporalmente, incrementando la tasa de ganancia hasta que esta modernización tecnológica se haga generalizada y las dificultades de baja rentabilidad aparecen de nuevo, incluso a un nivel más bajo que el nivel previo.

¿Cómo se pueden relacionar las Olas Largas y los ciclos industriales? Las Olas Largas ni anulan ni cancelan los ciclos industriales "normales", por el contrario, "hay una articulación entre las Olas Largas (...) y el ciclo industrial normal". Esta articulación hace de la teoría de las Olas Largas una herramienta útil para explicar las particularidades de cada ciclo industrial específico y, más concretamente, las variaciones en sus amplitudes. En la fase de expansión de la Ola Larga, las recuperaciones coyunturales son más largas e intensas que en la fase depresiva de la Ola Larga; y las "recesiones" más largas y profundas en la fase depresiva que en la fase expansiva de las mismas. De la misma manera "las Olas Largas expansivas" son períodos en los cuales las fuerzas que contrarrestan la tendencia de la tasa media de ganancia a caer operan de una manera más fuerte y más sincronizada; mientras que las Olas Largas depresivas son períodos en que las fuerzas que contrarrestan la tendencia de la tasa media de ganancias a caer son menores, más débiles y decisivamente menos sincronizadas" (4). Además, Mandel entiende las

3. MANDEL, 1978, pág. 110.

4. MANDEL, 1980, pág. 27.

5. MANDEL, Ibid., pág. 15, Gordon (1978, págs. 25-26) señala, basándose en fuentes secundarias, esta misma ocurrencia, la relación entre los meses de ex-

1. MANDEL, 1978, pág. 129.

2. MANDEL, 1980, pág. 9. Énfasis agregado por Mandel.

Olas Largas como el resultado de las fluctuaciones cíclicas y nunca como una especie de "sobreimposición metafísica sobre ellas".

Las Olas Largas y la Tasa de ganancia

Mandel en el terreno de la propia experiencia histórica trata de explicar las expansiones de largo plazo en la tasa de ganancias que han ocurrido al menos tres veces en la historia de la economía capitalista: después de 1848, después de 1893, y después de 1940 (U.S.A.) y 1948 (Europa Occidental). Basando su análisis en estos tres puntos de transición, Mandel discute los factores "disparadores" (triggering) que explican un incremento "súbito en la tasa media de ganancia" (6).

1. "Un crecimiento pronunciado en la tasa de plusvalía".
2. "Una caída pronunciada en la tasa de incremento de la composición orgánica de capital".
3. "Una súbita aceleración en la rotación del capital".
4. "Un flujo de capital a los países (y sectores) que tienen una más baja composición orgánica de capital que los países industrializados".
5. "Un incremento en la masa de plusvalía".

El aumento en la tasa de ganancia lleva a una "inversión masiva del capital previamente ocioso" (7). Si el impacto positivo en la tasa de ganancia debido a los factores "disparadores" puede ser superado o "neutralizado" "por el incremento en la masa de capital acumulado, entonces la tasa de ganancia media aumentará sólo brevemente (...). Si por el contrario, los factores 'disparadores' son por su naturaleza y volumen tales que no pueden ser neutralizados por las consecuencias inmediatas de un incremento súbito en

pansión y los meses de contracción en EE.UU., durante la expansión de 1848-1873 fue de 1.80 contra 0.86 en la contracción de 1873-1895. En la expansión de 1895-1913 fue de 1.14 contra 0.67 durante la contracción de 1919-1940.

6. MANDEL, 1980, pág. 14.

7. MANDEL, 1978, pág. 115.

la acumulación de capital, entonces la masa total de capital previamente no invertido progresivamente será colocado en la corriente de la acumulación" (8). En consecuencia este último proceso puede ser logrado con base en la revolución tecnológica. En las mismas palabras de Mandel "Una vez que un aumento agudo en la tasa de ganancia comienza (...) una revolución tecnológica ocurre" (9) y el capital-dinero de reserva va hacia la producción. De esta manera, los recursos financieros (capital previamente ocioso) y los medios materiales (producidos por la revolución tecnológica), sostienen el proceso de acumulación por un largo período: "Cada período de innovación técnica radical aparece como un período de aceleración súbita de la acumulación de capital" (10).

Entonces, bajo condiciones tecnológicas nuevas, nuevos métodos de producción, nuevas ramas industriales, o nuevos productos industriales surgen haciendo que la tasa de ganancia se incrementa.

Adicionalmente la combatividad de la clase obrera permanece a un nivel muy bajo: "la clase obrera generalmente entra a una Ola Larga llevando los temores de un desempleo largo durante el período anterior (...) [que conlleva] a la disminución de los salarios relativos, que después se convierte en uno de los factores 'disparadores' en el incremento de la tasa de ganancia. Los salarios reales se incrementan, pero lentamente (...) así la tasa de explotación (o de plusvalía) continúa creciendo, a pesar del incremento en los salarios reales" (11), igualmente, el ejército de reserva industrial es reconstituido debido a las grandes migraciones de la fuerza de trabajo desde la periferia. Este factor contribuye, entonces a mantener el salario real entre "razonables" límites que favorezcan la acumulación de capital.

Las Olas Largas y los factores subjetivos

¿Son los factores "disparadores" suficientes para lograr una Ola Larga expansiva? Mandel respon-

8. MANDEL, Ibid., pág. 115.

9. MANDEL, 1980, pág. 25.

10. MANDEL, 1978, pág. 113.

11. MANDEL, 1980, pág. 26.

de negativamente, y agrega que los factores extra-económicos con cierta **autonomía relativa** (énfasis agregado), juegan papeles claves en el punto de inflexión para una expansión. Estos son: las guerras de conquista, la extensión y contracción del área de operación capitalista, la competencia intercapitalista, las luchas de clase, las revoluciones y contrarrevoluciones, etc. Además de estos factores, Mandel introduce dos factores adicionales "para ilustrar aún más precisamente esta articulación entre factores externos y factores internos en su acción recíproca sobre las Olas Largas del desarrollo capitalista..."⁽¹²⁾. Uno, la tendencia de largo plazo de la competencia capitalista internacional a nivel de la nación-Estado; y dos, las fluctuaciones a largo plazo de la producción de oro. Sin embargo, es la lucha de clases entre capital y trabajo el factor relevante y decisivo en el punto de inflexión de la ola expansiva.

Como hemos señalado antes, el capital debido a la competencia y a la lucha de clases necesita una revolución constante en el proceso de trabajo, que puede ser ofrecido por la revolución tecnológica, para extraer más plus-trabajo, más plusvalía y más ganancias. Controlando de esta manera mayormente a la fuerza del trabajo por las modificaciones introducidas en el proceso productivo. La ciencia y la técnica se convierten en instrumentos subordinados al capital y por lo tanto son requisitos de su expansión.

Adicionalmente, la revolución constante en el proceso de trabajo, y por consiguiente en el incremento de la tasa de explotación no ocurren sin que se entable una lucha entre el capital y el trabajo. Y esto ocurre al momento en que la Ola Larga depresiva incrementa las necesidades del capital por maximizar la tasa de explotación y por consiguiente el deterioro de las condiciones de trabajo: "esta necesidad es particularmente pronunciada cuando el capital es confrontado con una aguda y sostenida caída en la tasa de ganancia"⁽¹³⁾.

Sin embargo, la tentativa de incrementar la tasa de explotación no depende solamente de los factores objetivos sino también de los factores subje-

tivos; es decir de la capacidad de la clase obrera de organizar la resistencia y el contra ataque. Esta capacidad está dada a su vez por: la fuerza absoluta (numérica) de la clase obrera, por su organización, por su grado de confianza en sí misma, por su militancia y por su grado de autonomía con relación a la ideología burguesa dominante, etc.

Es necesario señalar que las Olas Largas tienen un ritmo asimétrico: "en el que la fase depresiva (...) es **endógena** mientras que la fase expansiva no lo es. Esta última es dependiente de los cambios radicales en el ambiente histórico y geográfico general del modo de producción capitalista que pueden inducir una expansión fuerte y sostenida en la tasa media de ganancia"⁽¹⁴⁾. De esta manera las leyes del movimiento capitalista y los resultados de la lucha de clases son los factores decisivos en el surgimiento de una Ola Larga expansiva.

Las Olas Largas y la experiencia histórica

En los dos últimos capítulos, Mandel utilizando su teoría de las Olas Largas analiza la historia del siglo XX, pues "las Olas Largas son más que (...) expansiones y contracciones (...) ellas representan distintos períodos históricos en su sentido real"⁽¹⁵⁾.

De acuerdo a esto, Mandel distingue cinco períodos que tienen, definitivamente, características bien distintas. Estos períodos son los siguientes:

1. Período de la Revolución Industrial, 1789 - 1848: expansión 1789 - 1815; contracción 1826 - 1848.
2. Período del capitalismo industrial libre competencia, 1848 - 1893: expansión 1848 - 1873; contracción 1873 - 1893.
3. Período del capitalismo financiero o imperialismo clásico, 1893 - 1913: expansión.
4. Período inicial de debilitamiento del capitalismo; 1914 - 1940, contracción.
5. Período del capitalismo tardío: expansión 1940-1967, contracción 1968-?

Basado en esta periodización, donde cada pe-

14. MANDEL, Ibid., pág. 55.

15. MANDEL, Ibid., pág. 105.

12. MANDEL, Ibid., pág. 30.

13. MANDEL, Ibid., pág. 47.

ríodo específico es verdaderamente diferente, Mandel explica el final del "boom" de la postguerra en el marco de las Olas Largas y se pregunta: "Qué contradicciones económicas, precisas, determinaron el final de la fase expansiva de 1940 (48) - 67"⁽¹⁶⁾. Los factores explicativos son:

1. "Hubo un continuo incremento en la composición de capital".
2. "La revolución tecnológica comienza a ser generalizada, es decir, hay una vulgarización general de las técnicas nuevas".
3. "Incrementos adicionales en la velocidad de rotación del capital se hacen más difíciles (...) en parte por razones técnicas, pero especialmente por razones socioeconómicas (...) la sobrevivencia del Estado-nación".
4. "Materias primas costosas y los costos de la energía".
5. "Aumentos de la capacidad productiva mayores que la capacidad de compra de los consumidores finales".
6. "Disminución de la tasa de explotación".
7. "La función de la inflación (...) su aceleración continua se volvió contraproducente por sus efectos sobre la expansión económica".
8. "El crecimiento continuo de la corporación multinacional como la organización típica (...) cada vez más entra en conflicto con la limitada eficiencia de la intervención económica por parte del Estado en el período del capitalismo tardío".

Como todos estos factores han interactuado unos sobre otros, la tasa media de ganancia cayó abruptamente. Ahora la economía está en recesión. Sin embargo ¿es posible una expansión en un futuro predecible dentro del marco de la teoría de las Olas Largas? Teóricamente es posible, pero ¿cuál es el precio en términos de bienestar humano y civilización?⁽¹⁷⁾.

II. CRITICA

La tentativa de Mandel para construir, o mejor dicho, para rescatar el concepto de las Olas Largas

16. MANDEL, Ibid., pág. 82.

17. MANDEL, Ibid., pág. 106.

para la teoría marxista como una tercera alternativa de marco periodizante dentro del cual el desarrollo capitalista puede ser interpretado, no es consistente con lo siguiente:

1. La relación entre las Olas Largas y ciclos industriales: A este respecto, Mandel dice que las Olas Largas determinan la dinámica específica de los ciclos industriales; pero por otro lado, dice que "La Ola Larga es concebible únicamente como un resultado de estas fluctuaciones cíclicas (ciclos cortos) y nunca como alguna clase de superposición metafísica de estos ciclos cortos sobre las fluctuaciones cíclicas"⁽¹⁸⁾. Sin embargo esta relación no es clarificada suficientemente por Mandel. Con esta cuestión anterior está conectada la relación entre la teoría de las Olas Largas y la teoría de la crisis. La primera teoría tiene, implícitamente, una teoría de la crisis que se basa en el enfoque marxista de la tasa de ganancia decreciente. Mandel trata de explicar el punto de inflexión hacia una recesión de largo plazo. Sin embargo, la relación entre este período de recesión y la recesión causada por el ciclo industrial no es determinada.

2. Las "evidencias abrumadoras" sobre la existencia de las Olas Largas son: la tasa de crecimiento anual en el comercio internacional, la tasa de crecimiento anual del producto por países (E.U., Reino Unido, Alemania), la utilización de la capacidad productiva, la tasa de interés, etc., sin embargo, Mandel no tiene datos empíricos para mostrar los cambios ocurridos en la composición orgánica de capital, como uno de los factores principales que juegan un papel central en las fluctuaciones de la tasa de ganancia.

Debido a esta carencia, la relación entre tecnología y composición orgánica de capital no es clara, porque si el cambio tecnológico es un proceso continuo, entonces ¿cómo este proceso ha abaratado el capital fijo y circulante, tanto como el capital variable? Además, ¿cómo este proceso de abaratamiento ha afectado la tasa media de ganancia? "Entonces, no hay razón real para asumir que la composición orgánica de capital aumentará"⁽¹⁹⁾. Este aspecto en "Late capitalism" fue criticado por Rowthorn, pero Mandel no tomó

18. MANDEL, 1978, pág. 122.

19. ROWTHORN, 1976, pág. 63.

el desafío en "Long Waves" donde hace suposiciones empíricas acerca de la composición orgánica de capital creciente ⁽²⁰⁾. Sin embargo, en su conjunto "L. W." contiene una colección de datos valiosísima.

3. ¿Cómo es financiada una base de expansión? Mandel reclama que esto ocurre a través del "Fondo de capital de reservas" que el capitalista ahorra en la fase contraccionista de la Ola Larga: "El único momento cuando tal reserva podría ser necesaria es la fase inicial de la expansión (...) pero a pesar de esto, hay una fuente alternativa de financiamiento, es decir, el crédito bancario (...) los bancos (...) crean genuinamente nuevo poder de compra (...) como el Estado, los bancos pueden crear nuevo poder de compra. El Estado lo hace imprimiendo más dinero, y los bancos extendiendo facilidades de sobregiro" ⁽²¹⁾. En conclusión el argumento de Mandel es incompleto e incorrecto. Se basa en que no puede invertirse si no se ha ahorrado previamente: El ahorro determina la inversión, argumento de suyo bastante pre-keynesiano. El financiamiento es independiente del ahorro, diría Keynes ⁽²²⁾.

4. Teniendo en cuenta otras teorías sobre las Olan Largas, especialmente las de Kondratiev y Shumpeter, presentamos algunas características de estas teorías que pueden de cierta manera reflejar su influencia sobre el análisis de Mandel ⁽²³⁾.

Kondratiev es considerado como uno de los economistas más importantes sobre el tema, incluso su apellido le da nombre a las grandes Olan que se conocen como los ciclos de Kondratiev, de aproximadamente 50 años de duración, definidos por una fase expansiva y otra depresiva.

Kondratiev también considera que en la fase expansiva de la Ola, los años buenos superan en número a los años malos y viceversa con la fase

depresiva de la Ola. Kondratiev señala que es en esta última fase donde se hacen importantes descubrimientos e invenciones que se ponen en práctica en la fase expansiva. Para Kondratiev la causa que origina los ciclos es la propia lógica de funcionamiento de la economía capitalista. La crisis se hace necesaria para recuperar el equilibrio perdido, y eliminar las disparidades que han surgido en la economía nacional.

Kondratiev distingue dos grandes Olan completas y una fase expansiva entre 1790 y 1914-20, que en lo general coincide con la periodización de Mandel. Esta periodización es la siguiente:

1790 - 1810-17 Ola expansiva } 1ª Ola Larga
1810-17 - 1844-51 Ola recesiva }

1844-51 - 1870-5 Ola expansiva } 2ª Ola Larga
1870-5 - 1896-6 Ola recesiva }

1890-6 - 1914-20 Ola expansiva ⁽²⁴⁾

La gran obra de Kondratiev se titula **La Economía Mundial y sus Coyunturas Durante y Después de la Guerra** (1922) y un artículo publicado en inglés en 1935 que se titula **Las Olan Largas y la vida económica**.

A Joseph Shumpeter también se le conoce como uno de los grandes economistas de los grandes ciclos. Shumpeter le atribuye gran importancia a la innovación tecnológica como causante de estos grandes ciclos: El ciclo de expansión (1790-1814) se lo atribuye al desarrollo de la industria textil algodónera inglesa; el segundo ciclo de expansión (1873 - 1929) se lo atribuye al desarrollo del automóvil, el aeroplano y el desarrollo de la electricidad. De esta manera, entonces, la innovación tecnológica, como fuerza externa tiene un gran papel en las expansiones, mientras que la fase depresiva se origina en las propias condiciones internas de la economía, expresada en la baja rentabilidad económica. Su obra más importante sobre el tema la tituló **Business Cycles** (1939).

De lo dicho sobre Kondratiev y Shumpeter es clara la influencia de estos trabajos sobre Mandel. Day ⁽²⁵⁾ afirma que uno de los propósitos mandelianos en su obra **El Capitalismo tardío** es el de

reforzar las conclusiones de Kondratiev con las explicaciones ortodoxas marxistas. Igualmente, Mandel hace descansar el resurgimiento de la economía capitalista hacia la fase expansiva en los grandes cambios técnicos de los procesos productivos, aunque haciendo énfasis en los factores sociales y políticos como condiciones sine qua non para la expansión.

III. CONTRIBUCION

Los logros de Mandel son innegables con su teoría de las "Long wages" cualesquiera sea la crítica que se le pueda hacer. Algunos de sus logros más importantes son los siguientes:

1. La teoría de las "Long wages" trata de integrar los factores sociales, políticos y económicos en su interacción en la historia del capitalismo. Reconociendo que la economía juega el papel clave como "determinante en última instancia" de la sociedad capitalista. Por otro lado "la autonomía relativa" de la esfera política (por ej. la lucha de clases) es decisiva sobre la economía, como ya lo hemos demostrado. Por esta razón la teoría de Mandel no es considerada una teoría de los grandes ciclos convencional —Shumpeter, Kondratiev— en la que los puntos de inflexión hacia la expansión sean generados automáticamente por mecanismos operativos cíclicos ⁽²⁶⁾.

2. La periodización mandeliana de la sociedad capitalista está basada en las leyes internas de su movimiento. El análisis es centrado sobre la tasa de ganancia que "dinamiza" la Ola Larga en conexión con otros factores, como la tasa de plusvalía, la composición orgánica de capital, etc. Factores que el mismo Marx consideró necesarios para explicar la producción capitalista en su conjunto. Consecuentemente, esta periodización es apreciablemente superior a la periodización institucionalista de capital competitivo, de capital financiero, capital monopolista, etc.

En general podemos decir acerca de las "long waves" lo que Rowthorn ha dicho acerca de ellas en "Late Capitalism": Que este enfoque de las Olan Largas "al desarrollo capitalista es muy fructífero. El provee un marco conceptual, dentro del

cual podemos considerar el afecto de una amplia gama de factores: tecnológico, económico y político. Al mismo tiempo este enfoque guarda una conexión muy cercana con el marxismo clásico, concentrándose en la dinámica interna de la Ola Larga en sí misma y enfatizando la tendencia de la acumulación capitalista de minar los fundamentos de su propio éxito" ⁽²⁷⁾.

Después del crash de octubre/87 se ha revivido de nuevo el interés por el tema de los grandes ciclos o ciclos de Kondratiev. El economista indú Ravi Batra escribió el libro "The Great Depression of 1990" llamando la atención sobre tal fenómeno. En Colombia somos dados a esperar las avalanchas de lado para comenzar a buscar los culpables pero nunca para hacer claridad sobre lo que pasó y las posibles ocurrencias futuras de los mismos acontecimientos. Es hora, entonces, para que en nuestro medio académico nos interese por estos fenómenos que cuando suceden terminan por afectar la vida económica y social del país. Si la gran depresión del 30 fue un acontecimiento afortunado para Colombia, no sabemos si lo mismo pasará con la próxima gran depresión.

BIBLIOGRAFIA

- DAY, Richard (1976), "The theory of the long cycle: Kondratiev, Trotsky, Mandel". *New Left Review* N° 98.
- GORDON, David (1978), "Up and Down the Roller Coaster". Editado por URPE en *U.S. Capitalism in Crisis*, Nueva York.
- KEYNES, J. M. "The ex-ante Theory of the Rate of Interest", *The Economic Journal* N° 198, Vol. XLVII.
- MANDEL, Ernest (1978), *Late Capitalism*. London, Verso Edition.
- MANDEL, Ernest (1980), *Long waves of Capitalism Development*. New York, Cambridge University Press. (Existe edición en español del Siglo XXI, 1986).
- NORTON, Bruce (1988), "Epochs and Essences. A review of Marxist. Long-Wave and Stagnation". *Cambridge Journal of Economics*, Vol. 12, N° 2.
- PEÑALOZA, Tomás y DE OLLOQUI, José Juan (1985), "El ritmo de las economías capitalistas y el ciclo de Kondratiev". *El Trimestre Económico*. Vol. LII, N° 205.
- ROWTHORN, Robert (1976), "Late Capitalism". *New Left Review*, N° 98.

20. MANDEL, 1980, pág. 84.

21. ROWTHORN, pág. 64.

22. Véase Keynes (1937). También los números del *Cambridge Journal of Economics* 1986 y 1987.

23. Véase Peñaloza et al (1985) para evaluar las aportaciones de Kondratiev y Shumpeter a la teoría de los grandes ciclos. Igualmente véase Day (1976) para una evaluación Kondratiev-Mandel.

24. DAY, 1976, pág. 73.

25. DAY, Ibid., pág. 80.

26. NORTON, 1988, pág. 24.

27. ROWTHORN, Ibid., pág. 83.

intervencionismo de estado y política social

edgar ramírez m.

En la dinámica expansiva del capitalismo, el Estado intervencionista se expresa como relación económica a más de su función ideo-política; las unidades capitalistas de producción, requieren del intervencionismo de Estado para la producción de capital social, el Estado con su autonomía relativa, reproduce globalmente las condiciones generales de producción por encima de intereses particulares de sectores o fracciones del capital, dicha autonomía relativa se manifiesta históricamente y está en correspondencia con la fase histórica del desarrollo del capitalismo (para el caso del capitalismo monopolístico, son las fracciones monopolistas las más beneficiadas con este intervencionismo). La intervención estatal en la fase monopolística se define por una participación amplificada en la economía y un fortalecimiento del capital estatal frente a fracciones del capital competitivo, afectando fracciones del capital productivo que serán sus-

traídas de la valorización promedio del capital; ello implica que el Estado hace parte fundamental de la reproducción del capital, lo cual implica que el Estado intervenga en el incremento de plusvalía a favor de ciertas fracciones del capital, en el cobro de impuestos, y su redistribución social a través del presupuesto nacional; pero su nuevo sentido intervencionista tiende a dos objetivos principales: 1. Reducción de costos de capital constante y variable y 2. Acelerar el ciclo de rotación del capital. El planteamiento anterior lleva a precisar que el sentido intervencionista de las nuevas tendencias del Estado hay que entenderlo como una relación dinámica y globalizadora que afecta lo económico, lo político y lo social, este último campo no tiene una definición o taxonomía precisa ya que se articula de manera compleja y abigarrada con los otros dos campos del intervencionismo, uno de estos aspectos puede relievase: 1. Frente a políticas del gasto público, donde el Estado modifica su actitud y comportamiento respecto a otros estadios históricos del Estado capitalista, así puede encontrarse que el sector público tiene una

mayor participación en el producto nacional, desplazamiento de "agentes principales del gasto" de la administración central a institutos descentralizados o autónomos, esto se enfatiza en el denominado sector social; 2. En la intervención que busca contrarrestar la tendencia en la baja de ganancia; el Estado a través de su intervención en la reproducción de capital constante y capital variable facilita la reproducción ampliada del capital al capitalismo privado. 3. Ideológicamente este intervencionismo se legitima propalando ideas del desarrollo como bien común y del Estado, como mediador en la distribución del ingreso.

En la modificación sustantiva del Estado intervencionista, se alteran relaciones de clase, de alianzas de clase, de bloque histórico en el poder, el propio aparato de Estado se reacondiciona al igual que las políticas que orientan esta materialidad institucional del poder de Estado, para señalar un campo específico de estos cambios sustantivos, es interesante describir los nuevos frentes de intervención pública; el intervencionismo de Estado en la fase monopolística se inmiscuye o participa en: formación de precios, condiciones y legislación laboral, provisión y adecuación de medios de producción; algunas de las ventajas económicas radica en las economías de escala de alto rendimiento, eficiencia, administración y recursos naturales, financieros y humanos y en el plano político-social el hecho de convertirse el Estado en el máximo empleador, restringe la lucha obrera a nivel económico y político, tanto en el sector público como en el privado, ya por su intervención directa como patrón, fijando topes salariales y legislando con facultades especiales sobre asuntos laborales, o como "intermediario" o "árbitro" en las luchas de asalariados con fracciones privadas del capital. Otro de los frentes de este intervencionismo, toca la aceleración de rotación del ciclo de capital y la atenuación de la tendencia a la baja de ganancia, a través del manejo del crédito público el cual observa tres comportamientos: a) centralización del control y manejo monetario canalizando crédito a favor de fracciones monopolísticas del capital; b) la política monetaria pública se liga al mantenimiento de la producción y a la aceleración y reproducción de plusvalía; c) las instituciones financieras del Estado influyen en las políticas económicas gubernamentales.

Este intervencionismo de Estado en la fase monopolística no debe analizarse en una sola vía, sin

contradicciones y dificultades, por el contrario, aspectos como deficiencias o desequilibrios en el gasto público entre inversión pública y funcionamiento burocrático, déficit fiscal, reformas tributarias, no son meras fallas patológicas o disfuncionales del Estado, ellas manifiestan las crisis inherentes al desarrollo capitalista, desórdenes de la producción capitalista, tanto en el sector privado del capital como en el sector público de éste. En relación a crisis de este capital "público" o del "sector público" son pertinentes algunas consideraciones sobre factores o aspectos que conllevan a las crisis fiscales del Estado intervencionista en la fase monopolística: 1. Los recursos públicos provienen de impuestos, rentas contractuales, créditos internos o externos como principales fuentes de producción para actividades estatales, los ingresos públicos como parte de la distribución del producto social, son provistos por salarios nominales de los asalariados o de la plusvalía obtenida por los capitalistas; 2. Todos los ingresos fiscales recaen sobre el capital, por ende los ingresos fiscales son una sustracción del capital destinado a reproducir el proceso de valorización del capital, esto genera una contradicción en la participación pública en el proceso de capitalización, la intervención pública indispensable para el mantenimiento de los niveles de acumulación necesarios para elevar la productividad y valorizar el capital, se nutre al mismo tiempo, de las sumas de capital precisadas por las empresas privadas para reproducir la dominación social del trabajo y para elevar la composición orgánica de capital, el Estado genera el gasto social y productivo —políticas de control social a los obreros, manejo de desempleados— en el sector público, esta contradicción lleva a pensar en un balance entre la plusvalía que deja de generar el capital-dinero apropiado por el Estado y la atenuación de costos de capital constante y variable, merced a los servicios públicos ofrecidos por el Estado, según esto, se presentaría una transacción de equivalentes y de efecto nulo para la acumulación de capital; mirado internamente en la esfera exclusiva de reproducción, este proceso llevaría a un posible enfrentamiento entre fracciones privadas de capital y el sector público, no obstante, estos aspectos contradictorios, se ven mediatizados por las ventajas de la producción pública (economías de escala, imposición de topes salariales a los asalariados, mediación en los conflictos obreros, políticas de subsidios, de impuestos) lo que implica a largo plazo, ventajas

* El autor es profesor asociado de la Universidad Nacional, Seccional Medellín y catedrático de la Facultad de Sociología de Unaula.

comparativas para el capital privado en el uso o apropiación de estos capitales por el sector público; 3. El Estado no siempre da empleo productivo al capital privado que capta, gastando parte de éste en "gasto improductivo", como gasto de funcionamiento o burocrático, gasto social, en aparatos represivos de Estado, este gasto sólo se justifica en la esfera ideológica-política y no en la reproducción interna de capital; el Estado que interviene para atenuar el descenso en la tasa de ganancia en sentido estrictamente económico, disminuye por efectos ideo-políticos el conjunto total de bienes productivos que dan origen a la tasa de ganancia para el conjunto del capital; el Estado intervencionista trata de paliar esta paradoja a través de medidas denominadas "racionalización del gasto público" —alargamiento e intensificación de jornada de trabajo en el sector improductivo o sobre-explotación del sector público—.

El Estado intervencionista a más de utilizar "gasto improductivo" participa de la producción capitalista de mercancías, obteniendo tasas de ganancias similares o más altas que las fracciones privadas del capital, participando de la creación de valor y la obtención de plusvalía, el gasto público es considerable en estas producciones —creación de empresas, contratos de explotación agro-minero— y cubre gran parte del denominado "gasto público", entre ellos el "improductivo" y el "social".

ESTADO Y SECTOR SOCIAL

El sector social hace parte de una mezcla abigarrada de subsectores que incluyen una serie de funciones económicas, ideológicas y políticas que tiene tratamiento y valoración de acuerdo al tipo de sociedad que lo define y trata.

Las sociedades del capitalismo central han diseñado y refinado desde la aparición del Estado liberal, políticas sociales que van desde la acción filantrópica, pasando por adecuaciones legislativas, hasta la creación de instituciones, ministerios y elaboración y aforos presupuestales; en la fase histórica del intervencionismo de Estado, el sector social se incluye de manera definitiva en el gasto público y es considerado de vital importancia en

las funciones generales de reproducción de estas sociedades.

La definición y conceptualización del sector social en las sociedades modernas del centro capitalista, presentan un vínculo particular entre Estado y sector social, articulándolo a manifestaciones y desarrollos del denominado estado de bienestar; no así, para las sociedades periféricas capitalistas, donde la situación es más compleja, ello, por la permanencia de rémoras precapitalistas, llegando a presentar situaciones donde la política social la desarrollan instituciones de carácter privado. En algunos países de América Latina la Iglesia Católica, a través de prácticas de beneficencia social, compite, sustituye o complementa la intervención del Estado en este campo; no obstante, estas deficiencias estatales, a partir de los años 50s, los estados latinoamericanos dieron inicio a la planeación como criterio de eficiencia y racionalidad en el manejo de la política social —utilización de recursos y manejo del gasto público— dando lugar a la aparición de planes de desarrollo económico-sociales y al interior de éstos: Diagnóstico, análisis y soluciones para el sector social, éste incluía subsectores como vivienda, salud y educación, ya en las décadas de los 70s y 80s, lo hacían extensivo a la administración de justicia, participación comunitaria, política de trabajo y seguridad social, atención al menor, planes de nutrición y alimentación. La concepción que desarrollan planificadores y políticos latinoamericanos, está de cara a los principios expresados en el estado de bienestar y sus respectivas políticas sociales, por ello, es conveniente analizar aquí, en qué consisten esas políticas sociales y cómo se define y desarrolla el sector social en el estado de bienestar.

Inicialmente hay que precisar qué legislación social y servicios sociales se consolidan como políticas estatales al finalizar la segunda guerra mundial, representando el sector social un incremento considerable en la participación del PNB; esto llevó a algunos políticos —entre ellos al escritor británico Crosland— a señalar al estado de bienestar o el "Welfare State" como estadio final del capitalismo, dando origen a una sociedad "postindustrial" y de bienestar que superaba con creces el capitalismo industrial.

Para los escritores de la tradición de la administración social estado de bienestar y política social se definían por la búsqueda de: la satisfacción

de necesidades humanas y mejor bienestar humano, en tal sentido definen R. Titmuss⁽¹⁾, F. Lafitte⁽²⁾ y J. Carrier⁽³⁾ e I. Kendall dicha situación:

"El objetivo de los servicios sociales es la mejora de vida de los individuos" (R. Titmuss).

"La política social se dirige a toda una amplia gama de necesidades: materiales, culturales y emocionales fuera del amplio campo de las satisfacciones que pueden ser dejados convenientemente para el mercado" (F. Lafitte).

"El rasgo distintivo —de las actividades del bienestar— es que su propósito manifiesto es influir la diferente dominación sobre los recursos, según algunos criterios de necesidades (J. Carrier e I. Kendall).

Lo que identifica a las anteriores definiciones es el propósito del aumento del bienestar humano y la imposición de "valores civiles" que no sólo se rigen por las leyes de mercado, sino por una política social de intervencionismo estatal en el estado de bienestar, a diferencia del "laissez-faire" típico del Estado liberal decimonónico.

¿Cuáles son las actividades del sector social que regulan e intervienen el estado de bienestar? En lo fundamental la acción del Estado recae: 1. Provisión estatal de servicios sociales; 2. Reglamentación estatal de actividades privadas.

1. Provisión estatal de servicios: El Estado cubre individual o colectivamente contingencias en: seguridad social, salud, beneficencia, educación, vivienda; estos servicios son provistos con dinero o en especie, permitiendo una interacción entre proveedores y consumidor, algunos de estos servicios son de forzosa aceptación, dando oportunidad al Estado para combinar elementos de control y provisión en la sociedad. A este respecto Pinker señala: "Los servicios sociales se utilizan

1. R. Titmuss. *Ensayos del estado de bienestar*, Unwin, 1963, pág. 14.

2. F. Lafitte. *Política social y sociedad libre*, Penguin, 1973, pág. 57.

3. J. Carrier, I. Kendall. *Administración social como ciencia social*, suplemento Times, 1978.

tanto para imponer sanciones como para conceder beneficios" (4).

2. Reglamentación estatal de actividades privadas: el aspecto legislativo vincula prácticas y funciones individuales y colectivas, incluye políticas fiscales, legislación laboral, protección al consumidor, reglamentos de construcción de viviendas. Sobre estas dos funciones del estado de bienestar centran sus expectativas analíticas, tres corrientes teóricas acerca del estado de bienestar y la política social: 1. Teoría funcionalista del estado de bienestar; 2. Teorías económicas de políticas de Estado; 3. Teorías pluralistas de decisión política.

Los funcionalistas incluyen explicaciones ciudadanas y tecnológicas del desarrollo de la política social; los economistas del estado de bienestar aplican a la economía del bienestar estudios macroeconómicos del gasto social mezclándolos con teorías ideológicas del liberalismo y los pluralistas centran sus análisis en estudios socio-políticos.

La teoría funcionalista del estado de bienestar analiza los desarrollos de diferentes políticas como respuestas pasivas a fuerzas sociales y no sociales; concibe la historia —en particular la del desarrollo de las sociedades— como proceso y simultáneamente como progreso, especificando logros tecnológicos al servicio de procesos productivos y formas de organización social; respecto al Estado enfatiza la relación Estado-individuo, el papel que este último juega en la reproducción de la sociedad industrial como agente productivo y el nexo social que establece a través del consenso social —relación Estado-sociedad civil—.

La teoría de la acción social incluye aspectos teóricos de economía del bienestar social y teoría política liberal, sus análisis se centran en dificultades y logros individuales —individuo como unidad básica de la sociedad— en consecuencia la política social es una interpretación subjetiva de lo que constituye un problema social.

Las limitaciones interpretativas de estas dos teorías pueden llevar a que la teoría funcionalista explique el crecimiento histórico del gasto social

4. R. Pinker. *Teoría social y política social*, Herneman, 1971, pág. 144.

y la tendencia a que diversas políticas sociales converjan gradualmente, pero no la inmensa diversidad de medidas sociales que cualquier estudio comparativo puede revelar, contrariamente las teorías de la acción social, explican la diversidad de estas políticas sociales, pero no el crecimiento del gasto público*.

* Este artículo hace parte de una investigación titulada: Estado y Política Social en Colombia en la década de los 80s, auspiciada por la facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional, Seccional Medellín.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

BENITEZ ZENTENO, Raúl y otros. *Clases Sociales y Crisis Política de América Latina*, UNAM, México, Siglo XXI.

RODRIGUEZ ZUNIGA, Luis. *Raymon Arón y la Sociedad Industrial*, IMNASA, Madrid.

F. FOURQUET, Lion MURARD. *Los equipamientos del poder*, Edit. Gustavo Gili, Barcelona.

MONCAYO, Víctor Manuel. *Especialidad Capitalista y Políticas Estatales*, Cinep, Colección Teoría y Sociedad N° 9, Bogotá.

GOUGH, Ian. *Economía Política del Estado de bienestar*, Blume ediciones, Barcelona.

ALZATE, Rodrigo y otros. *El estado perspectivas sociológicas*, Edit. Universidad Nacional, Bogotá.

la elección académica o la incertidumbre de los profesionales

rodrigo arango
zuluaga

"Durante tres siglos España guardó celosamente el secreto de ineficiencia; hoy todo Occidente posee ese secreto y no es que lo haya robado, lo descubrió por propia cuenta, por instrospección". E. C.

La adscripción a un dominio del saber, lo que comúnmente se llama en nuestros medios culturales la selección de un profesional, está condicionada en nuestras sociedades de tiempo atrás, por múltiples resortes, sean los registros seculares de las prácticas sociales, allí donde descuellan pasiones tan familiares que dibujan toda una teleología del ascensor social o las influencias que habita el futuro profesional. Sean el desconocimiento de los énfasis técnico-académico y de sus campos posibles de realización, la carencia de intuición histórica, o la escasez de cupos en las universidades, principalmente entre las profesiones tradicionales.

Sabemos bien el relieve ganado por el "gancho" de la eventual movilidad social: espejo milagroso de producción de ilusiones y pasiones generado por ese pequeño traidor que cada sujeto lleva consigo, bien sea en su epidermis visceral, que recubriendo un deseo inconsciente de control o de posesión de instancias de poder, bien sea, en todo caso, en esa dilatada imagería que trenzan los sueños de la vigilia. Ellos son, entre otros, algunos de los efectos de estructura que condicionan el interés y la pasión académica.

Creo que lo anterior, sí que incide, ha incidido y seguirá incidiendo sobre esa masa de aspirantes a doctores; esa masa que hoy dedica en su angustia culpable o culpabilizadora, quejosa ante la ausencia de sentido o significación de los proyectos, los mismos que se asumen a costa de ignorancia o quizá de un lapsus que se atraviesa en la vía de la elección donde opera un trastocamiento de carácter social, de carácter inconsciente, o una extraña maquinación sadomasoquista. "No son las

El autor es profesor de la Facultad de Sociología de Unaula y de medio tiempo de la Universidad de Antioquia.

ideas, sino los intereses de tipo materiales e ideales los que gobiernan directamente la conducta de los hombres". Weber.

No pocas veces ocurre que esta angustia, generada por las más variadas formas de presión social sobre la elección de una profesión, se convierte en pesado lastre que irá ahogando toda apatencia o anhelo ético en ese supuesto de sueños diáfanos, cualquiera que sea su utopía o ideal. El super yo social termina, en la gran mayoría de las veces, imponiendo su ley, desequilibrando las relaciones entre la elección y el ideal.

El aspirante a un saber académico por lo general está excluido de la posibilidad de elegir el énfasis en el cual va a gastar su ser o los mejores momentos de su intelecto; la gran mayoría de las veces, como ya se ha dicho, ella recae en las presiones de la máquina social, matizadas por sus agentes vehiculizadores: unas pueden ser esas formas simbólicas de autoridad: la familia, los políticos, investigadores, amigos, entre otros, y los medios de comunicación como seducción de la lengua.

Una vez iniciado el ritual o itinerario académico se procede en ese tiempo de prolongación, cuatro años o más, a realizar los preparativos para la fiesta: "un problema era que la fiesta había sido fijada años antes o por la época en que se llevó a cabo era claro aún para los celebrantes, que la celebración podía estar fuera de lugar. Pero, ¿qué se podía hacer? Ya se había alquilado la sala, enviado las invitaciones y fijado el presupuesto". Después de las fiestas, sigue la posibilidad. La incertidumbre...

II

No se puede confundir la formación académica-profesional con la realización de la fuerza de trabajo del profesional. En nuestro medio una gran masa de profesionales está realizando oficios que no se corresponden con su formación básica académica. Una gran serie de efectos estructurales inciden en la realización o vinculación de la fuerza laboral profesional en el mercado ocupacional, a saber: Desempleo estructural a todos los niveles: saturación del mercado laboral, en la gran mayoría de énfasis académicos, en cuyo espacio todavía conservan un acento privilegiado las denominadas

profesiones tradicionales. Las formas nepotistas y clientelistas que rigen el proceso de selección para la ocupación de plazas vacantes, no importando la calidad ni los méritos de aspirantes, son unas entre tantas formas propulsoras de la desocupación profesional.

Pero existe además una situación de la que dependen tan disímiles manifestaciones sociales: esa gran masa de egresados realiza oficios no correspondientes a sus perfiles profesionales porque a pesar de poseer un título que acredita para el ejercicio de la profesión, ello no constituye garantía alguna de competencia académica o profesional.

III

"Nosotros no vemos las cosas como ellas son, vemos las cosas como nosotros somos".

En aquellas disciplinas que no se regulan por principios o leyes de experimentación que además no han conseguido definir un estatuto profesional reglamentado por las instituciones, lo cual les asignaría un espacio para el ejercicio de su realización ocupacional, porque su campo de formación está fundamentado en dominios de saber académico-investigativo, se hace más compleja y difícil la vinculación al mercado laboral, ya que ella está determinada fundamentalmente por el nivel intelectual alcanzado por su competencia teórica.

Los sujetos soportes de las ciencias sociales requieren de: un dominio del lenguaje, la argumentación de ese saber y la voluntad de saber, de lo contrario se auto excluyen, teniendo que optar por las alternativas nepotistas y las atrás descritas.

Las ciencias sociales y humanas cuentan con procesos de constitución de sus cuerpos teóricos-metodológicos muy diferentes a los que operan para las ciencias de la naturaleza, lo cual posibilita entender que sus cuerpos de realización son de naturaleza muy distinta.

"La opinión piensa mal, traduce necesidades en conocimientos. Puede decirse que nuestro problema no consiste sólo ni principalmente en que no seamos capaces de conquistar lo que nos proponemos, sino en aquello que nos proponemos;

que nuestra desgracia no está tanto en la frustración de nuestros deseos, como en la forma misma de desear. Deseamos mal. En lugar de desear una relación humana inquietante, compleja... deseamos un idilio sin sombras... En lugar de desear

una filosofía de incógnitas y preguntas abiertas, queremos poseer una doctrina global, capaz de dar cuenta de todo, revelada por espíritus que nunca han existido o por caudillos que desgraciadamente sí han existido". (E. Zuleta).

los derechos del hombre y del ciudadano de 1789 y el cristianismo ilustrado de nariño vistos a través de "la bagatela"

gloria mercedes arango

NARIÑO Y LA DECLARACION DE LOS DERECHOS DEL HOMBRE Y DEL CIUDADANO DE 1789 VISTOS A TRAVES DE "LA BAGATELA"

Antonio Nariño se formó en el Colegio de San Bartolomé donde estudió Filosofía y Jurisprudencia; allí adquirió conocimientos de Latín, Filosofía y Leyes, particularmente la recopilación de las Leyes de Castilla y de Indias y el Cedulario Real; la física, que se estudiaba allí sin instrumentos, también formaba parte del plan de estudios. Es importante tener en cuenta que el medio intelectual en que se movió Nariño estuvo marcado por dos acontecimientos culturales de gran peso: la reforma del plan de estudios del Fiscal Moreno y Escandón, que aunque de corta duración, iniciado

en 1774 fue derogado en 1779, tuvo efectos renovadores, y a partir de 1783, la Expedición Botánica; las cátedras de astronomía y matemáticas que impartía José Celestino Mutis en el Colegio del Rosario también produjeron efectos muy positivos sobre la juventud estudiosa neogranadina. Sin duda alguna, las ideas de los ilustrados españoles contribuyeron en la formación intelectual de la juventud del último cuarto del siglo XVIII y fueron un impulso hacia las ideas ilustradas francesas, pero no es fácil captar con precisión las fuentes que produjeron este movimiento.

Nariño poseía una excelente biblioteca con obras de los clásicos griegos como Homero y Platón; entre los clásicos latinos poseía a Cicerón, Virgilio y Horacio; conocía las obras de los enciclopedistas franceses y citaba con frecuencia a Voltaire y a Rousseau; entre los ingleses conocía a Milton, a William Penn y a Jeremías Bentham. Tuvo conocimiento de las teorías del padre del jusnaturalismo, Hugo Grocio. También se contaban en la biblioteca de Nariño obras de matemá-

ticas, ciencias naturales y medicina; parte de sus libros los había introducido clandestinamente. Recibía publicaciones periódicas que le permitían estar actualizado en materias políticas y económicas. Su amplia erudición la compartía con un selecto grupo de jóvenes intelectuales que se reunía en su casa; entre ellos se contaban: Jorge Tadeo Lozano, Caldas, Torres, Zea, Joaquín Camacho y Pedro Fermín de Vargas.

Jaime Jaramillo Uribe señala algunos aspectos de la formación intelectual de Nariño que se pueden captar en los documentos del proceso que se le siguió por la publicación y traducción de los **Derechos del hombre**:

"Es muy significativo que... Nariño se apoyara en argumentos tomados del acervo de la doctrina política española y de textos de **Santo Tomás de Aquino**, para demostrar que no puede ser un crimen la divulgación de ideas que coinciden con las que son corrientes en España misma, en sus leyes y en los escritos de pensadores políticos cristianos que sostenían las tesis del gobierno basado en el consentimiento de los súbditos, del Estado regido por la ley y de la misión que éste tiene de tutelar los derechos de la persona" ⁽¹⁾.

Más adelante cita otros textos del alegato que bien se podrían atribuir a **Suárez** unos de ellos y otros a un escritor tomista de la época. También se vale Nariño de la legislación española de las Partidas. No cabe duda del peso que tuvieron en la formación filosófico-política de Nariño estas teorías y era lógico que a ellas recurriera para defenderse de las acusaciones que se le hacían por haber publicado los **Derechos del hombre**.

Detengámonos ahora a analizar la siguiente afirmación de Jaramillo Uribe:

"Pero un estudio de los escritos posteriores de Nariño, publicados en su periódico '**La Bagatela**', quince años después, **no deja la menor duda respecto al espíritu crítico, por no decir hostil, con que acogía las ideas más características de la Revolución francesa**, como la teo-

ría de la soberanía del pueblo y el sufragio universal" ⁽²⁾. (El subrayado es mío).

Al hablar de Revolución Francesa se hace necesario diferenciar entre la revolución de 1789 y la de 1794; aun hoy este debate está candente y las opiniones están divididas en Francia con motivo de la celebración del bicentenario. El lema de la revolución de 1789 fue: "Nación, Rey, Ley". Se trataba de imponerle a Luis XVI una constitución que traspasaba el poder real al embrión de parlamento que era ya la Asamblea Nacional. Era éste un movimiento de reforma dirigido por la gran burguesía e inspirado en Locke, Montesquieu y los filósofos de la Enciclopedia. En el contexto del desbordamiento de las masas urbanas y rurales, el 26 de agosto de 1789 fue votada la **Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano** a partir de la trilogía **libertad, propiedad e igualdad**, conjunto coherente de los derechos del hombre burgués.

Veamos la concepción que Nariño tenía de la libertad en **La Bagatela** N° 7, publicada para divulgar la independencia absoluta de Caracas con relación a la metrópoli en julio de 1811:

"Americanos dignos de este nombre, prosternaos con migo ante la imagen augusta de la Libertad, para expiar nuestras culpas! Invoquemos los manes de esos ilustres varones que tan fielmente la sirvieron. Sombras respetables de Bruto, de Catón, de Aristides, de Cincinato, de Marco Aurelio y de Franklin, venid en nuestro socorro! Que nuestros corazones penetrados de vuestras virtudes cívicas laven hoy los ultrajes con que hemos desfigurado la brillante imagen de la Libertad! Nosotros la hemos adornado con las insignias del Despotismo: nosotros hemos manchado su hermoso rostro con los sucios colores del Libertinaje: nosotros hemos confundido sus dones con la codicia y la ambición. Pero ya desengañados de nuestros errores, venimos a tributarle un homenaje mas puro".

"Libertad Santa! libertad amable, vuelve a nosotros tus benignos ojos! Haz que te conozcamos tal como eres; y adornada con tus propios y verdaderos atributos, ven a sentarte entre

La autora es socióloga de UNAULA y profesora en el Departamento de Historia de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional, Seccional de Medellín.

1. Jaime Jaramillo Uribe, *El pensamiento colombiano en el siglo XIX*, Ed. Temis, Bogotá, 1974, p. 111.

2. *Ibid.*, p. 114.

nosotros, para no abandonarnos jamas. Nosotros te ofrecemos levantar un trono magestuoso en medio de la frugalidad y del trabajo: nosotros te ofrecemos desterrar la Inquisición, los Denuncios y el Tormento, como los más firmes apoyos del despotismo; y finalmente te ofrecemos adornar tu templo con todas las virtudes públicas y domésticas para traerte propicia a nuestra causa. Oye, pues, benigna nuestros votos: que la Ambición, la Discordia y todos tus enemigos desaparezcan para siempre de un suelo que desde hoy sinceramente te consagramos" (3).

Este texto evoca los emblemas de la Revolución Francesa; su estilo emotivo, cargado de una significación religiosa, cuya forma es tomada en parte del lenguaje de la religión cristiana y en parte de la religión cívica con alusiones al mundo pagano romano. Tanto el texto de Nariño como sus modelos europeos nos remiten a los escenarios de las fiestas revolucionarias así como a los lienzos de David, el pintor que puso el estilo neoclásico al servicio de la revolución.

Nariño evoca las "sombras respetables" de personajes de la República romana e incluye al líder intelectual de la independencia norteamericana Franklin, que ocupaba un puesto importante al lado de los héroes clásicos en el Panteón revolucionario francés. Ellos representan las virtudes cívicas que acompañan el amor por la libertad: la frugalidad y el trabajo. ¿No nos vemos trasladados a las páginas de *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*?

"La tradición de todas las generaciones muertas oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos. Y cuando éstos se disponen precisamente a revolucionarse y a revolucionar las cosas, a crear algo nunca visto, en estas épocas de crisis revolucionaria es precisamente cuando conjuran temerosos en su auxilio los espíritus del pasado, toman prestados sus nombres, sus

consignas de guerra, su ropaje, para, con este disfraz de vejez venerable y este lenguaje prestado, representar la nueva escena de la historia universal" (4).

Así, los acontecimientos de la revolución de 1789 se vistieron con el ropaje de la República romana y la de 1848 se vistió en Francia con el ropaje de la de 1789. Nariño quería vestir la Independencia con los personajes clásicos de Roma y con el ropaje de la revolución de 1789, las virtudes cívicas y el trono de la libertad, o aún, con el ropaje de la independencia americana.

Otro de los textos sobre la libertad lo encontramos en *La Bagatela* N° 16 en el artículo titulado *Carta de una Dama al filósofo Sensible*:

"Que me dices de tu ilustre Ciudad con tantas novedades? Ya me han contado que el fuego sagrado de la libertad arde ahora como la lámpara á quien se hecha de nuevo aceyte; pero acá para los dos quanto durará esta nueva luz?" "La ilustración, las virtudes, y el desinterés personal son las columnas sobre que se debe levantar el trono de la libertad. Quando veas en tu Ciudad á los hombres empleados en servicio público, sacrificando sus pasiones, sus intereses, su comodidad, su sosiego sin mas esperanza de recompensa que... la dulce satisfacción que dexa á un alma virtuosa haber servido á su patria, y sido útil á la humanidad; entonces sí... puedes llenarte de fundadas esperanzas. Pero entre tanto... no agotes tus débiles fuerzas en medio del torvellino de unas pasiones poco ilustradas..." (5).

La libertad sólo es posible acompañada de las virtudes cívicas y de un pensamiento ilustrado. El realismo político de Nariño capta las grandes limitaciones que para el ejercicio de la libertad existen en su ciudad. Para Jaramillo Uribe este realismo político es un efecto moderador de las doctrinas políticas escolásticas (6); sin embargo,

3. *Caracas*, artículo publicado en el *Suplemento a La Bagatela* N° 7, Santafé, domingo 25 de agosto de 1811. *La Bagatela*, edición facsimilar, Editorial Incunables, Bogotá, 1982. Nariño editó *La Bagatela* en la Imprenta Real de Santafé de Bogotá de Don Bruno Espinosa de los Monteros, entre el 14 de julio de 1811 y el 12 de abril de 1812. Se publicaron 38 números, 6 suplementos y 2 números extraordinarios.

4. Carlos Marx, *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, en *Obras escogidas en dos tomos*, Carlos Marx y Federico Engels, tomo I, Ed. Progreso, Moscú, 1955, p. 229.

5. *Carta de una Dama al Filósofo sensible* en *La Bagatela* N° 16, Santafé, domingo 20 de octubre de 1811.

6. Jaime Jaramillo Uribe, *Op. cit.*, p. 114.

del texto anterior es posible deducir que su realismo político provenía de la observación de las características ideológicas y políticas de su medio social: el predominio de los intereses particulares sobre el bien general.

En el artículo titulado *Otra fraternal advertencia al público* de *La Bagatela* N° 6, está presente la influencia de las ideas de la Revolución Francesa:

"Abrid los ojos, mis amados conciudadanos sobre vosotros mismos! El Gobierno es como una balanza en el ayre: de qualquiera lado que se le eche un ligero peso la balanza se inclina, y el equilibrio desaparece: **solo la ley puede conservar este equilibrio. De su observancia nace el concierto entre el gobierno y el pueblo:** qualquiera de las dos partes que la altere se desentona. Si **el público tiene un derecho de concurrir a su formación, de velar su observancia, de gritar con seguridad contra las autoridades que la violen, el gobierno también debe exigir, y sostener su observancia** en los que se han sometido a ella. **No está la Libertad en hacer su voluntad conforme a su capricho, sino conforme al pacto ó ley que se ha sancionado por la voluntad general.** Por esto es que exige tanto cuidado, y tanta detención la forma de este pacto de que depende despues la seguridad y libertad del ciudadano. El contrato social es como qualquiera otro contrato: antes de celebrarlo hay una libertad cuasi indefinida de celebrarlo de este, ó el otro modo; pero una vez celebrado, una vez convenidos, ya hay una obligación de observarlo por ambas partes, **á menos de quehaya un vicio notorio y gravísimo en su constitucion;** y en este caso se reformará por los mismos medios, por el mismo camino que se formó" (7). (El último subrayado es del original y los otros son míos).

Saltan a la vista las similitudes entre los artículos cuarto y sexto de la *Declaración de los derechos*... (8) y la *Fraternal advertencia al público*

7. *Otra fraternal advertencia al público*, artículo en *La Bagatela* N° 6, Santafé, domingo 18 de agosto de 1811, *Op. cit.*, p. 23.

8. Art. 4° "La libertad consiste en poder hacer lo que no daña a otro; así el ejercicio de los derechos naturales de cada hombre no tiene otros límites que

en *La Bagatela*: la observación de la ley asegura los derechos de cada hombre y la ley surge del contrato social sancionado por la voluntad general; todos los ciudadanos tienen el derecho de participar personalmente o a través de sus representantes en la formación de la ley o en palabras de Nariño: el público tiene derecho a concurrir a su formación. En ningún momento Nariño hace una transcripción literal de los **Derechos humanos y del ciudadano** sino que a partir de esos principios elabora ensayos que aparecen en *La Bagatela* bajo diferentes rúbricas.

En relación a las diferencias de Nariño con el pensamiento de Rousseau, Jaramillo Uribe afirma:

"...como hombre dotado de gran comprensión y sentido histórico sabía que la democracia plebiscitaria de Rousseau había sido posible en la **polis** antigua, o en la ciudad medieval, la Ginebra en que pensó siempre el autor del **Contrato**, pero no lo era en una nación de vasto territorio, de población dispersa y sin formas de intercomunicación entre sus diversas provincias" (9).

Para demostrar su tesis Jaramillo Uribe recurre a un escrito de Nariño publicado en Cartagena el 19 de septiembre de 1810. Con relación a la elección popular de los representantes para el Congreso Supremo, Nariño ponía de presente los impedimentos para el ejercicio de la soberanía popular: ¿Quién convocaba al pueblo? ¿Bajo qué fórmulas? Para obviar estas dificultades proponía el gobierno de un pequeño grupo de hombres de luces y de crédito, quienes se apropiarían de la soberanía del pueblo temporalmente para luego

los que aseguran a los demás miembros de la sociedad el goce de estos mismos derechos. Estos límites no pueden ser determinados más que por la ley". Art. 6° "La ley es la expresión de la voluntad general. Todos los ciudadanos tienen el derecho de participar personalmente o a través de sus representantes, en su formación. Debe ser la misma para todos tanto cuando protege como cuando castiga. Siendo todos los ciudadanos iguales a sus ojos, son igualmente admisibles a todas las dignidades, puestos y empleos públicos, según su capacidad y sin otra distinción que la de sus méritos y capacidad". Citado en Miguel Artola, *Los derechos del hombre*, Alianza Editorial, Madrid, 1986, p. 104.

9. Jaime Jaramillo Uribe, *Op. cit.*, p. 115.

restituirla⁽¹⁰⁾. Sin embargo, la posición de Nariño en **La Bagatela** es de defensa de la soberanía popular como se observa en la número 6. Para tratar de explicar esa apropiación **temporal** de la soberanía popular es necesario mirar en Nariño al político que trata de obviar las dificultades coyunturales en el ejercicio de su teoría política y no una negación de sus principios. También es necesario tener en cuenta que **La Bagatela** era un órgano de oposición política al presidente Jorge Tadeo Lozano y al grupo de sus inmediatos colaboradores; de allí que en el periódico se presentaran de manera clara sus tesis sobre la soberanía popular.

En el artículo décimo de la **Declaración de los derechos del hombre**... se promulga la libre expresión del pensamiento y de imprenta.

"La libre comunicación de los pensamientos y opiniones es uno de los derechos más preciosos del hombre. Todo ciudadano puede hablar, escribir, imprimir libremente con la salvedad de responder del abuso de esta libertad en los casos determinados por la ley".

Uno de los temas favoritos de Nariño en su semanario **La Bagatela** fue el de la libertad de imprenta. Ya en el N° 2 cita el título 1, artículo 1, parágrafo 16 de la Constitución de Cundinamarca:

"El Gobierno garantiza á todo ciudadano los sagrados derechos de la Religión, propiedad y libertad individual y **la de la Imprenta**... exceptuándose de estas reglas generales los escritos obscenos, y los que ofenden al dogma; los cuales con todo eso, y aunque parezcan tener estas notas, no se podrán recoger, ni condenar sin que sea oído el Autor"⁽¹¹⁾.

En la trayectoria política de Nariño su combate con la censura de prensa había sido permanente. Conocemos el alto costo que para él significó la publicación de los **Derechos del hombre**. A principios de 1811 continuaba dando la misma batalla contra la Junta de notables de Santafé; veamos cómo lo analiza Liévano Aguirre:

"Enfrentado el Congreso del Reyno a la censura previa de todas las publicaciones y a tan

desembozadas manifestaciones de arbitrariedad, optó por ignorar esa censura, **en lo cual se adivina la garra política de Nariño**, y decidió dar a publicación el acta de su sesión del 18 de enero, cuyo texto constituía una verdadera denuncia de las maniobras regentistas de la Junta de notables de Santafé. Para efectuar la publicación, el Congreso acudió a la imprenta de don Bruno Espinosa, la misma imprenta donde publicó Nariño clandestinamente, diecisiete años atrás, la famosa traducción de los **Derechos del Hombre**"⁽¹²⁾. (El subrayado es mío).

Nariño sabía que editar, bajo determinadas condiciones políticas, significaba subvertir el orden y utilizó esta arma política cuantas veces lo consideró necesario. Y como lo anota Liévano Aguirre, el papel de Don Bruno Espinosa de los Monteros fue fundamental, también en su imprenta se publicaba **La Bagatela** y a la par con Nariño, sufrió persecuciones políticas.

La Bagatela N° 23 está dedicada en su totalidad a difundir un artículo extractado de los manuscritos ingleses de Bentham y publicado por el Señor Blanco en su periódico **El Español**. El artículo de Bentham consta de los siguientes capítulos: 1. Ventajas de la libertad de imprenta; 2. Inconvenientes que pueden provenir de la libertad de imprenta; 3. Medios de reducir a lo mínimo los inconvenientes que puede traer el ejercicio de la libertad de imprenta y 4. Medios de disminuir parcialmente los males que puede causar la libertad de imprenta en los casos en que es imposible evitarlos del todo. Dado lo extenso del artículo sólo transcribiremos la introducción:

"Es quizá imposible decir cosas mejores, y en menos palabras de lo que lo hace el sabio Bentham hablando de la libertad de Imprenta. En ningún tiempo se pueden presentar con más utilidad sus pensamientos que en el presente que se trata de reever nuestra Constitución. Si la libertad de la Imprenta ocasiona males particulares que la hacen abominable á los ojos del hombre timorato y pacífico, también trae **bienes incalculables para el público siendo el**

canal de las luces, y el antemural del despotismo. El mismo cuchillo que me corta el pan me corta el dedo, y no por esto desterramos los cuchillos de nuestras mesas. Reprendase el **abuso**, como en todas las cosas, hasta las mas santas, y no se deduzca de él q. la cosa es mala"⁽¹³⁾. (El primer subrayado es mío y el segundo del original).

La lucha contra el despotismo y la difusión del pensamiento ilustrado iban de la mano con la libertad de imprenta, de allí la significación del pensamiento de Bentham, tanto en España que se encontraba bajo el régimen napoleónico como en América donde se luchaba contra la dependencia española. Sabemos la gran importancia que tuvieron las obras de Bentham⁽¹⁴⁾ en la formación del pensamiento liberal en la Nueva Granada y a pesar de la corta vida que tuvo **La Bagatela**, nueve meses, también hizo su aporte a ese proceso.

"El amigo de la razón, de la paz, y de la humanidad", como en ocasiones se firmaba Nariño, expresaba su preocupación en **La Bagatela** N° 17 por la falta de "papeles públicos" —periódicos, folletos u hojas volantes— que formaran la opinión del pueblo en materias económicas y políticas:

"No se que te diga, mi bagatelista, de la ilustración de tu Ciudad, y de las esperanzas que promete vuestra transformación. Sin papeles públicos que formen la opinión de un pueblo novicio en materias políticas; sin tesoro suficiente para pagar las cargas del Estado; sin una milicia bien disciplinada que se oponga a los enemigos de dentro y fuera del Reyno; sin comercio, ni agricultura ¿como quieres que esto se sostenga? A ti te ciegan tus ardientes deseos por la libertad de tu Patria; pero si no encuentras algún remedio para tantos males, me temo... (no quisiera decirtelo porque quizás te enojas) me temo que á nuestra libertad le va á suceder lo que á la paloma del Arca,

que no encontrando donde poner el pie, se vuelva al lugar de donde salió"⁽¹⁵⁾.

En este artículo titulado: **El amigo del autor de La Bagatela**, campea el pesimismo de Nariño acerca del nivel cultural de la ciudad y también acerca de la situación económica y política de las provincias. Para su mentalidad ilustrada, la libertad de imprenta era una pieza clave contra el despotismo porque permitía hacer buenas publicaciones que ayudaban a formar la opinión pública. Pero en opinión de Nariño, no todas las publicaciones cumplían este objetivo, pues habían salido mil folletos "de los que no se leen dos veces, y todos aislados, sin un plan concertado, y sin que quasi se sepa qual es su objeto"⁽¹⁶⁾.

En la **Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano** de 1789, se consagra la igualdad fiscal en el artículo 13°:

"Para el mantenimiento de la Fuerza Pública y para los gastos de administración es indispensable una contribución común que debe ser repartida por igual entre todos los ciudadanos en razón de sus posibilidades"⁽¹⁷⁾.

A Nariño tampoco se le escapó este aspecto fiscal, vital para la constitución del Estado Centralista con el que él soñaba y es por ello que dedica casi en su totalidad **La Bagatela** N° 8 a este tema. Utiliza en su exposición un lenguaje didáctico, comparando las necesidades que tiene un gobierno con las de una familia y concluye que las contribuciones reportan bienestar y seguridad a todos sus miembros. Nariño explica a sus lectores que las contribuciones antes de la Independencia eran "para que Godoy tuviera magníficos palacios, coches, vajillas de oro, libreas brillantes..."⁽¹⁸⁾ y por lo tanto éste era un tipo de contribución tiránica; sin embargo las cosas han cambiado:

"...si ahora contribuimos para que se aseguren nuestros puertos, para que se abran nues-

13. Artículo extractado de los manuscritos ingleses de Bentham y publicados por el Sr. Blanco en su **Español** en **La Bagatela** N° 23, Santafé, domingo 1° de diciembre de 1811, *Op. cit.*, p. 86.

14. Jeremías Bentham (1748-1832) sostendrá, entre otras teorías, la de la democracia representativa pura; sufragio universal, soberanía del pueblo, estricta subordinación de los gobernantes a los gobernados, ausencia de cuerpos intermedios y centralismo.

15. **El amigo del Autor de La Bagatela** en **La Bagatela** N° 17, Santafé, domingo 17 de octubre de 1811, *Op. cit.*, pp. 66-67.

16. *Ibid.*, p. 66.

17. Citado en Miguel Artola, *Op. cit.*, p. 105.

18. **Contribuciones**, en **La Bagatela** N° 8, Santafé, domingo 1° de septiembre de 1811, *Op. cit.*, p. 29.

10. *Ibid.*

11. **Imprenta**, artículo en **La Bagatela** N° 2, Santafé, domingo 21 de julio de 1811, *Op. cit.*, p. 5.

12. Indalecio Liévano Aguirre, **Los grandes conflictos sociales y económicos de nuestra historia**, volumen III, Ed. Nueva Prensa, Bogotá, sin año de edición, p. 235.

tros caminos, para que se mantengan nuestras tropas, para que se asean y adornen nuestras ciudades, estas contribuciones por grandes que sean son lo mismo que los desembolsos que hacemos al zapatero... y al carpintero: porque lo mismo disfrutamos, la seguridad del Estado, la comodidad de los caminos, y el aseo de las ciudades, que la seguridad de nuestras casas". "Ahora de parte del Gobierno debe haber dos cosas de mucha atención: la calidad de la contribución, y el modo de cobrarla..."

"Las contribuciones que los mejores Políticos Económicos tienen por mas seguras y menos gravosas, hablando en general, son las que se cargan sobre los consumos: porque en estas, á mas de ser insensible, parece que la distribución es mas justa: cada uno paga á proporción de lo que consume; el rico que consume mas, paga mas, y el pobre que consume menos, paga menos. Pero en la practica, es menester confesar que se hallan grandes obstáculos al aplicar estos "principios".

"Se dice que los renglones de primera necesidad deben estar exentos de derechos... Tomada la palabra en su mas riguroso sentido, serían entre nosotros para el pueblo el maíz, las turmas (que sin perdón así se llaman) la sal y la miel, en las demás personas, estos mismos renglones, con el pan y la carne..." (19).

En este artículo Nariño desarrolla de manera detallada los peligros de una contribución gravosa para los ciudadanos y explica cómo se deben manejar las contribuciones de bienes esenciales como la sal y el tabaco; también alerta sobre el peligro que representa gravar las fuentes de la producción. Concluye diciendo que no se deben enojar los ciudadanos cuando se cobran las contribuciones, pues son para la Casa Grande del Estado, claro está, si se emplean para el objeto para el que fueron recaudadas.

El problema de la igualdad es tratado de la siguiente manera en el artículo primero de la **Declaración de los derechos del Hombre**:

"Los hombres nacen y permanecen libres e iguales en derechos. Las distinciones sociales sólo pueden fundarse en la utilidad común" (20).

19. *Ibid.*, pp. 30 y 31.

20. Citado en Miguel Artola, *Op. cit.*, p. 104.

Bajo el título de **Carta dirigida al Autor de La Bagatela** Nariño, con un lenguaje coloquial, arremete contra la Madre Patria. Su gran preocupación política es que se haga la separación total de España y es por ello que hace un llamado al Congreso, reunido en ese momento en Santa Fe, para que no reconozca la Regencia y afirme de esta manera la libertad y la independencia. Su ataque a la Madre Patria va dirigido a cuestionar maternidad tan dudosa, pues una madre que esclaviza a sus hijos es una madre desnaturalizada o quizás una madrastra. Es pues de manera indirecta como Nariño trata el problema de la igualdad: negros, criollos, mestizos e indios tienen el mismo derecho a ser liberados de la esclavitud de España; no cuentan las diferencias de castas, todos deben ser libres e iguales ante la ley. Con relación al sometimiento de los indios y de los negros por la "madre patria" dice **La Bagatela**:

"Al mismo tiempo que ocupaban el suelo de América sus originarios habitantes, y que se introducían los Europeos tan extrangeros como cualesquiera otros, oprimían estos la libertad en diversas partes del globo disminuyendo la raza de los indígenas del país, y aumentando el número de los esclavos más o menos oprimidos, parte con el vil comercio de los negros de la Africa, y parte con la descendencia de los emigrados españoles. Ellos mismos trataban de impedir á sus hijos la idea de diversidad que llaman degeneración de la especie humana" (21).

"Tampoco es Madre ni Patria de la casta de los negros.

"Horroriza solo el pensamiento de que aspire al título de Madre la que ha autorizado el tráfico infame de los negros, la que ha cooperado á sus desgracias, la que ha estampado sobre sus frentes el sello de la esclavitud" (22).

La posición de Nariño frente a la libertad y la igualdad promulgadas por la **Declaración de los Derechos del hombre** es clara. Sin embargo es im-

21. *Carta dirigida al Autor de La Bagatela* en *La Bagatela* N° 10, Santafé, domingo 15 de septiembre de 1811, p. 40. *Op. cit.* La alusión a la llamada "degeneración de la especie humana" se refiere a la idea que muchos españoles tenían de los mestizos.

22. *Ibid.*

portante tener en cuenta que la **Declaración...** fue interpretada por muchos como incompatible con la existencia de la esclavitud en las colonias francesas; pero los intereses de los poderosos plantadores de las Antillas pudieron más que los principios y la esclavitud se mantuvo. Sólo en 1793, con la **Declaración de los Derechos del hombre** en su artículo 18 prohibió la esclavitud; la Convención en 1794 abolió la esclavitud. Este decreto fue revocado por Napoleón en 1802 y la abolición definitiva sólo se logró en Francia en 1848. La Constitución norteamericana, anterior a la Declaración del 89, también consagraba la libertad de todos los hombres pero tuvo que hacer silencio ante la institución de la esclavitud. Nariño también conocía la Constitución norteamericana y dedica buena parte de las **Bagatelas** números 2 y 3 al estudio de la forma de gobierno de los Estados Unidos aunque expresa que no es ésta la forma de gobierno que conviene a la Nueva Granada, pues él propugnaba por un gobierno centralista.

Para concluir esta comparación entre la **Declaración de los Derechos del hombre** y la posición expresada por Nariño en su periódico **La Bagatela**, digamos que en sus planteamientos siguió fielmente los principios de la Revolución Francesa de 1789 y que de ninguna manera expresa una actitud crítica u hostil frente a la soberanía o frente al sufragio universal. Como anotábamos al comienzo de estos comentarios, es necesario diferenciar las dos fases de la Revolución Francesa: la del 89 y la del 93. De ninguna manera creemos que Nariño haya adherido a la Revolución Jacobina de 1793; fue esta "segunda" Revolución Francesa la que declaró el **sufragio universal** a partir de la Constitución de 1793, pues el **sufragio de la Constitución de 1791 fue censatario**. Quizás el profesor Jaramillo Uribe no tuvo en cuenta esta diferencia cuando conceptuó acerca de la posición de Nariño frente a los principios de la Revolución Francesa. Para ser más exactos, se podría anotar que Nariño no compartió totalmente el lema de la revolución del 89: "Nación, Rey, Ley", pues dadas las condiciones de la Independencia de la Nueva Granada, sólo se quedó con: "Nación y Ley" y eliminó al Rey.

Considero de gran interés continuar investigando el tema de los alcances reales que tuvo el pensamiento revolucionario francés del 89 y del 93 en la formación de la Ideología de la Independencia Nacional. Renán Silva en su estudio **Prensa**

y **Revolución a finales del siglo XVIII** comenta que en el **Papel Periódico de Santa Fé de Bogotá**, a partir de 1794, se publican numerosos artículos contra la Revolución Francesa, que casi copaban las ediciones del periódico (23). En realidad Silva no desarrolla el tema, simplemente lo anota de pasada a pesar de la tinta que corrió en el periódico sobre el tema. Un punto de partida para el análisis del problema es la coincidencia entre el año de publicación de estos ataques a la Revolución Francesa, 1794, con el año de la Revolución Jacobina. ¿Los ataques serían a la Revolución Francesa del 89? o ¿serían quizás a la Jacobina del 93?

EL PROBLEMA RELIGIOSO-POLITICO VISTO A TRAVES DE LA BAGATELA

Un aspecto que no podemos dejar pasar por alto en el análisis de **La Bagatela** es la forma como Nariño aboca el problema religioso-político. Esta temática la encontramos en los números 5, 7, 13 y en el Suplemento a **La Bagatela** N° 9 tratada en forma bastante polémica.

En primer lugar, miremos el problema desde el punto de vista religioso. Aunque no contamos con datos precisos para saber si Nariño conoció la obra del padre Feijóo, trataremos de demostrar que su crítica a la religión va en la misma dirección del ilustrado español.

El concepto de crítica en el padre Feijóo aparece como **desengaño**, lo que quiere decir como **lucha contra el engaño**, como erradicación de los prejuicios y de las ilusiones o como supresión del error (24). En el concepto de **desengaño** del padre Feijóo:

"No hay... ni tristeza, ni dolor, ni desilusión, sino únicamente el gesto combativo de la lucha contra el error. No hay para Feijóo desengaños, sino sólo el desengaño como crítica, como esclarecimiento y reflexión" (25).

23. Renán Silva, *Prensa y Revolución a fines del siglo XVIII. Contribución a un análisis de la formación de la ideología de Independencia Nacional*, Banco de la República, Bogotá, 1988, p. 156.

24. Eduardo Subirats, *La ilustración insuficiente*, Ed. Taurus, Madrid, 1981, p. 44.

25. *Ibid.*

La relación del padre Feijóo con la ilustración europea es necesario tomarla en un sentido amplio y no restringido. Por ejemplo los aforismos del *Novum Organum* de F. Bacon plantean la **destrucción de los prejuicios dirigida al combate contra los ídolos**, pero para Bacon, someter los prejuicios al rigor de la crítica es un primer paso para llegar al conocimiento científico de la realidad. También la **lucha contra el engaño** desempeña un importante papel en el **Discurso del Método de Descartes**. Sin embargo, a la obra de Feijóo "le falta la intención metodológica y sistemática, así como el rigor conceptual que distingue, por ejemplo, a Bacon" (26).

El concepto de **crítica** en Feijóo se aproxima al pensamiento ilustrado que va desde Hobbes hasta Kant en la medida en que el conocimiento se da a través de la **razón**:

"Salgo al campo sin más armas que el raciocinio y la experiencia" (27).

"escucharé siempre con preferencia a toda autoridad privada, lo que me dictaren la **Experiencia y la Razón**" (28). (El subrayado es mío).

La crítica aparece pues no sólo como un concepto negativo, la destrucción del error, el desengaño, sino positivamente, como el resultado de un principio racional que invoca la experiencia. Sin embargo, Subirats nos comenta lo siguiente:

"...el objeto de su cometido esclarecedor se encuentra muy alejado de la labor del científico o del historiador... Feijóo no coge la pluma para comunicar descubrimientos o rebatir ideas: **su objetivo es la lucha, la reforma de las instituciones y costumbres, y la imposición de una mentalidad social nueva**. La crítica feijoniana persigue un objetivo normativo" (29).

Es en este sentido del desengaño como destrucción del error, de crítica a partir de la razón, de lucha por la reforma de las instituciones y las costumbres y de intento de crear una mentalidad

26. *Ibid.*, p. 46.

27. P. Feijóo, Teatro Crítico, T. II, Madrid, "Prólogo", S 10. Citado en *Subirats*, p. 46.

28. *Ibid.*, T. VII, Madrid, 1778, p. 324. Citado en *Subirats*, Op. cit., p. 47.

29. Eduardo Subirats, *Op. cit.*, p. 49.

nueva como podemos analizar el pensamiento de Nariño en **La Bagatela**. Su corresponsal imaginario, que aparece en **La Bagatela** Nº 7 bajo el título de **Carta de un amigo al Autor de La Bagatela**, le dice a Nariño que para qué se ha metido a escribir esas bagatelas porque no le van a dar ninguna utilidad; por su parte, le dice el amigo:

"...voy a escribir una Novena de Nra. Sra. del Milagro que en una piedra medio borrada ha encontrado una vieja en uno de los barrancos de este pueblo, y veremos cual de los dos sale mejor librado. A mí me han dicho que hoy la mitad de las mugeres andan vestidas de frailes, y que la mitad de los hombres lo son; también me aseguran que los eclesiásticos, dedicados por la mayor parte á su Teología escolástica, no entienden mucho ese lenguaje de tus bagatelas... toma mi consejo: busca por hay otra piedra de las infinitas que tu sabes que se encuentran con las figuras de los animales, de plantas y de peces... y en la que creas hallar la figura de cualquier Santo, grita milagro! y al instante veras la superstición jurar que es el mismo Santo... que le ha aliviado el dolor de muela con arrimarselo á la encia. Haz luego tu Novena de San Miguel de la piedra, y verás lo que es bueno" (30).

También comenta el "corresponsal imaginario" de Nariño: ¡Qué poco conoces el país donde vives! Era la Nueva Granada y es quizás todavía, el reino de los curas, las monjas, la superchería y el milagrerío. Era pues una batalla muy dura la que trataba de dar Nariño desde su **Bagatela**, oponer a ese mundo oscuro del fanatismo, la **razón** de las luces; tratar de **desengañar** o **criticar el engaño** de los milagros y el ritual de las novenas. El lenguaje del texto es muy sencillo porque se trata de hacer asequible la crítica a todos los lectores del periódico. De pasada, la carta también muestra una situación social muy arraigada en el medio: el ascendiente del clero sobre las mujeres, mecanismo éste utilizado con mucha frecuencia para mantener el control moral sobre la familia. Nariño, como Feijóo, soñaba con reformar las instituciones y las costumbres.

30. *Carta de un Amigo al Autor de La Bagatela*, en *La Bagatela* Nº 7, Santafé, domingo 25 de agosto de 1811, *Op. cit.*, p. 27.

En el Padre Feijóo encontramos un ejemplo muy famoso de crítica de milagros: **El caso de las florecillas milagrosas de San Luis**. En la población de Cangas había una ermita dedicada al obispo San Luis y el 19 de agosto se celebraba allí el aniversario de su patrón. Ese día sucedía que en el momento de la misa aparecían repentina y espontáneamente en los lugares más imprevisibles de la iglesia unas florecillas amarillas que se consideraban sobrenaturales, tanto por sus orígenes como por sus efectos. El milagro se repetía cada año, atraía gran cantidad de feligreses y aportaba beneficios económicos a los clérigos propietarios de la ermita.

Feijóo dedica una buena parte de su obra a deshacer el engaño de este milagro. Bajo el título de **Sobre un Phenomeno raro de huevos de Insectos, que parecen flores** aparece un artículo de sus **Cartas Eruditas** dedicado a criticar los informes y los testimonios sobre el milagro. En realidad ésta no es una investigación sobre botánica o zoología sino un intento por diferenciar los milagros y la superstición, terrenos tan difíciles de deslindar (31). Subirats plantea de la siguiente manera el veredicto de Feijóo sobre este milagro:

"La aparición de las florecillas no es un milagro, sino superstición; sus testimonios no han aprobado el examen del tribunal de la razón. Las apariciones no son tales, sino 'fantasmas de la convención y de la sociedad', **idola tribu**, de acuerdo con el lenguaje baconiano" (32).

Guardando las debidas distancias, Nariño plantea cómo la sociedad inventa sus **idola** o piedras con imágenes de santos grabadas. Las afirmaciones de **La Bagatela** Nº 7 suscitaron la reacción de clérigos y fanáticos cristianos porque allí se trataba también un problema político crucial: el clero quería imponer el Arzobispo nombrado por Godoy y el poder constituido después de la Independencia quería imponer su candidato; se combinaban pues dos problemas: la crítica a la superstición y un problema político candente que tocaba con los intereses de los patriotas y ponía en primer plano el problema de la legalidad del nuevo régimen constituido:

31. Eduardo Subirats, *Op. cit.*, pp. 67 a 70.

32. *Ibid.*, p. 74.

"Me acaban precisamente de remitir un escrito presentado al gobierno por el Clero Secular y Regular de esa Ciudad, que me confirma en lo dicho. Como quieren sumergirlo todo, anegarlo en la palabra religión, para alucinar a los simples! Como confunden el ministerio con las personas; y nos quieren hacer creer que la Mitra de Santafé, y la persona nombrada por Godoy para ejercerla, son una misma cosa! **No es menos cierto y constante, dicen, que la Religión Católica no puede subsistir sin los legítimos Ministros y Pastores**; y de este principio no deducen que debe haber aquí **legítimos Ministros y Pastores**; sino que debe venir el que nombró Godoy sin probarnos que es **legítimo**, habiendose mudado las cosas, y no queriendo reconocer el nuevo Gobierno. Yo quisiera preguntarle á tu respetable Clero si el mismo Illmo. Señor, no hubiera reconocido la infame autoridad de Godoy, conseguida por los medios que todos saben, que la de este Gobierno formado por la voluntad y representación del Pueblo?" (33). (Los subrayados son del autor).

Los ataques a **La Bagatela** arrecian. En la Nº 9 el autor le envía a su amigo una carta contándole que ha recibido cartas de 50 corresponsales "criticando, aconsejando, exhortando que dexe poner velas á las piedras, hacerles novenas, y tributarles un culto, que aunque esto entre los Indios gentiles se llamaba idolatría, entre nosotros se debe llamar devoción. Que el Arzobispo aunque lo haya nombrado el Diablo, y sea lo que se fuere, siendo canonicamente Arzobispo lo hemos de aguantar y reventar, porque no es que consiste la cosa en que Godoy lo nombrara, sino en que el Papa lo aprobara; y que lo debemos... admitir, so pena de ser irreligiosos" (34). En esta misma **Bagatela** le contesta a uno de sus corresponsales que le envía un documento titulado **Reconvención á La Bagatela**; allí retoma la misma problemática del fanatismo, la hipocresía, critica la Bula de Alejandro VI donando los territorios de América a España;

33. *Carta de un Amigo al Autor de La Bagatela*, en *La Bagatela* Nº 7, *Op. cit.*, pp. 27 y 28.

34. *Carta del Autor de La Bagatela a su amigo*, en *La Bagatela* Nº 9, Santafé, domingo 8 de septiembre de 1811, en *Op. cit.*, p. 33.

de pasada, aprovecha para criticar la teoría de Hugo Grocio sobre el derecho de conquista. A este **cristianismo de pandereta** y a la justificación política de la dependencia de España, Nariño opone lo que consideraba como el verdadero cristianismo, porque lo que de los escritos de **La Bagatela** podemos deducir es que su autor era un **cristiano ilustrado**. En el Suplemento a La Bagatela N° 9 le comenta a su amigo corresponsal:

"Figurate que estomago me habrá hecho oírles decir con magisterio que tu carta es digna solo de la **impía y sacrilega pluma de Voltaire**, y que **haz ridiculizado escandalosamente las prácticas más piadosas y cristianas**. Que entenderán estos majaderos por impiedad, sacrilégio, y prácticas religiosas? Seguramente creen que esto es alguna receta de tintas... El respeto debido á los Pastores de la Iglesia!!! Una moral pura!!! Quien al oír trinar en sus oídos estas pomposas frases no creará que estamos en un Concilio tratando los más serios puntos de la religión? ...la crítica de un ridículo y mise-

nable papelucho... es el que dá motivo á estas altisonantes frases; y el querer sus gasmoños autores pasar por sabios y religiosos. Religiosos he dicho!? no; **prostituiría la religion si yo tambien entrara en la quadrilla de fanaticos que sostienen que las exterioridades, y no la pureza de las acciones y del corazon forman la base de la religion mas santa, mas pura, y mas propia a hacernos felices, no solo en la otra vida sino también es esta...** Como se llamará al que no crea la santidad de la Religión, ó al sacrilego que la ultraje? ⁽³⁵⁾ (El subrayado es mío).

A pesar de que Nariño conocía las obras de Voltaire, Rousseau, Diderot y de los demás ilustrados franceses, no podemos deducir de sus polémicas en **La Bagatela** que fuera un deísta o un materialista sino un cristiano ilustrado.

35. *Continuación de la carta del Autor de La Bagatela a su Amigo, en Suplemento a La Bagatela N° 9, Santafé, domingo 8 de septiembre de 1811.*

estanislaio zuleta (1935 - 1990)

poemas

PALABRAS, PALABRAS, PALABRAS

Hace ya mucho tiempo
llegaron de repente, fulminantes
como revelaciones.

Emoción, entusiasmo
fueron esos los nombres
del intenso silencio.
Amor.

Milagro de un sonido
que puede designar
esa dichosa angustia.

Con el tiempo y el tiempo se borraron
como viejos billetes que han circulado
mucho,

de mano en mano,
pagando muchas cosas,
hasta que viene alguien,
lluvia y luz,
y les devuelve su antiguo esplendor.

ALCOHOL

Apagar ese foco de luz deslumbradora,
adormecer las fibras inundadas de mundo,
hacer callar las voces que llaman otra
aurora.

Y sin embargo continuar amando
seguir creyendo en la vieja promesa,
continuar otra vez, una más,
hasta cuando
la búsqueda conduzca a alguna empresa.

A una empresa tenaz, larga, atrevida
capaz de sacudir las bases del saber,
y de calar el fondo de la vida.

Acaso así, la sensibilidad exacerbada
podrá indagar la oscuridad del ser
hasta la misma muerte desatada.



VEJEZ

En otro tiempo el mundo parecía ser
eterno.
Los árboles a veces formulaban enigmas
agitaban sus ramas con extrañas promesas
y había fe.

Una fe inmensa en que todo sería logrado,
entendido y gozado.
En que todo, las sonrisas, las músicas,
se volverían claras como palabras.
Todo parecía un comienzo.

El conejo que se perdió en las altas hierbas
fugaz, hermoso,
la colegiala que desapareció en la esquina
tímida, hermosa,
El olor del monte en una madrugada,
el perro, el niño que yo fui,
no volveré a encontrarlos.

POESIA

Es difícil hoy escribir un poema, porque
un poema es una palabra sagrada. Una
palabra sagrada es una palabra que no
puede ser falsa, se declara como verdadera
o nula. La experiencia tiene que acogerse
a ella; porque un poema no puede ser na-
rrado, ni demostrado, ni siquiera presen-
tado como verosímil. Es verdad o no es
nada, como la música. Es la forma de una
experiencia o de un sentimiento, que como
tal es irrefutable.